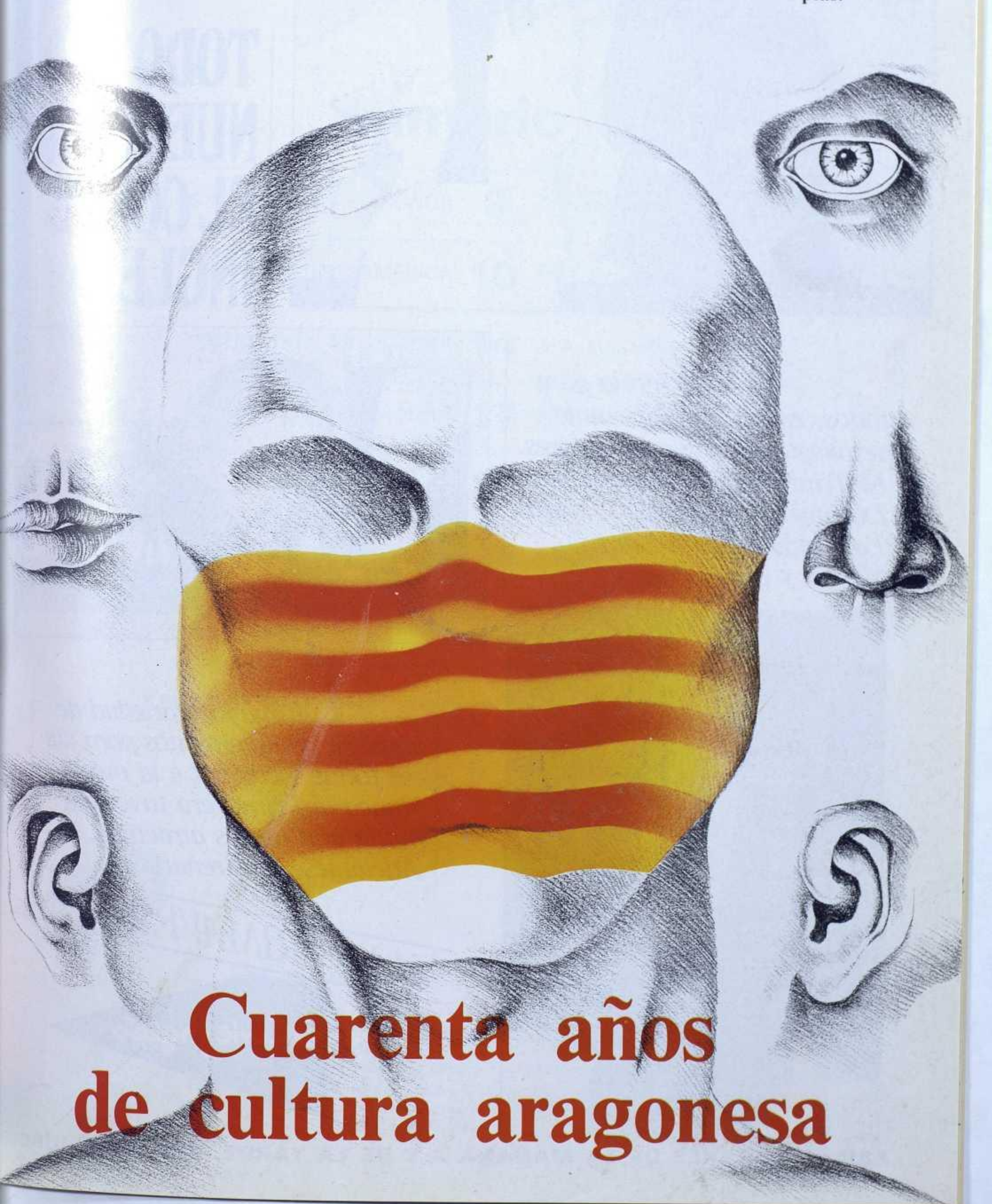
andalán

Periódico quincenal aragonés — N.º 352 — 1 al 15 de marzo de 1982 — 100 ptas.



Cuarenta años de cultura aragonesa

andalán

sumario


(Continuará)

Directora en funciones: Lola Campos
Administración y publicidad: Ignacio Alonso
Portada: Samuel Aznar
Maquetación: José Luis Cano y Lola Campos
Edita: ANDALAN, S. A. San Jorge, 32, pral. Teléfono 396719 .
Imprime: Cometa, S. A. Carretera Castellón, km. 3,4. ZARAGOZA
Depósito legal: Z-558-1972


(Continuará)



Se rumorea que **José Antonio Labordeta** puede abandonar la junta de **fundadores** del periódico **«El día»**, de próxima aparición, ante el **veto** de un sector de la misma a determinados periodistas, calificados por algunos fundadores como **«rojos»**.

N. de R. José Antonio Labordeta **ha amenazado,** también, **con dejar** ANDALAN, si no publicábamos **tal posibilidad.**



La proliferación de fotografías de Gaspar Castellano en la revista «Zaragoza», que edita la Diputación Provincial —20 de las 37 publicadas en el último número—, ha dado tanta fama al político aragonés que surgen sucesos como el que ahora se detalla. En la pasada visita del Rey a Zaragoza, una señora preguntó a su vecino espectador: ¿quién es ese señor alto que está junto a don Gaspar? El interrogado acudió a un conspicuo concejal socialista, que aclaró la duda: se trata del Rey don Juan Carlos.

La variedad de consignas y mensajes que los militantes de **Fuerza Nueva** han querido introducir en esa campaña de carteles, colgados en las calles de **Zaragoza,** han puesto de manifiesto el alto nivel literario de los **nostálgicos fascistas.** Parodiando a **Calderón,** recuerdan que «el **honor** es patrimonio del alma y el alma a **Dios has de dar**», ignorando que el admirado escritor español había dicho «y **el alma sólo es de Dios**».

La cuidada imagen de **«El Corte Inglés»**, que en Barcelona se ha extendido a detalles como el de colgar la **«senyera»** en sus dos establecimientos de la **Ciudad Condal,** no ha llegado a Zaragoza. En **nuestra tierra,** el rojo y amarillo de la bandera de **Aragón** ha quedado sustituido por el **blanco y el verde,** los colores de la casa.

El **«Heraldo de Aragón»** sigue sin adaptarse a los nuevos nombres de algunas **calles de Madrid.** Uno de los **puntos de venta,** que con frecuencia anuncia en sus páginas, se halla en la **Gran Vía,** para el diario aragonés, **Avenida del Generalísimo.**

En un **folleto turístico,** editado recientemente por la **Diputación General de Aragón,** puede leerse que **Ojos Negros** (Teruel) es famoso por sus **minas carboníferas.** Las minas de Ojos Negros **son de hierro** y contienen la **mayor reserva** nacional. Además, están situadas, por producción, **entre las tres primeras** del país.



La **Diputación General** de Aragón podría pagar **un millón** de pesetas a la revista «**Sábado Gráfico**» por la publicación de un reportaje, que se haría desde el ente **autonómico. La idea,** ofrecida por la revista, consiste en publicar un especial sobre nuestra región —al coste de **90.000 ptas. la página**—, y participarían, entre otros, la empresa **Endesa** y algún **Ayuntamiento.**



15, lunes

Lector, lectora, el juicio del 23-F y el posible procesamiento a un periodista de esta publicación, nos han helado la sonrisa. Así pues, serios, casi aburridos, inicamos el resumen.

Comienza la conmemoración del primer centenario de la AGM. Manuel Fraga dice —o mejor, grita— que serán pocos todos los esfuerzos para salvar a España del socialismo. En Aragón, conflicto entre mayoristas y minoristas de Mercazaragoza; y problemas en ALVISA, de Huesca, por el traslado de algunos trabajadores a Madrid. Militantes del MCE son detenidos al protestar contra la UVE ante la muerte a tiros de un joven zaragozano.

16, martes

Enfrentamiento URSS-EE.UU. en la Conferencia de Madrid. Son sancionadas diversas marcas de comestibles, cuatro de ellas de Zaragoza. En Aragón siguen los paros de los monitores agrarios. Acuerdo en el convenio de la hostelería de Huesca; sin acuerdo en el convenio de la construcción de Zaragoza. En esta capital, el Ayuntamiento rechaza la investigación de la UVE.

17, miércoles

Crece la espectación por el juicio del 23-F: el Gobierno y la izquierda piden serenidad. El Congreso autoriza el procesamiento de dos diputados de Herri Batasuna. En la región, mucha actividad también. Problemas en la banca; paro en Artes Gráficas; UGT denuncia irregularidades en la Escuela de Capacitación Agraria de Huesca. También en Huesca, protestas por el recrecimiento del canal de Piñana.

18, jueves

Religiosos de EE.UU. acusan a Reagan de apoyar los asesinatos de El Salvador. A escala nacional, huelga de profesores contra la LAU y más espectación por el juicio 23-F. En Aragón, huelga en Standard Eléctrica, competencias para la DGA y celebración de las Jornadas Culturales Comarcales de Calatayud.

19, viernes

Comienza el juicio del 23-F: nadie sabía nada, y Tejero estaba allí —dicen— de excursión. Presentación en Zaragoza del nuevo periódico, «El Día», y de su director, Fernando García Romanillos. Empieza la I Conferencia de la Colla Chobenil d'a Fabla.

20, sábado

El Rey cierra en Zaragoza el programa conmemorativo del centenario de la AGM, y reafirma su compromiso con la democracia. Los empresarios continúan «asustando» con el triunfo socialista. Es carnaval. Siguen las protestas en Banca y almacenes Sepu, de Zaragoza. En El Tormillo (Huesca) se derrumba una iglesia románica del s. XII.

21, domingo

Concluyó el congreso nacional de AP, con ligeras tensiones en demanda de democracia interna. La patronal bancaria anuncia que en 1982 se perderán otros 200.000 puestos de trabajo. Tarazona estrena obispo y Fórnoles (Teruel) deja de estar agregado a La Fresneda, recuperando así su autonomía. En Huesca, reunión de los regantes expectantes del embalse Guara-Calcón, un proyecto que data de 1912.

22, lunes

México propone un plan de paz para Centroamérica; Fraga ofrece un pacto electoral a UCD y Carrillo se declara partidario de nacionalizar las empresas que financian a UCD y AP en lugar de crear puestos de trabajo. El ANE sigue bailando en la cuerda floja. En Zaragoza, los sindicatos ETEA, CC.OO. y UGT denuncian posibles irregularidades en el uso de las subvenciones a la enseñanza privada.

23, martes

Plante de los procesados por el 23-F ante una noticia aparecida en «Diario 16»; y retirada de la credencial a éste periódico. El Rey de Marruecos se indigna ante la inclusión de la República Saharahui en la OUA, y viaja a España. En Aragón, toman posesión los 3 nuevos directores de la DGA; encierro de trabajadores de telefónica en Zaragoza; oposición de la Diputación Provincial de Huesca a las obras en el canal de Piñana.

24, miércoles

Crece el clima de tensión en Centroamérica. En Barcelona dos *fachas* destruyen una esfinge de cera del Rey. Ya en Aragón, encierro de PNN en la Universidad, en solidaridad con un compañero no contratado; inauguración de SMOPYC, y estancia de Ferrer Salat en Zaragoza. El Ayuntamiento de Huesca aprueba la creación de un nuevo parque de bomberos.

25, jueves

Crece la oposición de los profesores no numerarios a la LAU. Los procesados por el 23-F siguen negando todo. Polémica entre los empresarios oscenses y la Diputación Provincial por el reparto del canon sobre la energía. Ferrer Salat viaje por Huesca y declara —éste sin gritar, que hay métodos y métodos— que no financian ni apoyan a ningún partido político. Las ferias de muestras y exposiciones pasan a ser competencia de la DGA.

26, viernes

El fiscal General del Estado descarta un posible indulto general a los condenados por el 23-F. Incidentes provocados por ultraderechistas en Madrid y aviso, en forma de explosivo, al alcalde socialista de Alcalá de Henares. Muere Paco Martínez Soria. Alquézar es declarado conjunto histórico artístico. Los «autonomistas» de Alianza Popular de Huesca hacen saber que quieren evitar el centralismo de Zaragoza: como decíamos, no tenemos ganas de reír, y menos de hacer historia.

27, sábado

En el proceso 23-F se nos dice que los comunistas han sido, en parte, los culpables del golpe: se nos congela todavía más la sonrisa. Calvo Sotelo (otro sin sonrisa) no descarta un gobierno de coalición tras las elecciones. Se forma la Federación de Clubes Liberales, con Antonio Garrigues a la cabeza. Juan José Rosón participa, en Teruel, al homenaje de la Cruz Roja a las fuerzas de seguridad del Estado.

28, domingo

Alfonso Guerra protesta por el optimismo de Calvo Sotelo en un programa de TVE, y don Iñigo Cavero le sale al paso (en confianza: al menos Guerra es gracioso). La UCD aragonesa prepara su congreso regional. Problemas en la madera y en el textil. Se clausura SMOPYC.

1, lunes

Violencia y tensión en Guatemala y El Salvador ante las elecciones programadas. Dos muertos al derrapar un autobús escolar. F. Fernández Ordóñez asiste, en Zaragoza, a la inauguración de la nueva sede de su partido, AD. Continúa la polémica entre socialistas y comunistas en el Ayuntamiento de Binéfar.



A Darío, que fue el último en abandonar el barco.



Adiós, Espumosos; adiós

J. A. LABORDETA

Otro triunfo del capitalismo especulativo sobre la cotidiana paz urbana se acaba de consumar: los antiguos Espumosos, con sabor a limón, se han cerrado; mejor dicho, los han cerrado. Un banco —como en los viejos chistes de Mingote— va a sustituir a aquel local un tanto loco, de espejos rancios, sillones conturbados, camareras ahogadas por el humo y viejos reposando su próstata en la paz cotidiana del diálogo con otros más viejos o más jóvenes que, de paso, ocupaban un lugar junto a ellos. Un pedazo más de la historia ciudadana, de esta ciudad que todo lo devora y asesina, va a pasar a mejor vida. Amores con zarzaparrilla y ensaladillas rusas florecieron con las manos unidas en aquel gran local desastrado de verde y enturbiado por el amago de unos labios a punto de besarse. Viejos con colesterol arrebataron los últimos reductos a la vida precisamente allí, entre la cervecilla con limón y aquel café tan malo que no se sabe muy bien de qué lugar oculto lo sacaban pero que, como resultaba una excusa para hacer la tertulia, todo el mundo lo aceptaba con gesto resignado.

—Es una pena —decía una ancianita al lado de la persiana definitivamente echada de los Espumosos— que cosas como éstas no las mantenga el municipio.

—Señora, ¿y la empresa privada?

—A ésa —responde el ácrata harto de tanta pijada especulativa— se la cuelga de los cojones hasta que se le desgarren.

—A ésa y a otros muchos más —murmura por lo bajo el jubilado de Renfe para quien de ahora en adelante las mañanas se le van a hacer demasiado cuesta arriba—.

Un intelectual de los de tertulia espumosera de más de veinte años saca un papel oscuro del bolsillo y se lee, en voz alta, una elegía hermosa dedicada al silencio del local, ahora ya muerto, y que muy pronto hasta olvidará las voces de sus antiguos parroquianos cuando se vea invadido por ejecutivos provincianos de carteras y gris marengo al paño.

Aquí, todo se va a la mierda.

—Más que a la mierda, se va al olvido.

Y escasamente ochenta personas acudieron ese domingo de finales de febrero a velar al difunto.

—No es tierra de velorios nuestra tierra.

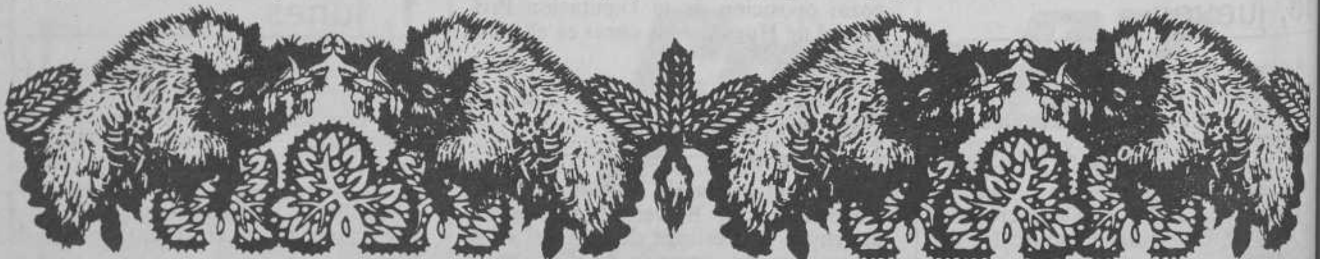
—Pero sí de sacar a los muertos a pasear un rato por la acera —concluyó en bajini un ácrata de lujo señalando el dominguero puesto de los chicos de Fuerza Joven que, ahora, reparten pegatinas con banderas de España donde puede leerse no sé qué de Tejero y sus cojones—.

Dentro de poco esta ciudad será inhabitable para los carrozones que vivimos una España de falsos ideales y que la única libertad que nos dejaban era tomarnos un pozalón de zarzaparrilla con unos berberechos en locales tan majos como éste y que hoy lloro. Quizás, por todo esto, el dolor de su cierre aún resulta más duro, más brutal y más bestia.

El modelo brutal americano de tómese una cosa y váyase corriendo nos lo están imponiendo. Y como este país ya ha perdido, a través de los años de bestia dictadura, los valores en que creía, nadie levanta un dedo ni una mano para defender su patrimonio.

—Más que pueblo somos sólo una sombra.

—De un millón de muertos que no hay quien los levante de la tierra.



el pasmo

Los cocodrilos del Ebro

Hace unas semanas, muy preocupados por la opresión del pueblo... polaco, los señores del Partido Aragonés Regionalista nos invitan a «reflexionar seriamente sobre la imposibilidad práctica de que la libertad sea compatible con las esencias del socialismo marxista» y aseguraban que «se trata de un pensamiento político que no contribuye a la convivencia ni al entendimiento». Señalando en el mapa con certero puntero, sentenciaban: «eso dicen los hechos».

A los marxistólogos del PAR, que se han sentido capaces de llegar rápidamente de los hechos de la lejana Polonia a las «esencias» de un pensamiento político lejano al suyo, no les resultará difícil hacer un recorrido más breve por un camino más conocido: el que lleva de **los propios hechos de sus propios militantes** a la esencia de su propio pensamiento político. Les sugiero, por mi parte, algunos temas para que «reflexionen seriamente» sobre ellos:

Por ejemplo, recordaré un hecho del señor presidente de su partido. En 1974 ese señor decía, en audiencia ante Franco: «muchas gracias por cuanto ha hecho por Aragón y muchas gracias, sobre todo, por la paz que ha dado a España durante tantos años. Dios quiera que nunca a nadie le parezcan bastantes». (Afortunadamente, Dios quiso que el dictador muriera al años siguiente. Lo que le dio motivo —al que dos años más tarde presidiría el PAR, no a Dios, que se sepa— para calificar al difunto de «español ejemplar».)

Pues bien, no conozco persona que tenga el más mínimo trato con las «esencias del socialismo marxista» que haya hecho tamaño **elogio del dictador.** Y sí a más de uno —incluso sin contagio de esas «esencias»— a quienes aquellos años «de paz» parecieron, no bastantes, sino demasiados.

(Estoy hablando de la libertad, señores del PAR, ¿recuerdan?)

Otro ejemplo: **¿dónde estaban** los que luego serían militantes del PAR mientras las terribles «esencias del socialismo marxista» se personificaban, en este país, en hombres y mujeres que arriesgaban su vida por la libertad? A su señor presidente le teníamos visto de presidente de la Diputación de Zaragoza; a otros, de alcaldes, concejales... cuando dominaban «las esencias» del dedo...

¿Contribuía la esencia de su pensamiento político a la convivencia y al entendimiento? **¿Con quiénes convivían? ¿Con quiénes se entendían?**

Los marxistas hemos luchado, durante años, contra el fascismo en este país, por la libertad. Eso es un hecho. Algo tendrá que ver con la esencia de nuestro pensamiento político. ¿Cómo llegar a la del de los señores del PAR?

Dicen, ellos, que «el marxismo se aprovecha de la pluralidad política para alcanzar el poder, pero jamás da a los demás posibilidad semejante». Pero ellos jamás hicieron nada por la pluralidad política, sino que **se limitaron a aprovechar** la que, entre otros, los marxistas ayudamos a conquistar.

Hablando de Polonia, se llenan la boca exclamando: «Quien no alce la voz en este caso, ¿cuándo lo hará con mayor razón?». Hablando de España, de Aragón, se puede decir de ellos que **quien no alzó la voz contra el fascismo en su propio país,** ¿con qué razón lo hace ahora contra la dictadura de los militares polacos?

Con la única razón de que veamos bien clara la esencia **oportunista** de su pensamiento político. El de los cocodrilos de todo el mundo, que cuando lloran junto al Ebro dejan rodar sus lágrimas de par en par.

JAVIER DELGADO





Fraga, mayoría natural es igual a unión de la derecha.

El honor, las orquitis y las mayorías naturales

CARLOS FORCADELL

El aniversario del 23 de febrero fue conmemorado por los militares golpistas —«presuntos golpistas», si es necesaria la práctica de un lenguaje grotesco que no deje oportunidad a la irritación de espíritus sensibles—, provocando una nueva humillación a la sociedad civil española. Porque demostrar, aunque sea a través del derecho procesal, la desigualdad de los ciudadanos ante la Ley, es conculcar el artículo 14 de la Constitución, es significar que hay grupos que pueden encontrarse por encima de la misma, en coherente recordatorio de las intenciones que presidieron el golpe de estado del año pasado.

La celebración consistió en que los procesados pudieran poner condiciones al proceso, y en las variopintas anécdotas que acompañaron al suceso. Se ha hecho el ridículo ante una opinión pública europea que puede no salir de su asombro y que no acaba de disipar sus dudas sobre las limitaciones y las peculiaridades de la transición política española.

Esta transición política es como la crisis económica, una situación que no se acaba y en la que vivimos permanentemente instalados. Se puede pensar que ambas situaciones son matenidas perdurablemente en provecho y beneficio de las clases y grupos dominantes. En el seno de una crisis económica ya crónica, continuamente exhibida por los gerentes de la sociedad, los sindicatos deben moderar sus reivindicaciones, se vacían de militancia y acaban desnaturalizándose. En el marco de una delicada transición política, ya enquistada, y recordada su debilidad a todas horas, los partidos políticos de origen antifranquista y contenido democratizador y progresista se ven obligados a adelgazar su acción política natural, a encubrirla, a limitar su actuación y presencia públicas como pago para asegurar el nivel actual del funcionamiento democrático, casi en acto de agradecimiento de la propia existencia.

Así pues, el chantaje es permanente, y las próximas situaciones electorales ayudarán a reavivarlo. Se hace más visible conforme nos enteramos de nuevos pormenores y circunstancias de la transición. Se ha descubierto estos días la existencia, a la altura de las elecciones de 1977, de un insólito careo entre el entonces Presidente Suárez y el entonces Secretario General de la Casa Real, señor Armada, realizado ante el mismísimo Rey. No se sabe si es más asombroso el hecho del careo o el contenido que lo motivó, al parecer las quejas de Suárez sobre la actitud de un general Armada, provinciano noble gallego que enviaba cartas con el sello real solicitando el voto para Alianza Popular. Watergates hispánicos de este tipo han debido y deben ser tan frecuentes como el atraso educativo, cívico y político que caracteriza a la sociedad española, a alguno de sus sectores y a algunas de sus generaciones.

Algo que saca literalmente de quicio a muchos es la continua apelación al «honor» que se practica en torno al grupo de los 3, o de los 33. En el diccionario, tal término viene definido como «cualidad que impulsa al hombre a conducirse con arreglo a las más elevadas normas morales», ya que la vieja acepción relativa a la «honestidad y recato en las mujeres» no parece venir al caso. No parece, pues, que en ningún caso el concepto tan traído pueda aplicarse a la mentira, tan evidente en las sesiones del juicio —alguien, o muchos, o todos, mienten—, a la utilización de los cargos públicos, incluso militares, para la defensa de intereses personales o privados, al recurso a las armas, a la violencia, a la inconstitucionalidad. Pero no vamos a entretenernos en asunto tan vago como el del «honor», planta extraña que quizás no existe y, en todo caso, cualidad que suele adornar a quienes no necesitan alardear de tal cosa. Salvo que se entienda tal cosa relacionada con tamaño o volumen de glándulas masculinas, que todo puede ser, en cuyo caso nos encontramos con una utilización indebida del diccionario. Esto es una orquitis.

La cuestión es que, así como en 1981 se nos proporcionó un sobresalto nocturno y concentrado, en 1982 parece que se nos viene encima un susto —o preocupación, si se quiere ser menos inoportuno— diluido y a pequeñas dosis, a lo largo de un proceso que ya se anuncia como más largo de lo previsto y con previstas apelaciones. ¡Ah!, aquellos juicios sumarísimos a Galán y García Hernández, por ejemplo, a tantos soldados anónimos, como aquel legionario que le protestó de la comida a Franco en Marruecos... Habría que recordar a Tejero que puede ejercer su chulapería porque la sociedad y las instituciones

españolas se han civilizado lentamente.

El juicio pesa sobre la vida política fuertemente, a pesar de que disfrutemos de un Presidente de Gobierno para el que jamás pasa nada. Y como muchos han advertido, además del proceso, siguen sucediendo cosas en la política nacional. Por ejemplo, el Congreso de Alianza Popular, fuerza emergente de la derecha. Fraga y su grupo han manifestado una gran coherencia política. El Congreso de UCD en Mallorca, de triste recuerdo, fue incapaz de ofrecer a la opinión pública una impresión diferente a la que daban las riñas de sus innumerables grupos y fracciones. El reciente congreso de AP ha clarificado una oferta política y electoral clara: la mayoría natural. Lo que es muy curioso es que el señor Fraga Iribarne ha conseguido que en el vocabulario político de este país se identifique mayoría natural con mayoría de derechas. Y ese logro, impensable entre los vecinos europeos, se debe a las tensiones y coerciones a que se ve sometida la política nacional, a las obligadas renuncias de la izquierda a que aludíamos arriba, a una profunda anormalidad política que la duración e incidencias del proceso a los golpistas va a contribuir a mantener.

Fraga, a quien hay que agradecer la asunción que ha hecho de los principios de la democracia formal, habida cuenta de sus precedentes personales, se mueve libremente en el terreno político y lanza una oferta lógica desde su perspectiva de conservadurismo social: en torno a dos o más formaciones políticas de derecha se puede conseguir una mayoría electoral y sobre todo parlamentaria. Fraga sabe perfectamente, sobre todo si ha contado los votos de las últimas elecciones, que hay otra mayoría natural distinta de la que él proyecta, una mayoría de izquierda y de transformación social que también, teóricamente, se podría organizar en torno a dos o más partidos políticos de la izquierda. Pero a eso lo llama «síndrome Miterrand». Y si a alguien se le ocurriera proponerlo ahora en España lo llamaría Frente Popular y revolución andante. Fraga, y otros, saben, pero lo olvidan, que el Frente Popular se construyó contra la ascensión de los fascismos, no contra partidos democráticos conservadores. Claro que hay otra mayoría natural, la de los partidarios de una escuela y una enseñanza públicas y de que quiten sus manos sobre la educación tradicionales y privilegiados institutos religiosos, la de los que están por la despenalización del aborto, la de los defensores de una reforma de la Administración, incluyendo drásticas incompatibilidades, la de los partidarios de una sociedad progresiva, en libertades, en reducción de distancias económicas, de vestigios feudales en la agricultura..., etc., etc.

La ventaja con la que juegan Fraga, sectores importantes de la Banca y de la gran empresa, zonas interesadas de la misma UCD, sus tránsfugas adelantados y demás, es la de quien sabe y conoce las enfermedades de la transición política española. Y son esas enfermedades las que impiden que se pueda aspirar a corto plazo a construir libre y legítimamente la otra mayoría natural, aquella cuyos representantes políticos se encuentran atenazados por la realidad y por la necesidad de no arrojar más peligro sobre el funcionamiento democrático. La derecha difícilmente cumplirá su cometido: democratizar a fondo el Estado si realmente es una derecha democrática más allá de las apariencias. Si lo hiciera dejaría el campo libre al planteamiento de ofertas políticas reales y no coaccionadas. Entonces podría llegar a ver alzarse a la otra mayoría natural, a la verdadera mayoría natural de la sociedad española, la que el señor Fraga reduce a la categoría de síndrome («conjunto de síntomas característicos de una enfermedad», según el Casares).

Barbarie e ideología

USA, en América Central

H. J. RENNER

Conviene decirlo así de claro: cuando se trata de ejecuciones en masa seguidas de horribles mutilaciones, cuando se asesina a mujeres y niños y se planta fuego a poblados, cuando sucede todo esto se trata de barbarie pura y simplemente. Claro está que, teniendo en cuenta el cinismo de gran potencia se comprende que al americano Haig le tenga más cuenta clamar contra la represión política en Polonia, perfectamente condenable, pero que hay que juzgar con escalas muy distintas que preocuparse por los asesinatos en El Salvador o Guatemala. Resulta, en cambio, más difícil comprender desde sus propios supuestos la postura de una dignidad como el papa Wojtila, preocupado hasta por el calendario de levantamiento del estado de sitio en Varsovia, y sólo genéricamente interesado, al menos públicamente, por la barbarie desencadenada en Centroamérica. Por lo que a nosotros directamente atañe, causa pesadumbre el contraste entre la diplomacia lenguaraz con que se denuncia la actitud rusa en la cuestión polaca, faltando incluso a la discreción habitual en el país anfitrión de una conferencia internacional, y el enorme retraso y exquisita ponderación de la toma de posición frente a los sucesos en unos países que se consideran hermanos.



En El Salvador, 32.000 muertos desde octubre del 79. En Guatemala, 11.000 muertos durante 1981.

Al principio, todo era más sencillo

Actualmente, los políticos y militares de Centroamérica consideran sus dictaduras y sus sangrientas represiones como una personal contribución a la lucha en aquel hemisferio contra el peligro comunista, lucha siempre desarrollada bajo la complaciente ayuda de su poderoso patrón del Norte. De esta manera, cuando se llega a la barbarie, es una barbarie con función ideológica. Con anterioridad a la aparición del comunismo, las cosas eran más sencillas. Estados Unidos no creía necesario proporcionar una legitimación ideológica a las dictaduras que patrocinaba. En 1912, el presidente William H. Taft declaraba lindamente que su país «estaba obligado a intervenir en esta área de América Central todas las veces que haga falta para garantizar las inversiones de nuestros capitalistas». Y no se trataba de una mera declaración de intenciones, pues ya con anterioridad a esta fecha los marines habían hecho acto de presencia numerosas veces para apoyar a los protegidos por el imperialismo americano. Desde 1911, por ejemplo, Nicaragua estuvo ocupada parcialmente por tropas estadounidenses. En 1916 el candidato conservador a la presidencia fue elegido con el apoyo directo de las bayonetas de las fuerzas de ocupación. Pero, un decenio después, se encontró una justificación para las intervenciones más generosa que la mera invocación de los intereses materiales de los capitalistas americanos, se descubrió el «peligro bolchevique».

La función de una ideología

Pues, según el Secretario de Estado de entonces, Frank Kellog, en 1926 se trataba nada menos que de esto: de «salvar a Nicaragua del bolchevismo». Ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado americano, y utilizando documentos de dudosa procedencia, intentó demostrar que los mejicanos, que habían realizado la primera revolución social del hemisferio (por suerte para ellos con anterioridad a 1917), habían suministrado armas y expertos militares por encargo de Moscú a los jefes del movimiento popular desencadenado contra el dictador Díaz, apoyado naturalmente por los Estados Unidos. La continuación de esta historia es conocida y premonitoria: los marines desembarcan otra vez en Nicaragua, además de la tradicional invocación a «la protección de los ciudadanos e intereses americanos», ya comienzan a defender a sus vecinos de una amenaza comunista, entonces perfecta y absolutamente inexistente. Para asegurar esta doble misión dejan al retirarse un cuerpo de élite, la Guarcia Nacional, formada por instructores yanquis, y a cuyo frente se encontraba la siniestra figura de Anastasio Somoza, el futuro dictador.

De ésta y otras maneras la política americana apoyó continuamente a los dictadores de todas las repúblicas centroamericanas. Nunca tuvo reparos el Departamento de Estado en los medios utilizados por sus protegidos para mantenerse en el poder. Por ejemplo, Maximiliano Hernández Martínez, que llega al poder por estos años en El Salvador, era el responsable de lo que genéricamente se conoce en aquel país como «la matanza». Fue la sangrienta represión de una rebelión de indios explotados, que pagaron la muerte de veinte funcionarios del Gobierno con su casi total exterminio: el número de víctimas de la represión llegó a alcanzar los treinta mil...

Sin embargo, a pesar de su incipiente camuflaje ideológico, una virtud tenía la política americana en estos años, la de la franqueza. Asumiendo impávidamente la existencia de regímenes empatados en sangrientas represiones y en la sistemática violación de los más elementales derechos humanos, el Secretario de Estado Henry L. Stimson decía, con motivo de la conclusión de la operación nicaragüense: «Entretanto, América Central se ha dado cuenta de que ningún régimen puede mantenerse en el poder sin contar con nuestra aceptación, y que aquellos que no reconozcamos se vendrán abajo».

El ejemplo de Guatemala

Dada la actual situación en América Central, es impensable que el necesario cambio social pueda realizarse guardando una moderación tal que no inquiete a los Estados Unidos. Por eso, no deja de haber gente que, partiendo de la dura realidad de las esferas de influencia, de la misma manera que encontraron cierta justificación a la inquietud soviética frente al que juzgaron precipitado maximalismo de los sindicalistas polacos, la encuentren también a la postura americana frente a movimientos que amenazarían directamente a sus intereses vitales.

En definitiva, la nueva guerra fría se sobrepondría a cualquier conflicto local en cualquier lugar del planeta. A esto habría que responder diciendo que los Estados Unidos reaccionaron de la misma manera en el pasado, cuando en vez de movimientos armados como los actuales, se enfrentaron con tímidos movimientos reformistas, totalmente alejados de cualquier propósito de subversión social o de mesianismos ideológicos. Tal fue el caso del coronel Arbenz en Guatemala. Llegado al poder en 1950 a través de unas elecciones libres, promulgó una moderada ley de reforma agraria, donde para el colmo los terrenos expropiados con indemnización no eran destinados a colectivizaciones de ningún tipo, sino «a desarrollar una economía capitalista campesina y a atender los intereses de nuestra agricultura en general». Al pecado de reformar algo, se añadía otro igual de grave: uno de los afectados, aunque en una parte mínima de sus gigantescas propiedades, era la Uniter Fruit Company, la poderosa empresa norteamericana. La reacción americana fue brutal y fulminante, desde Nicaragua y Honduras la CIA organizó el bombardeo con pilotos americanos de la capital de Guatemala. El mismo embajador americano Peurifoy entró, pistola al cinto, en el palacio presidencial a exigir la dimisión de Arbenz. El ejemplo es válido hasta el final, pues a pesar de que Arbenz se negó a dar carácter revolucionario a su resistencia, armando a los obreros y campesinos que lo pedían, el país fue invadido por un ejército de mercenarios armado y equipado por los americanos y al mando del coronel Castillo Armas. Y la conclusión de la historia sigue llena de enseñanzas: Castillo Armas se comprometió públicamente a «desovietizar» (sic) a Guatemala, prohibiendo partidos y sindicatos y creando un «Comité Nacional de defensa contra el Comunismo». A los pocos meses, Washington premió con 80 millones de dólares la labor realizada y prometió seguir asistiendo a la recién implantada dictadura.

Con un ejemplo como éste, que podía fácilmente multiplicarse, resulta difícil justificar la política americana aduciendo una supuesta y legítima inquietud ante movimientos armados de carácter revolucionario. Los Estados Unidos han dado suficientes muestras en el pasado de que su reacción siempre es la misma, sea cual sea el carácter del movimiento de emancipación que se produzca en su coto cerrado de Centroamérica.

De Carter a Reagan

En cierta manera Carter había intentado adaptarse a los necesarios cambios en Centroamérica, esbozando incluso una política de apoyo para evitar que cualquier auténtico movimiento de reforma o revolución terminase cayendo en una dependencia de la Unión Soviética. Parecía que algo se había aprendido del caso cubano. En correspondencia, la fracción sandinista, apoyada por Venezuela, Panamá y los partidos socialdemócratas de casi todo el mundo, se definió como «tercerista», es decir, partidaria de una tercera vía entre los dos únicos caminos que parecían existir hasta entonces en esta área, el régimen dictatorial dependiente de Norteamérica o el ejemplo cubano. Todas estas posibilidades se esfumaron al llegar Reagan a la Casa Blanca. Cualquier política que aspirase a encauzar convenientemente los inevitables y en parte ya triunfantes movimientos revolucionarios, resultaba absurda para el proyecto exterior de la nueva prepotencia americana. Ya en el enero de 1981, antes de que Reagan tomase posesión de su cargo, su consejera y actual embajadora en la ONU, Jeane Kirkpatrick, afirmaba belicosamente que «Estados Unidos tiene que defenderse contra la aparición de una serie de bases soviéticas en la frontera sur de los Estados Unidos». Y nada más comenzado el mandato republicano, el nuevo Secretario de Estado Haig, consagraba oficialmente la problemática social de Centroamérica como un frente más del conflicto planetario entre el Este y el Oeste. En una de sus espontáneas reacciones, que tan bien conocemos los españoles desde la noche del 23-F, no vaciló en calificar los movimientos revolucionarios como un sencillo caso de «terrorismo internacional»...

El saldo de una estrategia: la barbarie

Operativamente, la política americana en esta zona se encuadra en la estrategia contrarrevolucionaria del Pentágono, una institución que, como dijo en una ocasión el gran historiador americano Arthur Schlesinger, «mantiene una relación incestuosa con los militares latinoamericanos». Teóricamente, la estrategia se basa en la combinación de la «Coin» (cointerinsurgency), la guerra antiguerrillera, con programas de ayuda destinados a aliviar las situaciones que alientan el descontento y la subversión. Pero este último aspecto siempre ha brillado por su ausencia, y cuando tales programas se han dado, se han puesto al servicio de la misma represión. Así, un tímido proyecto de reforma agraria patrocinado en el Salvador en la época de la administración Carter, fue utilizado por el ejército para localizar y ejecutar a continuación a potenciales líderes campesinos. La situación se ha agravado con Haig, que ha recurrido sobre todo para su política latinoamericana a personalidades con pasado militar. Un grupo de personas que, en palabras de Robert White, embajador americano en el Salvador con el Presidente Carter, «se caracteriza por una notable falta de inteligencia política y un anticomunismo fanático, y que no comprenden que exista otra manera de ayudar a un país que inundarlo con armas». Actitud en fin de cuentas lógica, cuando se cree, como Haig, también un militar, que cubanos y rusos se aprestan a desarrollar un plan de expansión en Centroamérica, que partiendo de Nicaragua y a través de El Salvador, Guatemala y Honduras llegaría hasta Méjico. La mentalidad militar y reaccionaria de los dirigentes de la política exterior americana es incapaz de darse cuenta de un hecho esencial: evidentemente los factores exteriores, llámese Cuba o la ideología comunista, tienen su influencia sobre los movimientos revolucionarios centroamericanos, pero se trata de movimientos que se habrían producido incluso si Cuba y el comunismo no existiese.

Ningún pueblo puede resignarse a vivir en condiciones de máxima explotación y dependencia. Pero, por lo pronto, el saldo de la educación militar de salvadoreños y guatemaltecos en los campos de entrenamiento de las «boinas verdes» en los Estados Unidos no puede ser más siniestro. Es un saldo de barbarie. Remitiéndonos sólo a cifras parciales y fiables, según fuentes eclesiásticas en el Salvador, han sido asesinadas 32 000 personas desde Octubre de 1979, mientras que en Guatemala sólo durante 1981 el número de muertos se calcula en 11.000. Y esto sin entrar en detalles macabros, como decapitaciones, mutilaciones y torturas. El 18 de enero los dirigentes revolucionarios salvadoreños enviaron una carta al Presidente Reagan, «el pueblo de El Salvador, que admira el espíritu democrático de los Estados Unidos, no comprende cómo Ud. se ha decidido a apoyar un gobierno que comete un genocidio». La respuesta del presidente americano no se hizo esperar: poco después declaraba que ante el progreso del gobierno salvadoreño en el respeto de los derechos humanos (se habían contabilizado algunos muertos menos que el año pasado), el Gobierno de los Estados Unidos estaba dispuesto a aumentar su ayuda militar.



A los aragoneses emigrantes en Madrid

Amigos, compañeros de luchas, de discusiones, de actos, de esperanzas, y un largo etc., en tantas y tantas veces juntos.

Muchas cosas planificamos, y soñamos en hacer realidad esas ilusiones colectivas de los que en ese Madrid nos hallábamos. Buscamos acercarnos más a la realidad aragonesa; de alguna forma el hacernos con una verdadera conciencia regionalista, o federalista, como más os guste, e intentábamos ver nuestra tierra con esa desgarradora realidad que supone el profundizar en su conocimiento a pesar de la distancia.

Quiero a través de estas líneas daros ese abrazo-felicitación por lo que poco a poco vais consiguiendo, por ese fortalecimiento moral que habéis ganado, por esas ilusiones conjuntas que os empujan, esas metas que os vais trazando, esos trabajos que vais haciendo, etc., etc. Todo eso, bien es cierto que no sale de la nada, que hace falta una constante entrega por los demás y para los demás, un asistir a las reuniones renunciando a otras apetencias personales. Hace falta, en definitiva, el sacrificio, el esfuerzo, el trabajo y la ilusión que vosotros vais echando, uno a uno, en ese maravilloso grupo del Madrid de siempre.

Es precioso ver que gente como vosotros va haciendo poco a poco un camino, enseñándonos a los que estamos aquí parados, diciéndonos que ya es hora de despertar, que hay que moverse. José A. Labordeta os decía el día 12 de diciembre en su recital en Madrid: «En Aragón se espera de vosotros, se cuenta con vuestra ayuda», refiriéndose a vosotros en particular y a los emigrantes aragoneses en general, y así es. Necesitamos de vuestra constancia, de vuestro ejemplo, porque aquí ya sabéis cómo estamos. En Teruel, el carbón, la central térmica y los abuelos esparcidos por la provincia. En Zaragoza, el vino, los bloques apiñados junto al Pilar y contra el Ebro, la General Motors y el sol de Escatrón-Caspe entre el secarral y las centrales. Huesca..., amigos míos, hablar de esta tierra me produce una verdadera pena; quizás sea por ser de aquí, pero la verdad es que no lo puedo evitar. Podríamos tener poblados en nuestro Pirineo, formando núcleos verdaderamente fuertes y atendidos en todas sus necesidades socio-culturales; los valles con buena explotación ganadera, forestal, y un etcétera largo de otras posibilidades; pero, claro, ya digo «podríamos», porque esto no es así. Los pantanos mal planificados, hechos fundamentalmente con la presión y para la explotación de las grandes empresas hidroeléctricas, la utilización foránea de nuestros abundantes recursos energéticos, la amenaza de las centrales nucleares, el lento y desastroso plan de regadíos y, en general, la abandonada política agraria. Todo esto hace que nuestro Huesca sea muy diferente de lo que tendría que ser; hace que ya no queden más que los cuatro abuelos y algunos jóvenes mal esparcidos; hace que Huesca capital sea ese centro poblado por los burócratas; hace que sigamos todos callados y parados con ese miedo subterráneo que no acabo de entender. Tal vez sea por esos horribles medios de comunicación que tenemos, que hace que los jóvenes no se lleguen a ver, tal vez por ese miedo que produce esta crisis; no lo sé, amigos, pero sí sé que es necesario que los jóvenes se encuentren y aúnen sus fuerzas.

La esperanza no nos la han logrado matar, y a los que queremos el movimiento progresivo y progresista para esta tierra, no conseguirán pararnos.

Pero necesitamos ver cómo nuestros compañeros, vosotros, seguís avanzando, seguís gritándonos y empujando con vuestro ejemplo.

La gente, los de siempre, dicen que los que queremos el ajetreo también somos los de siempre. Yo creo que no, que somos alguno más, pero, claro, la región es grande y tremendamente despoblada. Lo dice nuestro paisano Antonio Artero: «Aragón, menos que el barrio de Vallecas», y lo triste es que es así de cierto y real; luego, no nos podemos parar.

Hoy, cuando ANDALAN ya hace unos meses que ha entrado en el décimo año de su fundación, de su lucha por la cultura, la información y la concienciación de esta tierra; cuando vemos con esperanza este año, os deseo que sea, como se dice profesionalmente, el de vuestra consagración. Tenéis el apoyo y compromiso de personas importantes de esta tierra y de ésa; formáis ya un grupo fuerte y compacto; no tenéis razón para deteneros, ni para defraudar con esa magnífica semana cultural aragonesa en proyecto. Debéis comprometer a todo aquel que os pueda aportar ideas o ayuda, tanto a los de aquí, vuestra tierra, como a los de ésa; no debéis parar con vuestros esfuerzos por ese grupo tan maravilloso y esperanzador.

Quedamos pocos, ya lo sabéis, y aunque las pegas sean muchas, no vamos a parar. Subiremos a Monte Perdido, a la peña Oroel o a la sierra de Guara (de momento éstas siguen en su sitio y aún son de todos), allí pensaremos, daremos rienda suelta a nuestra imaginación y bajaremos de nuevo durante la semana a los valles, a trabajar, como buenos «fablesos», como buenos aragoneses, para que la unión vuelva a ser ese fuerte que haga sentirse a las gentes de los valles hermanadas en una lucha por recuperar su libertad y su identidad.

No queremos, porque nos produce mucha tristeza y rabia (entre otras cosas), ver cómo en estos valles se van cerrando las puertas de las casas con la muerte del último abuelo.

Por eso deseamos que 1982 sea el año de la verdadera esperanza, de emprender de nuevo la conquista de esa libertad tan preciada que hace 27[...] años nos arrebataron.

Un abrazo y adelante. **Lorenzo Lascorz (Huesca).**



Un atentado a la profesionalidad

Fue el cometido por el Sr. Artaz[...] delegado provincial del Ministerio de Educación y Ciencia de Zaragoza, para más señas, cuando el pasado día [...] de enero, en un programa de Radio Zaragoza, exactamente el llama[...]

«Estudio de Guardia», dijo, entre otras cosas, que: «Aunque no conocía el calendario de los mundiales de fútbol, se mostraba partidario de adelantar el final de curso», suponemos que tampoco conocerá el calendario del curso académico, o algo raro pensaría, porque, si no sabe cuándo es una cosa, ¿cómo puede saber si es necesario adelantar otra?, ¿será que no conoce ninguna de las dos?

Aun dijo más, era partidario de ello «porque el fútbol apasiona» y porque «gran parte del profesorado, si hay un partido importante en la televisión, va a estar distraído, o va a tener que verlo».

No estamos de acuerdo con que el fútbol apasione, más bien pensamos que cumple la misma misión que los espectáculos circenses que se montaban en el Imperio Romano, o que las quemas de endemoniados de la inquisición. Allí se gritaba e insultaba a un gladiador o a una bruja y aquí se hace con un árbitro o con un equipo, en el fondo es lo mismo. Algo hay que dar al pueblo para que se desfogue y descargue sus insatisfacciones.

Como educadores que somos, no admitimos que Vd. nos considere tan «apasionados» como para olvidar nuestras obligaciones, que no lo son tal, puesto que, aunque suene a frase hecha, nuestra obligación es nuestra vocación, y es esto último lo que nos lleva, por encima de todo, a denunciar el insulto recibido.

Podemos asegurarle, Sr. Artazos, que hay gran parte del profesorado, al igual que gran parte de la población, que no siente el atractivo del fútbol, que somos muchos, educadores o no, los que apagamos el televisor cuando nos ponen un partido, que rechazamos ese apasionamiento que produce violencia, competitismos, que llega, incluso, a degradar al hombre porque le masifica, le lleva a apedrear autocares, a apalear árbitros, le encierra entre rejas para proteger a otros hombres.

Vd., Sr. Artazos, parece ser muy partidario de él. Es Vd. muy libre de serlo, pero no sea Vd. egocéntrico, no esté Vd. tan enamorado de sus gustos que crea que todos los compartimos. Por muy delegado del M.E.C. que Vd. sea, no tiene derecho a hablar en nombre nuestro, entre otras cosas porque nosotros no le hemos elegido, nos ha sido Vd. impuesto, y le aguantamos porque no nos queda otro remedio, pero eso no quiere decir que toleremos sus erróneas apreciaciones, sobre todo cuando no son ciertas.

Sr. delegado, ¿sabe Vd. cuántos puestos escolares podrían cubrirse con los millones invertidos en el mundial?, piénselo, y si después de hacerlo aún quiere sentarse en un estadio, hágalo, pero dimita, deje su puesto a alguien que se apasione un poco más que Vd. por la educación, y vaya, vaya tranquilo a berrear como un energúmeno al campo, apasiónese con el fútbol, los enseñantes haremos una colecta y le regalaremos pastillas para la garganta, mentoladas y todo. **Colectivo «Aula Libre». Zaragoza.**



No fue un desertor

Por ahora no tiene la verdad ni USA ni URSS, ni el Papa. Sólo la tiene Aragón, y esta verdad seguro que se ha dicho a través de muchas voces, pero la que mejor conozco, con la que mejor me identifico es la de Sender (que ya está en otra esfera, por eso andan de luto en Alcolea de Cinca). Se nos ha muerto hace poco Pepe, y también Ramón y Ramón II. ¡Cuántos han muerto con él, y es que valía por tantos!

Habéis hablado de Sender en el penúltimo número. ¿Por qué sólo así?, ¿por qué no habéis dicho algo más del Sender que tuvo que escapar de aquí o de su actuación en la guerra? ¿Es creíble Lister, o nos quedamos con la verdad de Los cinco libros de Ariadna? ¿No tuvo que esconderse después de la guerra, pues lo buscaban para darle la última lección los mismos que se la dieron a Trosky? ¿Es cierto, o no? Mainer, ¿has corroborado estos datos? ¿Los digerirías si fueran ciertos? Es decir, que Sender tuvo que esconderse porque le querían matar los «moscularis de Stalin». «No es fácil digerir algunos momentos de Los cinco libros» —dices—. Allí están explicados los métodos de la KGB para controlar el ejército republicano y sus consecuencias: El holocausto de la Batalla del Ebro y la pérdida de la guerra. Ni más ni menos.

«Algunos le llamaron tosco anticomunista», y Lister desertor —dices—, cuando uno de los asombros de Sender es que tiene la habilidad de hacernos creer que él mismo se metía en todas las luchas llamémosle sociales y siempre a favor del pueblo.

Yo creo a Pepe Garcés y le digo al general ruso y republicano Lister que Pepe no fue un desertor en el frente de Madrid. No. Por favor, no creáis a Lister y sí a Sender, Mainer, ANDALAN y Aragón. Yo mismo, lo necesitamos, de veras, creerlo; y, José Antonio, hazle una canción triste y maja de las tuyas, se lo merece, sobre todo ahora que no nos oye como antes. **J. Ginés (Zaragoza).**

A vueltas con Sender

Con profunda decepción, he leído vuestro Informe sobre Ramón J. Sender, publicado en el número 350. Senderiano fanático, me ha quedado un regusto de que allí faltaban cosas, algunas tan importantes como su definición política, tan aparente en los primeros libros de «Crónica del Alba», una recensión en profundidad de sus obras más importantes y una síntesis de su trayectoria vital por estos mundos de Dios o del diablo.

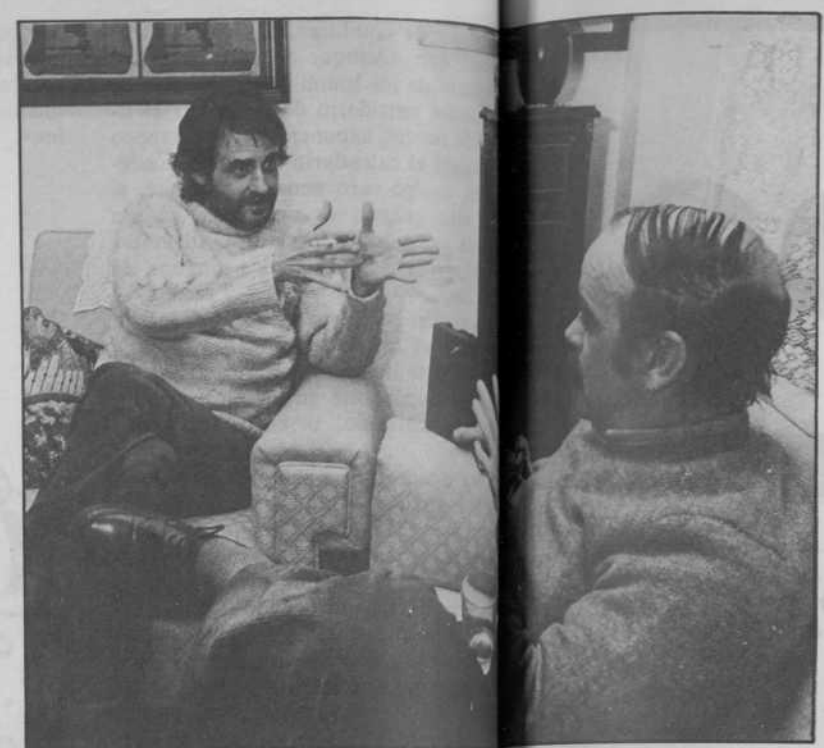
Un hombre como Sender necesita mucho más que siete u ocho páginas comidas por grandes espacios en blanco y enormes fotografías. Confieso que, tras conocer la noticia de su muerte, esperé con impaciencia la salida de ANDALAN, creyendo que le dedicaríais un número monográfico o algo por el estilo.

Lo curioso del caso es que aquí, en Catalunya, diarios y revistas, especializadas o no, le han dedicado ríos de tinta. Sender siempre ha contado entre los catalanes con un público numeroso y fiel, especialmente entre los que tenemos algún lazo de tipo familiar y/o sentimental con el viejo, entrañable y querido país aragonés. Aquí se le conoce y aprecia, y ha sorprendido un poco que en Aragón no se haya hecho mucho ruido a propósito de su muerte.

Por último, me extraña que en la descripción, casi telegráfica por otra parte, que Clemente Alonso hace de personajes senderianos básicos, no se incluya a algunos a los que creo fundamentales en la obra senderiana; es el caso de Sabino, el protagonista de «El lugar de un hombre», o de cualquiera de los que desfilan por ese gigantesco fresco histórico que se llama «Bizancio»: la princesa María, Muntaner, Arenós, los almogávares vigorosamente trazados... Cualquiera de ellos tiene entidad suficiente para merecer los honores de un breve estudio, a pesar de que los críticos literarios (sector ortodoxo-cazurro) consideren a «Bizancio» una novela «desigual».

En fin, no os canso más. Un fuerte abrazo para todos de este catalán de recio apellido aragonés. **Joaquín Pisa (Barcelona).**

Ese poeta llamado Aute que canta poemas que hablan de nostalgias y amores atenuados por el amor





J. A. LABORDETA

Cuando dos tipos que hacen algo parecido se reúnen, lo lógico sería que hablasen de cosas ajenas y lejanas a su propio oficio. Y a veces resulta así, hasta que en ANDALAN te mandan que ya que tú lo conoces —no lo conozco— pero sabes quién es y de qué va su rollo podías hacerle algo. Y la noche que llega te llama Lola Olalla para tomar unos tes de esos que su marido coge por los vericuetos de la Cañada y saludas, por primera vez en tu vida —el quehacer como oficio nunca nos había cruzado en los escenarios—, a ese flaco tipo de ojos menudos y aguijoneantes, mal barbado y largo que, con un jersey casero —me quedé con las ganas de preguntarle quién se lo hizo—, anda terminándose un plato de migas que «Olalla promociones» prepara a los amigos de fuera. Y al día siguiente, más descansado y con relajo entre los huesos, aparca por casa a tomar un café, que nunca hicimos, y una copa, que se quedó en el exótico recipiente regalo de bodas.

Cuando llega, se sienta y durante mucho rato vamos a hablar a micrófono cerrado, olvidados de que teníamos que hacer una entrevista. Hablamos de su mujer, de sus críos, de ese tipo insólito de doce años que se inventa palabras por paisajes y esa niña de escasos meses que le turba tanto que hasta enrojece cuando habla de ella. Hablando con Aute uno va encontrando ese mundo-madrid que tan ajeno a veces nos resulta a los matracos de provincias. Desparpajea con una enorme gracia sobre lo humano y lo divino y, a veces, con aire alejanado, se asentimentala con el recuerdo de Manila, su paisaje soñado. Y hablamos del olvido y la ignorancia que para muchas gentes «cultas» de este país significa la canción texto. En Francia, en Europa en general, los textos de las canciones de muchos cantautores se utilizan como base para el conocimiento de su propia cultura. Aquí no se hace nada de eso: los «cultos» profesores de literatura los ignoran; los críticos teatrales no asumen esos espectáculos y los críticos de música pop, en su más adorable ignorancia, se amorran al inglés —idioma que desconocen— por puro papanatismo analfabeto y tal.

No sé si todo esto lo dijo él o lo dije yo, o lo dijimos los dos a la vez; pero estoy seguro que ambos, y muchos más, lo firmaríamos, con rúbrica y moquitillo del ojo lacrimójeno. Total, que cuando ya era casi la hora de ir al teatro, abrimos el «alcagüé» —en español, cassette. ¡Qué ridículo!— y nos largamos este diálogo entre una enorme multitud de cigarrillos que este Aute tímido no para de fumarse.

Pregunta (como dice el manual del País, ¡qué risa!). **¿Cuál es tu planteamiento como cantante; por qué cantas y cuál es el mundo poético que quieres transmitir?**

Aute (Srs. del País: ¿debería decirse autor o entrevistado, o entrevistado autor?, ¡qué risa!): Creo que canto porque en mí se produce un enamoramiento con ese medio que es la canción, sobre todo la canción francesa: Brel, Brassens, Ferré, dignifican de tal modo el medio que son envidiables, y por otro lado tu palabra puede llegar a tantas gentes. Es algo que desde siempre me tiene chiflado. Pero quien realmente me produce un enorme trauma es Bob Dylan. Hablo inglés, pues en mis años de Manila estudio en un colegio inglés y cuando escucho a este hombre yo, que ya conocía la pintura surrealista, descubro que también hay un mundo, el literario, en el que cabe el surrealismo. Y fíjate, a través de los versos de Dylan descubro a los poetas surrealistas; se me conmueven todos los cimientos al comprobar que también en el campo de la canción se podía llegar a este método. Y escribo «Aleluya»...

Yo (como dicen en ese manual tan gracioso del País). **Resulta curioso comprobar cómo Miguel, mi hermano, era un fan tuyo a través de esa canción. Te recomponías con otro poeta surrealista.**

Aute: Pero no pasaba de ser un mero intento y cuando llegó al estribillo me pregunto: ¿qué hago con un estribillo? Y me sale un churro. Hasta Yupanqui me lo echaría en cara. Lo que me atrae a hacer canciones es la posibilidad de hacer poesía surreal con música; con todas las carencias que en aquellos momentos arrastraba.

Yo (¿cómo se debería hacer en un caso como éste, señor Cebrián?). **A pesar de todas tus carencias, te conviertes muy pronto en un nombre conocido dentro del mundo cancioneril hispano. Massiel te canta, te canta Rosa León y algún tema tuyo —«Al Alba», por ejemplo— se transforma en un hit. Tú, sin embargo, no cantas en directo. Se dice que te aterra, hay una literatura sobre esto, hasta que, de golpe, te decides y lo haces. ¿Por qué y cuándo?**

Aute: La culpable de mi inicio y lanzamiento será siempre Massiel. Ella me anima y nuestra larga amistad me obliga a hacerle caso. Yo no pensaba ni cantar, ni hacer canciones, pues para entonces estaba metido de lleno en mis cuadros, en mis pinturas. Sabía que me iba a perjudicar en mi camino pictórico, pero el «morbo» y el «cachondeo» me hizo grabar el primer LP.

Yo: **¿Y cuántos son ahora?**

Aute: Ahora son doce o trece elepés.

Yo (Señor Cebrián: ¿cómo podría decir yo, sin señalarme continuamente con el dedo? ¿Lo tenían previsto en esa risa de manual para cortos escritores de lengua madrileña?): **¿Y aquella loca experiencia de veinticuatro canciones cortas, metidas en un solo disco, no te parece como algo insólito en este país? ¿Por qué lo hiciste?**

Aute: Lo hice en el sesenta y ocho y totalmente consciente de lo que hacía, intentando enfrentarme a algo que odiaba: mis éxitos absurdos con canciones malas, que no me gustaban. Era mi tímida venganza con un éxito que me pillaba a contramano y que la casa de discos no hacía más que invitarme a seguir. Decidí abandonar el mundo de la canción y, como testamento de aquella etapa, quise dejar este disco. Y son breves, porque me sentía incapaz de desarrollar mi mundo más allá de esa cortedad que me salía de dentro. Lo quise combinar con un sonido que fuese hallazgo para mí y así las musicalizamos.

Aquí se detiene. Mira a mis hijas que han ido llegando de las clases y mutuamente se van saludando. Una de ellas, fan tremenda de Luis Eduardo, se encoge en su silencio y sigue escuchando las palabras de éste. Fuera, en la calle, la anochecida va llegando cada vez con más fuerza.

Aute: Durante cinco años guardo silencio. Me da miedo el mundo de la canción y guardo silencio y vivo de la pintura, hago cine. Son cinco años ajenos a la música, pero escribiendo canciones. Llego a escribir cincuenta. Un día conozco a Caballero Bonal y me ofrece grabarlas. Le digo que sí, que las grabo, pero que luego no las canto en directo. La casa acepta estas condiciones y grabo. Grabo la criba de las cincuenta canciones que había ido haciendo en esos años de silencio.

Pregunta (¿es el preguntador quien pregunta en ese manual de desestilo para redactores estoicos?). **Al principio te pregunté por el mundo que querías plasmar y la conversación se nos desvió, se nos fue. Volvamos a ella, ahora.**

Aute: Hay una explicación: la estética en la que uno mi mundo pictórico y mi mundo lírico, en contra de lo que pasaba al principio. En ambos mundos intento explicarme al hombre como ser humano y no como miembro de una colectividad. Y, a partir de ahí, surge mi mundo intimista con esa serie de preguntas sobre la vida, la muerte, el amor, etcétera. Quizás lo que estoy haciendo es intentar escaparme del psicoanalista.

Pregunta: ¿Y ahora, para terminar, ¿cómo ves, desde arriba, desde el escenario, frente o al lado del público, el futuro de esta canción que, en contra de críticos y pederastas, llena teatros y emociona —¡qué más da, emociona!— al personal?

Aute: Creo que es minoría las gentes de nuestras generaciones que, salvadas del «naufragio» postfranquista se han quedado con agallas para seguirnos. El reúma, las ciáticas, los líos de Fidecaya y otros bodrios así los han aislado en sus segundas residencias a beber los fines de semana el descanso tan bien ganado de años de incuria y bodrio cultural. Las generaciones siguientes que salieron del franquismo convencidas de que al día siguiente iban a encontrar el Paraíso perdido en las manos inmaculadas de la democracia, ésas no quieren saber nada. Del paraíso sólo han encontrado el paro, y andan de ecologistas de a pie, pasotas o empleados de banca, si han tenido suerte con los plazos. Los que llenan los teatros son gentes muy jóvenes que no creen en el porro, ni en el Paraíso Perdido; que Franco les suena a Godoy y que, con mayores posibilidades culturales y de elección, eligen lo que les gusta y no lo que les mandan que les guste. Es decir, hacen de su capa un sayo. Y a éstos es a los que les canto, porque son los rostros que veo en las butacas de todos los teatros de España.

Miramos el reloj y da un respingo. Se pone de pie y quejándose de lo mucho que ha fumado durante la tarde sale disparado hacia el Teatro Principal. Tarde y noche esas gentes que vienen de nuevas hacia el mundo le aplaudirán con la emoción que produce encontrar en la voz de un ser humano las palabras precisas que hacen estremecer ese pequeño y delicado jugo que es la sensibilidad. Los restantes, los que caminan con el número de serie en el parietal izquierdo, seguirán ajenos. Pero en el fondo es la eterna voz de la emoción la que conduce a la humanidad hacia adelante, y ésa sólo la tienen los poetas.

40 años de cultura en Aragón



Durante treinta años la organización de la cultura en Aragón no varió, en manos de una burguesía tradicional adscrita al régimen franquista. En la década de los setenta las fuerzas sociales populares promovieron, en nuestra tierra, un movimiento cultural que creó sus propias fórmulas organizativas. Pero la «transición» del fascismo a la democracia ha tenido, entre otros efectos, el de desbaratar la tarea organizativa emprendida por la izquierda y reforzar el poder de la derecha en la dirección de la actividad cultural en Aragón.

Los folios que siguen intentan aportar elementos de análisis sobre la historia de este proceso, sobre la base de lo que fue la intervención en la mesa redonda sobre Instituciones Culturales en Aragón, que clausuró las IV Jornadas sobre el Estado Actual de Estudios sobre Aragón (Alcañiz, noviembre de 1981).



JAVIER DELGADO

I Las instituciones culturales públicas: 1939-1970

Durante los primeros años del franquismo, el gobierno consideró las instituciones culturales públicas como parte del aparato estatal, factores de un proyecto global de hegemonía política, social y cultural. El «Nuevo Estado» necesitaba de ellas para conformarse. Por otra parte, la concepción del Estado en boga entonces en el grupo dirigente atribuía a éste la interiorización de la dinámica toda de la sociedad civil: «...todo lo demás era sospechoso; no se olvide que se vivía aún el proyecto totalitario que excluía toda forma de asociación, contacto e intercambio que no se produjera dentro de los aparatos del Estado y de sus emanaciones como Movimiento o partido único, Organización Sindical Vertical, Frente de Juventudes, Sección Femenina, etc., etc.» (Tuñón Lara, **Historia de España, t. X., III, «Cultura e Ideología»**). Se trataba de conseguir «la centralización unilateral de toda suerte de aparatos ideológicos, de toda posible acción sobre conciencias y mentalidades» (Tuñón de Lara, op. cti.).

El **proyecto de hegemonía** se traduce, inmediatamente, en la creación (tras el conveniente aplastamiento de toda organización social no encuadrada) de Instituciones marcadas con una fuerte definición ideológica. Como botón de muestra, sirvan estos párrafos del Decreto Ley de creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas: «...tal empeño ha de cimentarse ante todo en la restauración de la clásica y cristiana unidad de las ciencias, destruida en el siglo XVIII». «Hay que imponer, en suma, al orden de la cultura las ideas que han inspirado nuestro glorioso Movimiento, en las que se conjugan las lecciones más puras de la tradición universal y católica con las exigencias de la modernidad». **(B.O.E., 24-XI-1939).** La elección del Decreto no es casual ni arbitraria: se hace atendiendo al notable papel que el C.S.I.C. desempeñó —y sigue desempeñando, si bien ahora con otras connotaciones— en la estructuración centralizada de la organización cultural española. (Las tres instituciones culturales públicas de ámbito provincial aragonesas están adscritas al C.S.I.C.).

Importa señalar que, durante aquellos primeros años «de la victoria» las instituciones culturales oficiales «fueron más **instrumentos de represión y censura,** de la inmovilización, que de difusión y penetración ideológicas, confiadas a los menos que mediocres «cuadros» del falangismo y del tradicionalismo». (Tuñón de Lara, op. cit.). En realidad, puesto que poca creación podían aportar aquellas cabezas, centraron su interés en vigilar que ninguna otra intentara tamaña osadía. Para el régimen al que servían era suficiente con eso. Pero aún hicieron algo más: su **endeblez ideológica,** unida a la generalizada esterilidad científica de las empresas que, más que realizar, intentaron, produjo el efecto contrario al deseado, cercenando toda vinculación entre las instituciones culturales y la ciudadanía. Si funcionaban, lo hacían en el vacío o estrictamente ajustadas al ámbito reducido de la precaria actividad académica. La lista de los miembros directivos de las instituciones culturales oficiales, en estos años, pretende dar muestras de una estimulante interrelación entre sectores sociales diversos, pretendidamente representados, en todos los casos, por cargos públicos absolutamente monocordes de entidades vaciadas de efectivo contenido social específico (sindicato vertical en primer término).

Manuel Ramírez, en su interesante libro **«España 1939-1975. (Régimen político e ideología)»,** da las principales claves para comprender la conceptualización (y la organización) del régimen totalitario engendrado en 1936, en cuya estructura las instituciones culturales tenían un papel asignado: arrimar el hombro a la tarea de «insistir en elementos ideológicos que con mayor fuerza reforzarán el consensus que se trataba de crear». Al servicio de esto, y al margen de los aparatos de coacción, estuvieron los aparatos ideológicos del «Nuevo Estado», en su versión totalitaria y en su versión de dictadura conservadora. El control de la prensa, el adoctrinamiento a través del sistema educativo, aparición de las revistas Escorial, Revista de Estudios Políticos, Arbor, etc., en las que curtieron sus armas los más destacados ideólogos del régimen; utilización de los púlpitos agradecidos, creación del S.E.M., pretensiones iniciales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, etc., etc. (Manuel Ramírez, **op. cit.**).

En Aragón, la mediocridad

La creación de la Institución Fernando el Católico, del Instituto de Estudios Turolenses y del Instituto de Estudios Oscenses (en 1943, 1948 y 1949, respectivamente, se inscribe en esa tarea, pero nacen en un momento en el que «los engranajes del aparato ideológico cultural chirrían por todas partes» (Tuñón de Lara, **op. cit.**). Esto es, cuando la tensión ideológica ha ido dando paso a la **manipulación,** más o menos descarada



de los contenidos culturales que, se sigue pretendiendo, deban siempre confirmar y reafirmar el conjunto de creencias que se trata de imponer.

Por otra parte, el recambio que el **nacional-catolicismo** supuso para un régimen mucho más nacional-socialista hasta más o menos 1945, explica también el paso a la rutinización de las tareas de las instituciones culturales oficiales, al desaparecer en gran medida la tensión «innovadora» en los cuadros políticos y culturales. La mediocridad empieza a ser, más que nunca, junto con la absoluta sumisión, características más preciadas, por el poder, de esos cuadros.

Hablando de **mediocridad,** cabe resaltar que los hombres de la cultura oficial en Aragón tuvieron escasa relevancia a nivel nacional, participando apenas como comparsas en pocas de las empresas culturales del momento tenidas como brillantes. Ello puede tener que ver con la frágil situación de la burguesía agraria aragonesa en la correlación de fuerzas, la alianza oligárquico-agraria, hegemónica tras la guerra civil.

Así, por ejemplo, no más de una docena de aragoneses colaborarán directamente en las cinco revistas que, en los primeros diez años del régimen franquista, congregaron a la flor y nata de la intelectualidad adicta: **Revista de Estudios Políticos, Escorial, Boletín de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, Ecclesia, Boletín de los Seminarios de Formación del Frente de Juventudes** y **Revista Nacional de Educación.**

En esta época «las manifestaciones de la cultura aragonesa autóctona y especialmente el folklore fueron también deformadamente uniformados en los tópicos de la noble tozudez baturra expresada en jotas zarzueleras con sabor a chascarrillo zafio. Las auténticas letras populares de las jotas y cantes fueron barridas, cuando no prohibidas, y sustituidas por otras falsamente religiosas, patrioteras y oficiosas, aduladoras e indignas» (Carlos Royo Villanova, **El Regionalismo aragonés**).

Sólo dos entidades, de curioso origen, el Seminario de Derecho Aragonés (1953) y la Academia Aragonesa de Ciencias Sociales (1952), ambas ligadas a la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza, presentan un perfil democrático y europeísta en un ambiente generalizado de mentecatez fanática o forzosa.

El fracaso de una burguesía incapaz

A finales de la década de los 40, comienzan a aparecer **síntomas de rechazo** hacia los dirigentes de las instituciones culturales públicas locales, por parte de quienes, rondando la edad de treinta años, se sienten llamados a revitalizarlas. El juicio de éstos sobre aquéllos es duro, como puede observarse en el siguiente párrafo que les dedica uno de los que han sentido la llamada de la acción: «Los hombres que hoy rigen los centros culturales zaragozanos son inferiores a los de otros tiempos y no están a la altura de su misión. A veces ni siquiera han llegado a comprender ésta». (Luis Horno Liria, **Panorama literario de Zaragoza en 1952»,** en **«Ensayos aragoneses»**).

Un colectivo humano, universitarios vinculados a la burguesía tradicional zaragozana, se lanzó a la toma de las instituciones culturales. Su programa de revitalización, lucha contra la chabacanería, la «plebeyez», la tosquedad, la cursilería, la pedantería, la vulgarización, la persistencia de figuras sin valor, la reiteración de temas resobados, la adulación al mal gusto del público... estaba claramente formulado en diversas intervenciones y artículos. Lo que no sabían (o no querían saber) era que tal programa no lo podían llevar a cabo ellos mismos.

Sin entrar en consideraciones sobre la personalidad de los hombres que integraron ese grupo, puede decirse que **las razones del fracaso de su programa** se debieron, en el fondo, a razones sociales y políticas que pasamos a señalar, brevemente.

Precisamente en la década de los 50 se producirá la transferencia de la hegemonía agraria a la de la oligarquía financiera, lo que acarreará el conocido ascenso de la fracción tecnocrática de la burguesía española a los puestos de dirección hasta entonces monopolizados por falangistas.

La fracción tecnocrática, en sus primeros escarceos, de la burguesía zara-



gozana no tiene ningún interés por unas actividades culturales que para nada le son útiles: las humanidades le resbalan y la investigación científica les aburre si no muestra rápidamente su cara tecnológica. Sus cuadros son universitarios, pero tomaron de la universidad el mínimo imprescindible para colocarse oportunamente al frente de negocios que contradicen la tradición universitaria anterior.

La fracción tradicional de la burguesía zaragozana no aporta ningún viso de vitalidad intelectual, y apenas económica. A las instituciones culturales sólo les piden que les confirmen que su lugar en el mundo no se reduce a los pequeños problemas domésticos. Quieren reafirmar lo que siempre pensaron pudiendo sentir cada vez que lo oyen la novedad de la forma en que se les presenta y acumular algunos puntos de erudición siempre útiles en los corrillos de amistades.

En cuanto a **las clases populares,** éstas no existen, son «ilegales» como proyecto autónomo. Nada se pretende que tengan que ver con las instituciones culturales.

La ausencia de una burguesía regional, culta y progresista y de un compromiso intelectual o moral con el proletariado por parte de ningún intelectual del momento, reduce al colectivo humano aludido a una actividad de mantenimiento de una exigua clientelea social. No sólo porque nunca suspiraron por otra cosa (desearon un auditorio menos incapaz mentalmente, no otro auditorio) sino porque ninguna otra fuerza social exigía, ni podía exigir, algo distinto de lo que ellos ofrecían.

La cultura de las instituciones culturales públicas se convierte rápidamente, de nuevo, en **«cultura oficial»** bajo la acción de quienes verdaderamente lo único que pretendían era ser ellos quienes la controlaran. Así se produjo en Zaragoza (centro cultural de la región) lo que José Carlos Mainer llamaría **«catacumbización cultural».** «Síntoma más claro de una dimisión y de una impotencia históricas de la burguesía tradicional zaragozana que asistió sin réplica fulminante al ascenso de una nueva burguesía especuladora». (J.C. Mainer, **«El hecho literario», intervención en el I Congreso de Estudios sobre Aragón).** La razón es bien sencilla: entre la burguesía tradicional y la especuladora-tecnocrática existía una fuerte ligazón de parentesco. Si no eran hermanos, eran primos. La familia, ya se sabe, está por encima de todo... más aún cuando hay un sustrato de intereses que la une.

Hay que tener en cuenta, por otra parte, que la atención de los dirigentes políticos locales (representantes, cada vez más unívocamente, de la fracción tecnocrática ascendente) hacia las instituciones culturales públicas fue notoriamente escasa. **Económicamente,** las asignaciones que tanto Diputaciones Provinciales como Ayuntamientos dedicaron a ellas resultan llamativas.

Estamos en 1967 y vemos cómo el **Ayuntamiento de Zaragoza** destina a la Institución Fernando el Católico 25.000 ptas. para todo el año. (Hasta 1961 destinó 5.000 ptas. anuales); al Ateneo dará otro tanto; al Consejo de Estudios de Derecho Aragonés y a la Academia de Ciencias, 5.000 ptas., respectivamente. En cuanto a la **Diputación Provincial de Zaragoza,** diremos, por poner un ejemplo, que dará a la Academia de Medicina 1.000 ptas. Sobran comentarios, en ambos casos.

Pero es que, observamos, junto a esta evidente mezquindad, una arbitrariedad palmaria en la adjudicación de partidas presupuestarias. Ese mismo año la Diputación de Zaragoza daría al Patronato Poblet 10.000 ptas., y el Ayuntamiento de la ciudad 12.000 ptas. al Centro Cultural Aneto (éste, reducto de iniciación al Opus Dei para jovencitos...).

Aún más. Ese año, la Sección Femenina y F. de las JONS percibirían un total de 555.000 ptas. del Ayuntamiento, en tanto el SEU y la Sección Femenina 161.000 ptas. de la Diputación. Aquí no se trata de arbitrariedad sino de decidido arbitrio.

Seguramente sería excesivo concluir que a las autoridades políticas de aquella época las instituciones culturales públicas no les interesaban nada. Quede, pues, nuestro juicio en el casi nada. Un estudio detallado de las partidas que desde 1945 a 1970 dedicaron los órganos de dirección política y la Administración a nuestras instituciones culturales públicas ayudaría a nuestro juicio a discernir el linde entre lo uno y lo otro.

No tenemos instituciones culturales

En el libro **«Aragón, nuestra tierra»**, de Eloy Fernández Clemente y Guillermo Fatás (1977) puede leerse, en la página 245 el siguiente epígrafe: «No tenemos instituciones», referido a las de cultura, bajo el cual se pormenoriza así su juicio sobre éstas:

«Sobre el papel sí que existen Instituciones:

Real Academia Aragonesa de Nobles y Bellas Artes de San Luís: más largo



el nombre que la obra. Consejo de Aragón: esconde una inoperancia absoluta. Consejo de Estudio de Derecho Aragonés: cada cierto tiempo realiza alguna actividad menor. Cátedras especiales (Palafox, Zaragoza...): a nadie ni nada enseñan. Institutos de Estudios Oscenses y Turolenses: apenas conocidos fuera de Huesca y Teruel».

Puede parecer un juicio extremadamente duro. Pero se atenía con bastante precisión a la realidad de las instituciones citadas.

La única Institución que, a juicio de los autores mencionados, merece un trato diferente es la Institución Fernando el Católico, de la que dicen: «...la única entidad cultural que ha alcanzado algún relieve en el Aragón de la postguerra (...) acaso el único islote que se salva en el océano de la chata cultura «franquista», frente a tantas academias inútiles, ateneos moribundos, casinos aburridos y cenáculos apolillados». (op. cit., pg. 243).

Pero es la excepción que, como siempre, confirma la regla. Y conviene recordar aquello de que «en el país de los ciegos, el tuerto es rey».

Aunque la problemática concreta de nuestras instituciones culturales tenga, incluso en la época de mayor uniformización, una cierta dinámica propia, merced al papel de los grupos influyentes en la vida social y cultural local, ha de enmarcarse en las coordenadas de normalización económica y **crisis ideológica que se opera en las esferas del régimen a partir de 1950.**

«Lo que está sucediendo es que el binomio Dictadura-Hegemonía se debilita en su segundo término; pero los medios coactivos del poder, al ejercer la dictadura y cerrar el paso a la expresión de la ideología adversa, contribuyen a crear algo que —impropiamente— se podría denominar como «vacío ideológico». (M. Tuñón de Lara, **op. cit.**).

Los «prohombres» de la cultura oficial aragonesa van a quedar atrapados, en pocos años, entre la cerrazón política de las autoridades locales y el callejón sin salida del desarrollismo y consumismo de una tecnocracia provinciana y rapaz. Intentarán salir por la tangente, ensayando un **«apoliticismo cultural»** como guía espiritual de una labor de pretendida «alta cultura» que apenas significa especialización, erudición y anecdotario. Explicable, pues, que las instituciones que dominan (pues no hay relevos) pierdan casi el único arraigo que tenían: el de las conexiones con las redes del poder local.

Las cifras anteriormente citadas muestran a las claras que, para el poder local y provincial, las instituciones culturales representan una (leve) carga presupuestaria que deben, por ley, mantener. Por lo demás, mientras la actividad de éstas no pretenda ir más allá de los márgenes impuestos (tal no harán), ningún problema les plantea su existencia. La **fidelidad** «apolítica» se pagó, pues, con la desvitalización y el enclaustramiento, cuando no con la desaparición real.

Las instituciones culturales públicas (las que continuaron existiendo de verdad, que algunas no lo hicieron sino en los papeles) de nuestra región se convirtieron, pues, en **reductos envejecidos,** representantes culturales de una sociedad que apenas las mantenía por inercia.

II Instituciones culturales privadas: 1939-1970

En cuanto a las instituciones culturales privadas, durante el período 1939-1970, hay que destacar que aquellas que se sostenían merced al patronazgo de entidades financieras apenas desarrollan actividad cultural reseñable. Desde luego, no es gracias a ellas que se dinamiza culturalmente las ciudades y los pueblos de Aragón.

Las sociedades financieras presentes en nuestra tierra se dedican, sobre todo en la década 1960-1970, a la especulación más feroz que llevará a la destrucción impune de gran parte de nuestro patrimonio urbanístico. La misión de las instituciones por ellas alentadas tuvo escasamente la misión de elevar una cortina de humo que difuminara su acción depredadora prioritaria. Cortina leve, por cierto.

Las demás (bien pocas y de reducida parroquia) reciben el siguiente juicio de un hombre que bien ligado a ellas se mantuvo siempre:

«Las sociedades culturales zaragozanas son, en bastantes casos, entidades de aquellas que Moneva denominaba de membrete«, es decir, de aquellas en las que un sonoro título cobija a unos denodados, beneméritos, pero fatigados, desilusionados y alguna vez incluso anquilosados directivos». (Luís Horno Liria, **«Problemas de las sociedades culturales zaragozanas». op. cit.**).



Habla también de «indiferencia de los socios» y de que «los directivos, además, son siempre los mismos». Propone soluciones que se le ocurren, pero dice: «¿Qué se opone a soluciones de tan género? Sencillamente —lo digo como lo pienso— el interés creado de unos cuadros directivos; el tradicionalismo de quienes ya no tienen la garra creadora de los forjadores de la tradición y el noble decoro, el munífico mecenazgo de los ilustrados; la falta de sentido común de una sociedad que tanto blasona de serlo». (Luis Horno, **op. cit.**).

El último párrafo (seguramente molesto incluso para los sordos oídos de sus auditores) refleja bastante exactamente la situación de la burguesía tradicional zaragozana a la que se refería J.C. Mainer en el párrafo más arriba citado.

Esas «sociedades culturales» se reducen a muy pocas, en cualquiera de las tres provincias. ¿Cómo había de ser, si estaba prohibido reunirse? Aunque, claro está, algunos sí se reunían, pues nada malo se temía de ellos, los de La Cadiera, verdadero cado de capitostes locales, ni de ellas: las de la Sección Femenina de los Círculos Medina.

Las sociedades culturales privadas que existían, participaban todas de la alianza natural que en Aragón establecieron durante aquellos años los tres elementos clave de nuestra vida social y política: **la derecha nacional-católica, la Falange y la dirección del más potente capital aragonés.**

El desleído regionalismo de derechas dio tan sólo como frutos la Hermandad de Caballeros de San Juan de la Peña («la más heroica tradición mítica en que Aragón, España, el nacional-catolicismo y el fascismo musical se fundieron orgiásticamente con la esencia mítica del alma —con el totem— de la «raza» aragonesa», dice C. Royo Villanova del acto solemne, celebrado en 1959 ¡con motivo de la traída del Santo Grial desde Valencia, presente Franco y música de Wagner! ...organizado por la Hermandad) y la entidad «Amigos de la Jota», luego Peña El Cachirulo, dedicada a la domesticación del folklore y al enbravecimiento de la gastronomía local.

¿Y la izquierda?

Quien hasta aquí leyó puede preguntarse qué hacía, a todo esto, la izquierda. ¿Llevamos ya treinta años «de paz» y todavía no ha aparecido por ningún rincón del escenario cultural aragonés?

La izquierda aragonesa bastante tuvo con **intentar subsistir** físicamente, durante muchos años. Aquellos que, además de subsistir, luchaban organizadamente lo hacían en y para el medio social al que pertenecían: en las fábricas y talleres metalúrgicos y en los tajos de las empresas de la construcción. No contaron con el apoyo de hombres de la cultura que pudieran conectarles con un mundo lejano para ellos como era el de las instituciones o sociedades culturales, hasta muy entrada la década de los años sesenta.

Es cierto que hubo, allá por el año 58, un intento de crear una asociación cultural, que hubiera querido llamarse «Sociedad Cultural Los Amigos», inspirada por militantes comunistas y algunos hombres ligados a la vida cultural zaragozana. Los trámites de legalización de lo que pudo haber sido una entidad cultural bajo la dirección de, al menos, un sector de la izquierda, quedaron en nada al sobrevenir una de tantas detenciones que los comunistas sufrieron por entonces.

Pero el acceso de la izquierda a la acción cultural sólo vino, una década más tarde, de la mano de jóvenes líderes del **movimiento universitario zaragozano.** Su realización de más envergadura fue el Teatro de Cámara de Zaragoza (1966-1969), en cuyo «club de socios» la izquierda (hombres de la cultura, profesionales, estudiantes y obreros) se agrupó. Su persecución y destrucción sucedió rápida y bien públicamente, sin que los que estaban al frente de nuestras instituciones culturales movieran un solo dedo en su defensa, sino todo lo contrario.

La amistosa convivencia, con ribetes de tutela paternalista de los que dirigían entonces la actividad cultural oficial u oficiosa con entidades de lánguida existencia se trueca en **declarada hostilidad** hacia aquellas actividades culturales que nacen de una tensión intelectual y moral vitalizada por presupuestos ideológicos sin cabida en los estrictos límites del Estado fascista... ni en los no menos estrictos de la sociedad de mesa-camilla imperante. Así, el movimiento cultural universitario, impregnado de ideales democráticos y socializantes, es rápidamente anatemizado y combatido.

Olfato de clase, es cierto, pero también una opción que definiría dos campos de acción cultural perfectamente enfrentados, la «cultura oficial» y la «cultura de los vencidos». Supuso, tal enfrentamiento, el enclaustramiento de las instituciones culturales en el recinto intocable (pero inerte, al fin) del aparato esclerotizado de un tipo de Estado incapaz de vehiculizar la dinámica cultural de la sociedad española del momento.





Angel Samblancat, una vida sin enmienda

NIEVES SAMBLANCAT MIRANDA

Angel Samblancat Salanova, escritor, jurista y político aragonés, nacido en Graus (Huesca) el 1 de marzo de 1885.

Orientado hacia la carrera eclesiástica, por decisión paterna, Samblancat estudia en el Seminario de Barbastro y en el de Cervera, de donde escapa a los catorce años para encaminarse a Barcelona, a casa de su hermano mayor, José. Bajo su tutela, acaba el bachillerato y aprueba la carrera de Derecho en dos años. En este período vive solo, dedicado exclusivamente a su pasión favorita: escribir. Así comienza Samblancat su intensa actividad literaria, que se bifurca en dos vertientes: periodismo y novela. Su labor periodística en España cuenta con la fundación de un diario fervorosamente romántico: Los Miserables, eco de los que sufren hambre y sed de justicia, **que aparece por vez primera el 23 de noviembre de 1913. Este periódico, que vio asaltada muy a menudo su redacción por grupos carlistas, proporciona a Samblancat su aureola de escritor polémico y anticlerical.**

Samblancat colabora, además, en estas dos primeras décadas de siglo, en numerosos diarios de izquierda (1). Durante 25 años es redactor de «España Nueva» **(Madrid),** «El Mercantil Valenciano» **(Valencia),** «El Diluvio» **(Barcelona). Es nombrado director de** «La Campana de Gracia» **y de** «L'Esquetlla de la Torratxa», **ambos de Barcelona.**

En la guerra civil publica en la prensa ácrata, especialmente en «Ruta», **órgano de las juventudes libertarias. Comenta, junto con el General Miaja y Dolores Ibarruri, «La Pasionaria», un libro de poemas y cantos de guerra:** Poemas rojos, **editado por el Comisario de la División 27 del Frente de Aragón, para sus soldados. El prefacio es de Antonio Machado.**

Al finalizar la contienda, Samblan-

cat continúa en Méjico su inflexible periodismo de opinión, que da allí sus mejores frutos.

Como novelista, su tarea se divide en dos etapas: preguerra y exilio. En la primera publica seis novelas largas (2) y dos libros de narraciones breves (3), que tienen todos como tema primordial la reivindicación de los marginados (prostitutas, bohemios, poetas de vanguardia, maestros racionalistas) o la condena de la injusticia que sufre el militante sindicalista o el recluso.

Samblancat publica, también, más de una decena de folletos político-didácticos, dedicados a combatir la Monarquía, Dictadura o superchería religiosa (4). Escribe para diferentes colecciones de Novela Corta (5). Es director de la colección «La Novela Nueva», donde aparece una narración de Angel Pestaña: Inocentes.

En el exilio, sus obras giran en torno al tema de la guerra civil española y de la invasión de Francia por las tropas alemanas (6). Publica un libro de poemas: Plumero salvaje (1947) y deja inédita una novela de difícil lenguaje, que pone al servicio de la expresión una extraordinaria libertad de recursos: Chamaca.

En su calidad de jurista, destaca su labor como presidente de Sala de la Audiencia de Barcelona. Magistrado del Tribunal de Casación de Cataluña. Abogado obrero. En 1936 es el encargado de organizar y administrar la nueva Justicia Revolucionaria. Es presidente de la Oficina Jurídica, primer adjunto del Tribunal Popular de Barcelona y presidente del Tribunal Popular Especial.

La primera tentativa política de Angel Samblancat es en 1915, como candidato a diputado por el Bloque Nacionalista Republicano. En 1917 inicia su amistad con los principales líderes del movimiento obrero. Saluda por primera vez a Salvador Seguí en la redacción de «La Lucha»; la presentación corre a cargo de Luis Companys. Desde aquel momento, Samblancat no dejará de frecuentar a Seguí, a quien entrevistará en diversas ocasiones en los locales de Solidaridad Obrera, hasta que «el Noi» es deportado al penal de La Mola, en Mahón, prisión que también conoció Samblancat.

En 1930 firma un manifiesto político aparecido en Barcelona: Inteligencia Republicana, en el que, entre varios nombres republicanos, figuran los de algunos militantes de la CNT.

En 1931 es elegido diputado a las Cortes Constituyentes de la República por L'Esquerra Republicana i Unió Socialista de Catalunya.

Durante la guerra, su ejercicio político se convierte en acción judicial. A consecuencia de ello, ante la inminente toma de Barcelona, huye a Francia en enero de 1939. A la desolación moral por la derrota se une la penuria del exilio: dificultades económicas, infructuosas tentativas de contacto con sus compañeros, dolorosas noticias de España. Además, Francia es un país en pie de guerra, que ofrece a los refugiados campos de concentración o victorias nazis. En el penúltimo barco que zarpa para Veracruz, el Nyassa, Angel Samblancat se despide del continente, ya no volvería a pisar jamás tierra española, ni tan siquiera europea. Este es, sin duda, uno de los tragos más amargos que debe apurar durante su vida.

A su llegada a Méjico, primavera de 1942, Samblancat, carente de recursos económicos, da clases de latín y griego, y realiza numerosas traducciones. Prosigue su labor como escritor y periodista en «España Libre», «El Nacional» y otros diarios de izquierda hispanoamericanos. En cambio, su actividad política disminuye, enormemente, a causa de sus diferencias con el Gobierno Republicano en el exilio.

A medida que avanzan los años, Angel Samblancat se retira del bullicio externo y prefiere pasar la mayor parte del tiempo solo, rodeado de traducciones y poemas, de artículos, de libros. Entregado, como a los 20 años, a la labor intelectual. Sus últimos días se ven sostenidos por la inquebrantable esperanza de volver a España.

Angel Samblancat Salanova muere en Méjico el 24 de febrero de 1963, a los 78 años de edad. Digno de figurar en su epitafio sería uno de sus pensamientos más significativos: «Señores jueces, podéis castigarnos y encarcelarnos si se os antoja. No nos enmendaremos».

---

(1) «El Motín», «La Ira», «El Intransigente», «L'Enemic del Poble», «El Progreso», «La Lucha», «El Parlamentario», «La Voz», «La Libertad».

(2) La cuerda de deportados **(1922)**. La casa pálida **(1926)**. Barro en las alas **(1927)**. La ascensión de María Magdalena **(1927)**. El hijo del señor Esteve **(1929)**. El aire podrido **(1930)**.

(3) Jesús atado a la columna **(1925)** y Con el corazón extasiado **(1926)**.

(4) El visir del puño de hierro. XIII veces canalla. Fuego en la casa de Dios. El caudillo de la estrella. La libertad que floreció con las rosas. El pueblo del ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! del triple dolor. El baldón de la ley de fugas.

(5) **En la Novela Roja:** El terror. En la roca de La Mola. Testas y tiestos coronados; **en la Novela del Domingo:** Una quincena. Mi novia ramera; **en la Novela Gráfica:** El establo de Augias. El vengador.

(6) A caballo del Ande. Crónica del universo occidental **(1942)**. Caravana nazarena, sudor de sangre del antifascio español **(1943)**. Hubo una Francia **(1945)**.



ANGEL SAMBLANCAT

Escritor y jurista español. Redactor, durante 25 años de los diarios *España Nueva* (Madrid), *El Diluvio* (Barcelona), *El Mercantil Valenciano* (Valencia). Abogado del Colegio de Barcelona. Ex-Presidente de Sala de la Audiencia de Barcelona. Magistrado del Tribunal de Casación de Cataluña. Diputado por Barcelona a las Constituyentes republicanas de 1931.

Alma gaseosa

Había sido, en otro tiempo, un alma ciclónica, tormentosa, torrencial. Con todos los hervores de los gueiseres, los humos de las solfataras y las ondas de los mares procelosos.

Había sido lo que se llama una mala cabeza, una cabeza sin atadero, henchida de sueños utópicos y pensamientos fulgurantes, eruptiva e ignívoma como un Vesubio.

Dio mucho que decir, que hablar, que hacer. Había hecho, todo lo que había querido, el potro.

Había tenido una juventud como un vendaval. Bravía, pujante, relinchante, toda una aullido, toda una ráfaga, un ábrego arrasador, de empuje irresistible, de raudos y arrolladores soplos.

Trabajó en cuarenta oficios perros, en cien tareas villanas. Remó en innumerables galeras. Tocó más teclas que un pianista.

Fue periodista, conferenciante, agitador, secretario de sociedades de resistencia, administrador y fundador de cooperativas, actor y director de coros y cuadros dramáticos, autor de folletos ácratas que él mismo se editaba, imprimía y vendía por los pueblos, por trochas y garrochas, y que hasta leía y explicaba y cuya exégesis hacía a su clientela iletrada.

Un individuo de historia, el tal galopín. Un truhán de inagotable iniciativa, de capacidades múltiples, de actividad desbordadora. Un diablo rojo, un diablo desencadenado. Un revolucionario con injertos místicos, con forro y ribetes de misionero, un revolucionario mitad angélico y mitad satánico, mitad apóstol y mitad bandido.

Y, además, un guapo chico, decían las mozas, que son las que entienden de esto, que son autoridad infalible e indiscutible en la materia.

Un guapo chico, con una melena como una garba, como los trigos espigados y granados, y con un pico...

Su pensamiento flameaba como una tea en las tribunas, caía en la muchedumbre como en un sementero, hacía sudar sangre a las palabras.

Su verbo a los hombres los electromagnetizaba, les carburaba el corazón, les daba sed, les secaba las fauces, les abrasaba la boca, y a las mujeres se la confitaba, se la llenaba de miel como un beso, les hervía en las entrañas como una irrigación, como una fecundación.

Las masas lo escuchaban hipnotizadas, con la cabeza «beante», con el ojo entelado, como si les llovieran grageas, como si chuparan miracielos, como si les atravesara los sesos duros, el cerebro calcáreo, la lanza de un arcángel, la saeta de oro de una visión maravillosa.

La propaganda emancipadora, el ideal de redención que predicaba, que divulgaba por pagos y aldeas, le hizo dar con sus huesos y su barjuleta en la cárcel, y allí, por su conducta ejemplar y la alta cultura de su espíritu, se le destinó a la escuela, a ayudar al maestro de la gemonia en la ardua tarea de desasnar a los presos analfabetos.

Limpiando esta pobre parva, educando a los desgraciados, regenerando a los estigmatizados de la ley, a los tarados morales, a los hijos espúreos de la sociedad, se aficionó a la pedagogía, al arte sublime de Pestalozzi, y ya no quiso en adelante dedicarse a más oficio, ni tuvo en lo sucesivo otra vocación y preocupación que enseñar, que roturar los cerebros de los pobres.

Desde entonces, se dio, para el resto de su vida, el ideal más concreto de perfeccionarse a sí mismo perfeccionando a los demás. No aspiró más que a ser el escultor de su conciencia esculpiendo la del prójimo, a ser padre de la humanidad castrándose para la procreación física y para toda otra actividad, soplando en el limo terreno, educiendo almas de la nada, corrigiendo los engendros, los ajenos abortos, instilando fuego sacro en las piedras, insertándose en la médula moral de las generaciones futuras.

En seguida que recobró la libertad, abrió las clases, inauguró su nueva actuación.

Pero su enseñanza no era menos subversiva, iconoclasta, roboradora y descataleptizante que su propaganda.

Era una enseñanza viva, no muerta; intuitiva, no mnemónica; actualista y futurista, no preteritista. Enseñanza de cosas, de hechos, de realidades, de procesos naturales y vitales, no de palabras, de ficciones, de galimatías filosóficos, históricos, arqueológicos, teológicos y jurídicos.

Enseñaba a trabajar, a producir, a comprender la mecánica del universo mayor y del universo menor, del macrocosmos y del microcosmos.

Infundía en sus hijos espirituales el deseo de crear. Encendía en sus corazones el fuego del interés por las cosas menudas y avivaba el ensueño de las cosas grandes, de las quimeras imposibles.

—Sed solidarios entre vosotros —les repetía, incansable—. Sed nobles con el animal, con el vegetal. No pronunciéis jamás el nombre de una mujer, por perdida, tirada y rajada que sea, no lo mentéis jamás sin besarlo, sin acariciarlo con el corazón, sin ungirlo con toda la ternura de vuestro pecho, de vuestra boca. No seáis dañinos. Mantened derecha la cerviz, alta y erguida la frente. No os agachéis ante nada y ante nadie. Tened la sinceridad, la entereza de sostener en todo momento vuestra honrada convicción. No pringuéis, no enlodacéis vuestros labios con la mentira. Sed claros y transparentes como el cristal. Amad la verdad, la libertad, el bien, la belleza, la vida.

Por desimbecilizar a la juventud con esta helioterapia, con estas inyecciones de suero anticretínico, se le persiguió.

La guardia negra, el partido de la fe, la unión de los oscurantismos y de los atavismos, la falange macedónica de los enfermos del hígado, de los



hipocondríacos, de los atrabiliarios, de los sectarios, de los cuáqueros, formó el cuadro, estableció el tacto de codos contra él.

Decían que propagaba doctrinas disolventes, que enseñaba máximas tóxicas; que envenenaba a la infancia, estragaba a la juventud y minaba los cimientos del orden social; que hacía bañar a los niños sin taparrabos; que había proscrito de su alrededor el silencio, el respeto y la distancia que del maestro debe separar a los alumnos; que su aula era un guirigay, un herradero en el que cada cual hacía lo que quería; que afirmaba que los textos sólo tienen aplicación en los retretes, y que el único libro aceptable mientras la industria editorial no cambie de modo de ser, es la Naturaleza; en fin, que llevaba los discípulos al campo, porque decía que la compañía de las vacas es más educativa y, desde luego, menos nefasta para los pequeños, que la de los padres y que la de la gente.

Algo de esto había, aunque era el león menos fiero de lo que lo pintaban.

Lo que ocurría era que los búhos, las alimañas de la noche no querían a ningún trato que se atenuara, que se adelgazara el enorme espesor de la sombra intelectual que se cierne sobre el mundo, y por eso sonaban el halalí contra él.

Esta hostilidad, esta persecución le impidió anclar en lugar determinado, afirmar una obra.

Anduvo siempre errante de pueblo en pueblo. Estableció colegios, academias, gimnasios como pudo. Erigió doquiera templos a la luz.

Daba sus lecciones en un centro obrero, en un corral, en una era, en un descampado, cabe un árbol, a la luz del día, al sol de las mañanas crueles, bajo la clemente mirada de Dios.

Los caciques, los gobernadores, se enteraban pronto de sus criminales propagandas, de sus indignos manejos, y lo expulsaban de sus ínsulas, de sus feudos, o lo encarcelaban, lo tenían una temporada a buen recaudo, lo ponían unos meses a la sombra a ver si se le refrescaba la sangre y se le descargaba la cabeza.

La guardia civil, los inspectores de enseñanza, le aventaban el tabernáculo, le cerraron mil veces la escuela, se la allanaron y desmantelaron, le dispersaron el rebaño tímido, la pollada formidolosa.

Pero él, en sus trece, terco que terco. Se crecía ante el peligro. La oposición lo embravecía, lo encrespaba. Embestía el obstáculo, se iba con la frente baja hacia él, como si se hubiera comido crudas las turmas de un carnero.

La escuela era él, era su vida arrebatada como un torbellino, ardiente como una llama; era su fervor, su lirismo, su ansia de una vida menos fangosa, más tolerable, su amor a los niños y a los hombres.

Esta caridad que lo abrasaba, convertíalo en un huracán, en un volcán, en algo épico, que era, sin embargo, al parecer, y a primera vista, muy insignificante.

Con el celo que le arbolaba los entresijos insuflaba esperanza al desesperado, inyectaba fe y convicción al descreído.

Propagaba el fuego por todo el mundo. Esparcía fulgor, emoción, vibración. Surgía como un astro radiante en la noche de las almas. Era el padre de los desheredados. Bañaba a toda la humanidad desvalida en el océano de su ternura y de su miseración.

Había ejercido su magisterio y cumplido su misión docente en el campo, en la mina.

Pero donde llegaba él, ardían las cosechas, estallaban las huelgas, deflagraban los atentados terroríficos. El nublado se condensaba al momento y zurriagueaba el rayo.

Y no era que él instigase al crimen, esparciera sus gérmenes deletéreos o empollara sus huevos malditos. Era que el crimen lo acechaba en todas las sombras y se defendía de él y del contagio de su bondad proliferadora, estallando rojo y sangriento bajo sus pies.

Ahora era viejo, aunque todavía el corazón le verdegueaba y era niño, aunque aún estaba fortachón y pimpante.

El ardor de la sien delirante le había carbonizado y consumido la melena bohemia y la frente le llegaba hasta la espalda.

No veía un palmo más allá de su nariz. No oía ni cuando le daban dos duros. La mano trémula apenas podía con la carga leve de la pluma. Su hermosa voz de orador se había resquebrajado, y el aire se le iba, al hablar, por los resquicios e intersticios, por los claros de la dentadura. Sus largas tiradas dantonianas no generaban entusiasmo, no producían vértigo, no se las sentían las mujeres como un espolazo en el ijar, como una amorosa inundación, como un escopetazo de amor en el alma.

No podía ya enseñar a sus discípulos y los divertía, los hacía reír contándoles anécdotas y epigramas, proponiéndoles charadas y colmos.

No pudiendo dar de sí otra cosa, hacía piruetas, cabriolas, se convertía en mimo, en bufón y educaba así, a su manera, a la infancia.

—Siembro alegría, euforia —pensaba—. Difundo risa y contento. Esto es luz también, también es una lección. ¡La risa de los niños! Es un canto, un encanto. Les vibra el tuétano de los huesos. Les resuenan los riñones como un carrillón. Tintinean campanillas argénteas en su garganta.

Los chicos le faltaban al respeto, se mofaban de su ropa raída y hacían con él mil herejías, mil diabluras damnables.

Le gateaban por las piernas. Se montaban a caballo en sus espaldas. Le sacaban motes injuriosos. Le silbaban estridentemente en el oído, cuando se hallaba más descuidado. Le mataban las moscas en la calva de una palmada, y a veces le daban el palmazo sin que tuviera en dos leguas a la redonda de la cabeza sombra de mosca. El lo sabía, pero se hacía cargo.

—Que jueguen los pobrecitos —cavilaba—. Que rían, que demasiado habrán de llorar después. La educación es un juego. La vida también, o habría de serlo. Mientras yo los entretengo, son míos. Mientras me hacen mal a mí, no lo hacen a otro.

Como la escuela no era oficial y casi nadie le pagaba, vivía de raíces, de hierbas silvestres y creía la gente que de algún pececillo que pescaba.

Pero no había tal pesca, ni tales magras o carneros y regalos gastronómicos.

El iba, ciertamente, con la caña todos los días al río y se estaba largas horas con la línea tendida y los ojos fijos en el agua viajera, en la corriente vagabunda como él.

La gente que pasaba por el puente, los gañanes de las próximas huertas, de los vecinos requejos, lo asaeteaban con sus chungas:

—Ya nos convidará a la lifara.

—¡Ojo, que no lo pesquen a usted!

—¿Pican? ¿Pican?

¡Qué iban a picar! Picaba el sol. Picaban las moscas. Picaban toda clase de bichos hemóvoros, de insectos sanguinarios, menos los peces.

¿Ni cómo era posible que picasen? Los chicos se los espantaban con cencerros, con cohetes, a pedradas, y menos mal que no lo descalabraban a él.

Un día se durmió con la caña en la mano, y los rapacines se atrevieron a pasar a mayores.

El más tunante del manípulo propuso que se le atara al durmiente un guijarro al extremo de la línea, para que al despertarse creyese que era una trucha de cuatro libras lo menos o un reverendo barbo, un barbo con toda la barba.

Muestras de aprobación entre la muchachada. Algazara y algarabía de los pilluelos.

Como una flecha, el más osado de la banda partió y se dispuso a llevar a cabo la jugarreta.

Cautelosamente, a paso de lobo o de zorro, se acercó al maestro, tiró del sedal y se quedó estupefacto al ver que al cabo del mismo había, en lugar de anzuelo y carnada, un mendrugo de pan.

De la emoción, del miedo o del chasco, el zagal resbaló en la orilla legamosa y se fue de cabeza al agua.

El pescador, desvelado súbitamente y sobresaltado por el chapotón y por el griterío de los camaradas del náufrago, se despertó y dióse en una ojeada cuenta de la situación.

Vestido como se hallaba, se metió en el río, se lió a bofetadas con él y le extrajo de las fauces a la criatura, arrastrándole hasta la orilla del garrón.

Se celebró el remojón en el pueblo y se comentó y rió largamente el humorismo del viejo preceptor, que iba a engañar a los barbos con mendrugos de pan.

—¿Y pues? —le preguntaban los bromistas del lugar.

—Yo no voy a pescar. Voy a dar de comer a los peces.

Al fin, ocurrió allí lo que tantas otras veces había acontecido. Llegó Mesidor.

Al madurar el candeal y dorarse la mies y aproximarse la siega, estalló una huelga de campesinos, se declaró un paro general de trabajadores agrícolas.

Se clausuró «ab irato» el Sindicato obrero, se encarceló en masa a la Junta de la Asociación y se cerró a cal y canto, a piedra y lodo la escuela racionalista.

Al viejo maestro, al viejo pastor de niños y de hombres, estuvo a punto de costarle la vida el disgusto.

Quiso reunir en otra parte el hato despavorido, y le amenazaron con la deportación, con la marcha forzada por las carreteras, una cuerda en las manos y la punta de una espada en los riñones.

Fue algunos días por las casas a entretener a los chicos, a jugar con ellos, a mezclarse a su vida y sacarlos al campo.

Pronto se le dio a entender que estorbaba y se le volvieron sordas todas las puertas y se le dejó sin la compañía y el solaz espiritual de sus queridos pequeños.

Una tristeza inmensa, una melancolía punzante se apoderó entonces de él. No sabía dónde ir ni qué hacer. Como una sombra pasaba entre los brazos caídos de los huelguistas, vagaba por las calles despobladas por el conflicto social, hablando solo, gesticulando, diciendo:

—La escuela en el pueblo debe ser como un sol. Debe proyectar fuego y luz, ser la fuente de toda energía, de toda claridad.

Era una obsesión, una monomanía, un caso de insania aguda.

Tenía los ojos revueltos. Los nervios le daban saltos. Desbarraba.

—El padre de vuestros hijos soy yo —decía a los labriegos—. Su verdadero padre es el que les ha dado la vida interior, el que les ha forjado el alma. Ya volverán a mí los que me habéis robado.

—La antorcha del pueblo, el sol de la escuela debe ser el maestro —repetía con los ojos dilatados y la boca contorcida por la locura.

Y añadía, arcano y sombrío, misterioso y fatal:

—Yo he de morir como he vivido, ardiendo, desgajándome en rayos fecundadores, destrenzándome en flecos de luz, deshojándome en chispas como una rosa de llamas.

El enigma se aclaró pronto.

—Cierta mañana, la escuela apareció magníficamente incendiada, con el maestro dentro, asándose como un pichón en su cazuela, torrándose como una castaña en las ascuas.

Y en efecto.

La hoguera, en el amanecer, elevaba sus brazos frenéticos, sus lenguas anhelantes, sus puñales agudos al infinito, y bañaba todo el cielo del término como un sol.

El espectáculo era grandioso.

El pueblo rodeaba la pira. Las autoridades echaban agua; manejaban, como siempre, con presteza el apagafuegos. Las mujeres acercaban sus entrañas al rescoldo. Los niños, rojos como diablos, bailaban una zarabanda infernal, saltaban embriagados por la crepitación de la fogata, por el olor del combustible insólito, iban y venían con el pelo y la ropa estrellados de chispas, con la cara chamuscada de los besos voraces, de los besos amorosos que les daba la llama.



La sangre encendida

—¿Has pecado contra el sexto, Rosa Mari?

—El sexto es aquel verbo tan raro, ¿verdad?

—El mismo. ¡Ah, pillina!

—En el colegio, las Hermanas nos habían prohibido pronunciarlo. Pero las alumnas de Doctrina nos pasábamos el día preguntándonos unas a otras: «Oye, tú. ¿Qué quiere decir: no fornicarás?»

—¿Y qué contestábais?

—Ya se lo puede usted imaginar. Otros mandamientos no sabríamos, no entenderíamos. Pero de ese habríamos podido poner cátedra.

—Los perros que se hacen el amor al aire libre, son menos impúdicos que las vírgenes del Señor.

—¿Me carraña usted?

—No, hija. Es una reflexión que me hago. Di.

—Ahora me asusta usted, me doy vergüenza.

—No temas. No estás con un hombre. Hablas con Dios. Abrele tu pecho.

—Ya voy.

—¿Qué haces?

—Me iba a desabrochar.

—«Sancta simplicitas!»

—Como decía usted que le abriera...

—El seno, sí, de par en par. Que me hables sin rebozo...

—¿No lo hago ya?

—Que confieses todas tus culpas.

—¿No me reñirá después?

—La misericordia de Dios es infinita. Descarga la conciencia. Ya te escucho.

—No sé si me atreva...

—Yo te ayudaré.

—¡Ay, sí! Pregúnteme.

—¿Has infringido el mandamiento ese de que acabamos de hablar?

—...

—¿Qué dices?

—Déjeme pensarlo.

—Anda, hijita, pichonzuelo. Ten confianza en mí. Habla. Va en ello tu salvación.

—¿No se permite callar o mentir?

—En modo alguno. ¡Cuidado! ¡Mucho ojo! Es un sacrilegio. Está penado con excomunión, con el anatema, con la condena para toda la eternidad.

—Tenga piedad de mí.

—Cuando me hayas dicho la verdad, toda la verdad, te absolveré.

—Es trago recio.

—Más recios os los bebéis y no decís pío.

—Sí. Pero... este es muy duro.

—No os enlodaráis el alma, no fuerais un pozo de crímenes...

—Por Dios, padre.

—Y no pasaríais sonrojo, no os tendríais que purgar luego.

—No me abrume con sus reproches. No me voy de sus rodillas, que no me haya perdonado. Deje que le bese la estola, que me le coma las manos. ¿Verdad que no me tratará con rigor?

—Bueno. Dios extenderá hasta ti su clemencia.

—Gracias, gracias.

—Pero vamos al grano. ¿Has faltado a lo que te dije?

—Aunque lo negara, tampoco me creería.

—¡La Magdalena me valga! ¿Cómo hacéis? No va a quedar uno ni para un remiendo.

—La soltería es letal. El mundo, el demonio y la carne no cesan de tentarnos.

—¿Y ha sido, ha ocurrido eso muchas veces?

—¡Dios le libre de calar el melón! Cuando ya se ha empezado, no se dejaría nunca.

—¡Jesús, María y José! ¿Muchas veces, pues, has pecado, muchas?

—Multitud. Más que cabellos tengo de la frente a la espalda.

—¡Santísimo Dios! Y lo dice tan fresca.

—¿Qué quiere, que llore?

—Es claro.

—Pues lo siento mucho, pero no puedo llorar.

—Porque eres una cualquiera.

—Cualquiera, en efecto, hace otro tanto. Nada más que las otras no lo cuentan. No son tan pánfilas. No son tan bobas como yo.

—¿Y cuándo haces esas impurezas?

—Desde maitines a vísperas. Desde vísperas a maitines.

—¿Principalmente cuando vas al cigarral?

—Sí, padre. Cuando voy al cigarral, parece que todas las legiones infernales me bailen bajo la basquiña. Los pechos se me ponen de punta.

—¿Te sale tu martelo al encuentro?

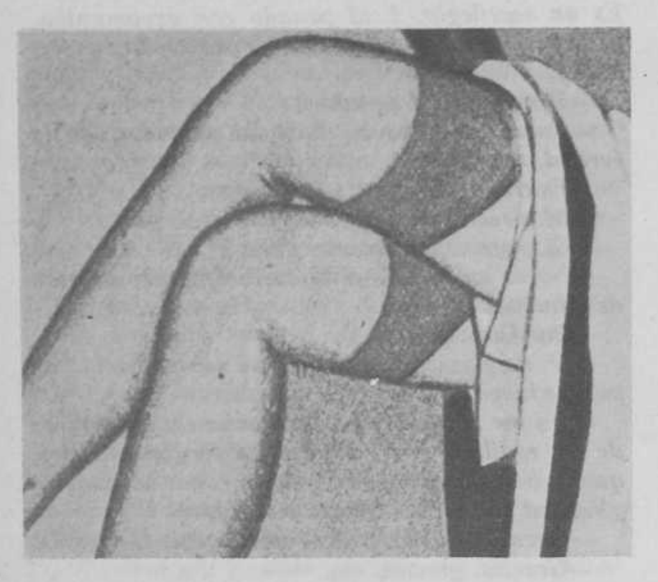
—¿Qué galán fuera, si no lo hiciese así?

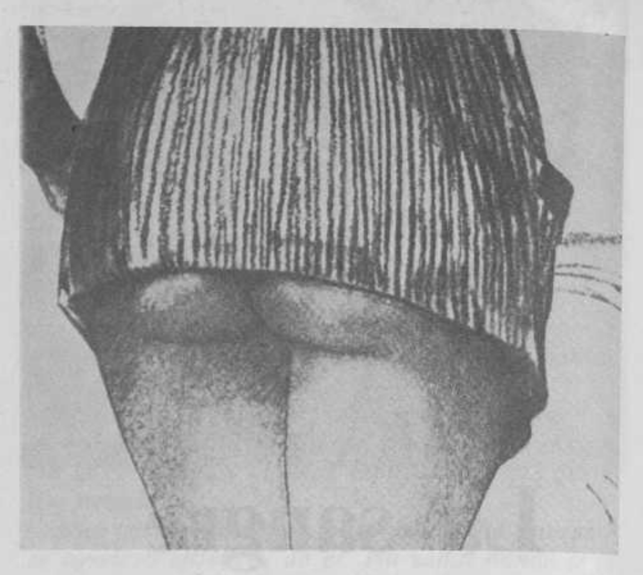
—Y el diablo ya está en Cantillana.

—El corazón me sube en besos a los labios nada más que le atisbo. El corazón me va a bando, como una campana echada a vuelo en día de Pascua. Es un correr por las venas de frescuras de aurora. Es a la vez un arder delicioso. Cubre mis ojos una ceguera inefable. Todo el árbol de mi sangre se enciende como una tea.

—Os sentáis bajo el parrado en que los pájaros cantan, en que se arrullan las palomas asidas del pico...

—¿Sentarnos? Si sólo con que me toque, con que me roce, con que me eche la vista encima, me





vengo al suelo, ya me derrumbo. Las corvas no me aguantan. Se me dobla la voluntad. Mi vergüenza se volatiliza.

—Y vengan manipulaciones y maquinaciones subterráneas y masaje facial y delicuescencias que hacen fallecer.

—Es él, es él; él, que es insaciable. Y ¿quién le resiste? Sus miradas me penetran, me traspasan el alma. Sus palabras están llenas de dulce suasión, son meladas, fragantes y embriagantes como la malsavía, como la ratafía.

—¿Y qué? ¿Te desliza la mano gorja abajo...?

—Es un truhán. Dice que tengo el pecho tibio como un nido. Y tiemblan sus puños como dos pájaros que aún no han echado el plumón.

—Rampan sus dedos...

—¡Oh! Sí. Tiene una audacia... Es un ansioso. Y un revoltoso. Y un husma. Todo lo quiere ver, tentar, gustar. Mi cara porque huele a manzanas. Mi boca porque le recuerda las fresas y las frambuesas. Mi seno porque es suave y regalado, porque dice que es un panal.

—Y así como una babosa, faenando y reptando hasta que la noche cae.

—Así hasta no sé cuándo, padre; hasta que me deja muerta, hasta que me empapa como una esponja, hasta que se queda como un trapo. Es un garañón. No acaba nunca. Es un glotón. Trae un hambre que lo arbola. Se lampa por mí. Me devora viva. No tengo bastante cuerpo para alimentarlo.

—¿Y tú te refocilas, te arregostas con esas prestidigitaciones, con esos contactos innominables?

—¿Por qué le he de engañar? Yo quisiera ser toda como un guante para su mano, como una bota exacta para su pie. Quisiera que su alma entrara en la mía como una flecha de luz; quisiera sumergirlo en mi sangre como una piedra en el agua, ser suya como es un vaso del aire, conteniéndolo y estando en él contenida.

—Calla, infelice. ¿No sabes que haces llorar a los ángeles?

—¡Marche! A mí se me ríen hasta las medias, se me abren todas las ventanas, todos los poros del cuerpo para lanzar carcajadas.

—¿No adviertes que afliges el corazón de Dios?

—El mío toca a aleluya. Más vale que se aflija Dios que mi Juan.

—¿Ignoras que te atrancas la gloria, que tomas billete para el humo eterno?

—Si el amor de mi Juan no es el paraíso, si morir en sus brazos no es vivir en la gloria, no sé qué es.

—¿No te remuerde la conciencia, no se te tiñe la frente de carmín por el mal que haces?

—¡Qué sabe usted, padre! ¡Qué sabe lo grande que es eso! Sus besos me pasan hasta la nuca. Los míos a él lo dejan enjuto, lo vacían de cabeza a pies. Yo quisiera bruñirlo. Quisiera írmele sorbiendo uno a uno los huesos.

—¿No estás atrita y contrita, no pides gracia a su Divina Majestad, al Cristo que te ha colgado tu madre en el cuello?

—Dios tiene que perdonarme esa falta o no es Dios.

—¿Volverás a incidir en el pecado, a ir con tu galán al parral, Rosa Mari?

—Me quito de los pies los zapatos y se van solos a buscar los suyos. Me ata usted con cadenas, y el fuego de mi amor las funde en un minuto, mi corazón las consume para volar a su encuentro. Me amenaza usted con la pez hirviente infernal y yo le digo que para caldera la de mi sangre y para suplicios los que a mi entraña atenazan. Me sienta a la diestra de Dios, me regala usted el cielo por renunciar a mi Juan y yo le respondo que no lo quiero.

—«Ego te absolvo...»

Obras de A. Samblancat:

Jesús atado a la columna.- La cuerda de deportados.- El aire podrido.- La ascensión de María Magdalena.- Con el corazón extasiado.- El hijo del señor "Esteve".- Barro en las alas.- La casa pálida.- Caravana Nazarena. - Hubo una Francia.- Etc., etc.



«Un rasgo esencial de la coyuntura —dice M. Tuñón de Lara, refiriéndose a esta época— es que los aparatos del Estado franquista no han sido capaces de captar ese cambio de criterio —y de estado de ánimo— de la gran mayoría, y continúan su función «ideológica», su elaboración de temas «persuasivos» partiendo de unos esquemas belicistas, de enfrentamiento, con una expresión bipolar (España-anti-España; franquismo-comunismo; ateísmo y masonería-religión; «orden moral»-libertinaje...) completamente desfasados, que serán rechazados por la estima del español medio». (M. Tuñón de Lara, **op. cit.**).

La línea divisoria entre **ambos mundos, el oficial y el real,** la trazaban, con geometría cada vez más excéntrica, los renglones de las órdenes de búsqueda y captura esgrimidos por la brigada político-social.

En esas condiciones, la confrontación de una línea de política cultural aplicable y la introducción de factores nuevos en la organización de la cultura establecida, resultaba imposible. La actividad cultural de la izquierda hubo de ser dispersa, individualizada y marginal: publicaciones poéticas, exposiciones, algún recital, tertulias. Actividad, por otra parte, sometida a toda suerte de sobresaltos como el terrible estado de excepción con que termina la década...

III De la organización alternativa, a la normalización institucional: 1970-1981

Los primeros siete años de la década de los 70 van a ver aparecer importantes novedades en el panorama cultural aragonés. Frente a la atonía generalizada entre las instituciones y sociedades culturales encuadradas dentro de los límites de la cultura oficial, que «tienen un tono que apenas sí ha variado en treinta años» (L. Horno Liria, **op. cit.**), va a surgir **un movimiento cultural catalizador de aspiraciones democráticas,** regionalistas y progresistas.

En 1971 nace el Teatro Estable de Zaragoza; en 1972 el quincenal Andalán; en 1973 el Seminario de Estudios Aragoneses; en 1974 el Teatro de la Ribera; en 1976 la Escuela de Verano de Aragón; en 1977 la Asamblea de Cultura de Zaragoza.

Antes, y entre medio, veríamos surgir los ciclos «Otra música», una nueva orientación del Cine Club Sarakosta, el Consello d'a Fabla Aragonesa, Amigos del Serrablo... Todas estas entidades tienen como común denominador su planteamiento regionalista democrático, su actitud crítica hacia el pasado y el presente político y cultural aragonés, su vocación de masas y el apoyo de las fuerzas sociales populares.

Destacaremos, de inmediato, que estas entidades (y otras más, de similar talante) nunca fueron consideradas como «instituciones»: como tales sólo se identificaba a las amparadas (ya hemos visto cómo, para su doble desgracia) por el régimen franquista.

Por otra parte, la ausencia de una burguesía culta y progresista en nuestra región y la cerrada autodefensa de los centros de la «cultura oficial» produjeron la frontalidad, sin matices, entre estas instituciones que no lo eran y la cultura «establecida». No había puentes posibles entre ambos mundos. Con una notable diferencia respecto a años anteriores: ahora la vida cultural se centraría más y más en estas nuevas organizaciones, que actuaban **a la ofensiva.**

Cultura y política

¿A qué se debe el protagonismo de estas nuevas entidades culturales? ¿Cuál es la clave de su arraigo en la sociedad civil aragonesa?

En primer lugar, en la cúspide del poder se habían perfilado cada vez más los **cambios en la hegemonía** interna: «primero fue la pérdida de ésta por la fracción de la gran burguesía agraria; luego, en el seno de la gran burguesía financiera va cristalizando una oligarquía financiera con carácter hegemónico. En ella están los representantes de una gran burguesía enlazada con el capitalismo monopolita mundial, y muy particularmente norteamericano» (...) Esa



fracción hegemónica del bloque dominante necesita cambios ideológicos: el desarrollismo y el consumismo no pueden sustentarse en una ideología carismática y providencialista. (...) No se trata ahora de galvanizar a las masas, sino, al contrario, de «despolitizarlas». Se crea, pues, el espejismo de unos nuevos lemas miríficos («eficacia», «tecnología», «racionalización administrativa», «gestión empresarial», «renta per cápita», etc.) que viene a sustituir a los ya desgastados del fascismo. Pero —y aquí la especificidad de esta ideología «antiideológica» hispana— se olvida, al realizar esa transferencia, que hace falta un consenso, que sean admitidos esos nuevos lemas, en un juego político mucho más flexible». (M. Tuñón de Lara, **op. cit.**).

Así, en un Estado que cumple su papel como aparato de coerción (¡y qué brutalmente!), pero que no puede conseguir organizar el consenso civil hacia las propuestas del poder, son las organizaciones políticas enfrentadas al modelo de Estado las que empiezan a organizar de forma masiva el consenso ciudadano, enfrentándolo al poder establecido.

La organización de la cultura, elemento esencial de la sociedad civil (junto con la organización de la producción) se ofrece como ámbito preferente de cohesión entre los elementos diversos que conforman el Estado Moderno, liberando y moldeando la conciencia social y política de estratos cada vez más amplios de la población. **La política cultural de la izquierda** cumple, en la década de los 70, perfectamente una doble misión: de un lado, reivindicación de la ideología, en la difusión de ideales democráticos y progresistas; de otro, organización de conciencia civil, de la práctica política.

En segundo lugar, a nivel regional, el inicio, en 1971, de la campaña proriegos y contra trasvases del Ebro, por parte de las fuerzas adictas al régimen y por la propia Administración, se saldará con el **fracaso evidente de un proceso de regionalización** (las Mancomunidades) en el marco del sistema político existente.

«El pueblo aragonés —dirá C. Royo Villanova al respecto— estaba recobrando claramente una conciencia regional y adquiriendo el convencimiento cada vez más firme de que las instituciones existentes no servían para resolver sus problemas comunitarios y de que, en consecuencia, era necesaria la creación de otras previo reconocimiento institucional de Aragón». (C. Royo Villanova, **op. cit.**).

La tozudez de la burguesía aragonesa en alinearse con los instrumentos del régimen hará que el fracaso de la pretendida mera regionalización económica ponga gravemente en entredicho su propia capacidad como fuerza social.

En tercer lugar, **la paulatina coordinación unitaria de los esfuerzos de la izquierda** (1972: Comisión Aragonesa Pro Alternativa Democrática; 1975: Junta Democrática de Aragón y Plataforma de Convergencia Democrática; 1976: Coordinación Democrática de Aragón) multiplicará sus recursos de acción y ampliará la base social de la oposición activa al régimen franquista.

Será esta época —de 1972 a 1977— la de **gestación de una cultura regional-popular** en Aragón, que se puede caracterizar por tres elementos complementarios: la vinculación de los profesionales de la cultura a las organizaciones de masas (sindicatos, asociaciones de vecinos...); vinculación de la actividad cultural a la vida cotidiana de la mayoría (y a los problemas que ésta genera); vinculación de la labor cultural a la lucha política regionalista democrática.

Desde 1939 no se había dado, en nuestra región, una tal **imbricación de lo cultural y lo político:** el surgimiento masivo de una nueva conciencia civil produjo una nueva forma de práctica cultural y una nueva forma de organización de esa práctica, creándose entidades culturales identificadas con las aspiraciones del momento.

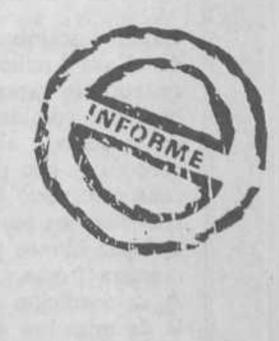
El más interesante intento de cohesión de una política cultural nueva, de una forma distinta de concebir la organización de la cultura en nuestra región, la representó, pese a sus limitaciones y debilidades, la Asamblea de Cultura de Zaragoza (1977-1979). Sobre su significación ha podido decirse: «Somos un centro de unidad de acción en un momento en que, en Zaragoza, y en la región, hay todavía dos niveles: los franquistas, que aún detentan los resortes del poder local y aquí, en la cultura, estamos nosotros». (Luís Germán, **«La Calle», junio de 1978**). Como intento, ha sido el último, hasta la fecha.

La actividad de estas «instituciones que no lo son» representó un **viraje histórico** en la vida cultural aragonesa: desde su nacimiento la dinámica cultural se vigorizó en y en torno a ellas, es decir, fuera de los canales oficiales. Como un reto ante ellos, obligó a numerosas negociaciones y tanteos por parte de algunos organismos de la Administración. Pero, desgraciadamente, quedó tan sólo en un reto.

La «transición» y la reorganización de la derecha

La llamada «transición» política de la dictadura a la democracia tendría, entre otras consecuencias, el efecto de





producir una **desorientación cada vez mayor en la labor cultural de la izquierda** y de la izquierda aragonesa, que desbarataría aceleradamente una tarea de «institucionalización» cultural que, emprendida hacía pocos años, necesitaba aún de mayor concrección y asentamiento.

Porque las entidades culturales nacidas durante aquellos años tenían, todas ellas, un **diseño rupturista** muy marcado que, partícipe de una visión global del cambio político esperado, trastocadas las pautas de éste, no se supo mantener en el ámbito propio: para la izquierda aragonesa, el giro a la política de pactos con el poder y su desunión interna supuso un **frenazo en seco en el proceso de organización cultural emprendido.** Su política cultural fue lo primero que los partidos mayoritarios de la izquierda tiraron por la borda, cercanas las elecciones de 1979, en aras de no se sabe qué «encuentros en la tercera fase».

Así, entre unas instituciones oficiales desarraigadas y vacías y un régimen frustrado de organización cultural alternativa, la vitalidad cultural de nuestra región no encontró cauce organizativo favorable. El empeño (y el acierto, en algunos casos) de algunos ayuntamientos dirigidos por la izquierda no pasa de ser un eslabón más de la **«normalización» institucional** que, en todos los órdenes de la vida social, vamos desfilar ante nuestras sufridas narices.

Las nuevas condiciones políticas favorecían un despliegue de actividad cultural, pero la izquierda no acertó, en su momento, a mantener la iniciativa, ni en contenidos ni en fórmulas organizativas. El campo quedó abierto a la **ofensiva de la derecha,** interesada, ahora, en mostrar la cara amable y en demostrar que los resortes de poder que mantenía en sus manos eran los adecuados para impulsar la actividad cultural.

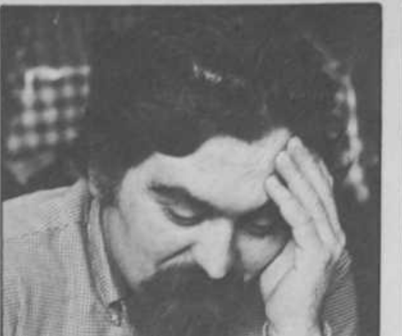
Pasando una esponja por sobre el rastro propio de más de cuarenta años de ineficacia administrativa, de abandono hacia la cultura y de colaboración con la represión franquista; manteniendo la orientación de fondo de sus reductos institucionales, pretende, en esta última etapa (abierta tras las elecciones de 1979), **reorganizar su dominio sobre los aparatos ideológicos del Estado,** cambiar lo mínimo necesario para que nada cambie en la organización de la cultura en Aragón. Más aún, para **tomar la iniciativa organizativa** en un momento en el que se deciden años del futuro político y cultural de la región.

Las instituciones culturales públicas, excepto aquellas cuya reciente creación ha permitido la entrada de nuevas generaciones, sigue existiendo poco más que en el papel (el Instituto de Estudios Altoaragoneses, por ejemplo, hace años que carece de estructura real). Pero, sobre todo, **su perfil en nada ha variado:** se alinean con el sector más conservador de la sociedad aragonesa, manteniendo las viejas fidelidades. Su destartalada rutina no invita a removerlas desde fuera ni posibilita removerse en su interior. Quisieran ser «torres de marfil» y se quedan en torreones de arcilla. Eso sí, convenientemente distanciadas del común de los mortales.

Las instituciones culturales patrocinadas por entidades financieras, tras una etapa de ambigüedad e inercia, se dedicaron a operaciones de prestigio, una vez que la gran etapa dorada de la especulación estuvo perfectamente consumada. (La mano derecha no debe saber lo que hace la izquierda). Y tenemos que estarles agradecidos...

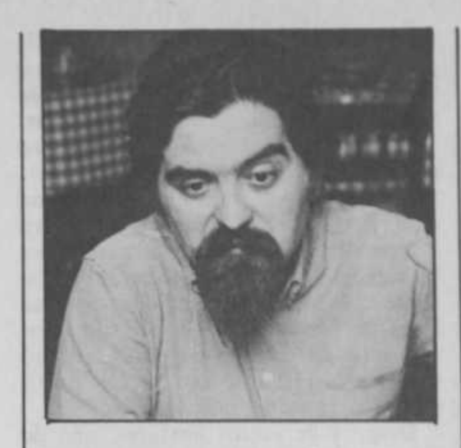
Las entidades culturales privadas mantienen su lánguida existencia, salvo contadas excepciones. Lo demás son verbenas.

Ciertamente, las normas de la convivencia democrática permiten hoy oponer a las entidades culturales tradicionales nuevas fórmulas organizativas a través de las que difundir conocimientos y forjar una voluntad colectiva. Lamentablemente, el futuro inmediato de nuestra organización cultural regional está en las mismas manos que hasta ahora, durante docenas de años «de paz», se esforzaron en impedir su desarrollo. Y a ellas sólo se oponen aislados intentos organizativos de incierto porvenir.

Empresario, comunista y actor

Emilio Lacambra es el propietario de «Casa Emilio», un pequeño restaurante zaragozano que nació para dar comidas sencillas, a base de verduras y alcorzadizos de cordero, y que poco a poco, conforme varió la demanda, introdujo los pescados y pasó a ser el lugar idóneo para probar la merluza fresca.
A su condición de empresario une la de miembro del Comité Provincial del PCE, su pasión por el teatro y otras muchas actividades.
A los 10 años Emilio Lacambra forma parte de la rondalla Bretón, y a los 13 participa en la fundación de la rondalla Cesar Augusta.
Cambia la jota por el teatro y, en los años 60, vive las aventuras y desventuras del Teatro Universitario de Zaragoza. Deja de ser cursillista de Cristiandad —que tampoco se privó de esto— y participa en la formación del efímero sindicato democrático universitario; en la creación del Teatro de Cámara de Zaragoza y en la constitución del Teatro Estable.
La comisión de cultura de Torrero tuvo en Emilio Lacambra, durante los años 70, uno de sus mejores peones. Y de Torrero a la Asamblea de Cultura, y a la vicepresidencia del cineclub Sarakosta. Durante el 73-76 estará en la coordinadora de cultura de los barrios; y, en el período 76-79, es vicepresidente de la comisión de fiestas de Torrero. En su faceta de empresario tampoco ha permanecido de espectador. En 1976 es vocal fundador de la FEPYME, fue vocal en la asamblea constituyente de la CEOE, y ahora es miembro de la ejecutiva de la



Emilio Lacambra
La cara opuesta del español medio

LOLA CAMPOS

Emilio Lacambra es la solución ideal para cualquier tarde aburrida de domingo. Sí, podría ser el perfecto invitado a ese novelesco té de las cinco de la tarde, con señoras **bien**, aunque, a buen seguro, muchas de las cosas que les contara provocarían carraspeos, no porque Emilio Lacambra estuviera incorrecto o desmedido, sino porque no ha querido ser el ciudadano formal que toma como lema de vida: «de casa al trabajo y del trabajo a casa». Al contrario, ha husmeado en tantos ambientes y experiencias, que ahora su mayor fivolidad consiste en ser volcal de equipo de fútbol «Rayo-Portillo».

Para los que busquen el recuerdo —sólo el recuerdo— de días oscuros del franquismo, de obras de teatro destilando rabia, o de asociaciones de vecinos comiéndole terreno al pulido y embigotado alcalde de turno, éste polifacético propietario del restaurante «Casa Emilio», de Zaragoza, es pieza clave. Y aquí, en el escenario de tantos secretos clandestinos, cenando alcachofas, rapé y un plátano de postre, Emilio Lacambra vuelve la vista atrás para acabar hablando de mañana mismo. El principio de su historia, o de «Casa Emilio», que muchas veces se confunden, empieza con la nada original emigración de sus abuelos a Zaragoza.

«Somos el restaurante más antiguo de Zaragoza, fundado en octubre de 1939. Mi abuelo, nacido en el Alto Aragón, bajó a los 13 años a Zaragoza, trabajó en la fonda 'España' y en el año 20 ó 21 pasó a ser cocinero en la fonda de la estación de Madrid. Con mi abuela se colocaron aquí, sin saber muy bien qué iba a ser esto. La idea de mi abuelo era montar una tienda de comestibles con tres o cuatro mesicas para dar de comer. Al principio esta casa era conocida en toda España menos en Zaragoza, y venía desde el alcalde, hasta el gobernador, o el capitán general. A partir del 60, el crecimiento de la ciudad y el ambiente cultural y político que se vivía, hicieron que dejara de ser el merendero discreto de las fuerzas vivas locales. En el 68-69 'Casa Emilio' pasa a ser el sitio donde se reúnen a cenar los rojos locales, que en ocasiones coinciden con las fuerzas vivas. Recuerdo que una vez vino por aquí una cuadrilla, como hacían todas las semanas, y uno de ellos, que era el jefe de la brigada político social, se adelantó para reservar mesa. De pronto, todos los que estaban en el comedor, algunos detenidos hacía sólo unos meses por unos follones en la Universidad, se callaron y se hizo un silencio sepulcral. Fue muy violento.»

«Casa Emilio»

Emilio Lacambra mantiene una relación casi uterina con el restaurante que habriera su abuelo al finalizar la guerra civil. Cuando habla de sí mismo, inevitablemente, vuelve al seno de 'Casa Emilio' y recuerda que por ahí han pasado Raquel Meller, Uzcudun, Mariano Aro; ahí se han celebrado varias de las reuniones constitutivas de la CAUD, del PSA; y ahí han acudido, tal vez buscando la escasa frase antifranquista, otras muchas gentes que se convirtieron en espontáneos maestros de Emilio Lacambra. «Yo me enteré del día de la república por un viejo gudari ciego que venía por aquí. Todos los 14 de abril llegaba con un clavel, muy rojo, muy rojo, en la solapa, un habano espectacular, entraba en el restaurante y felicitaba a todo el mundo.

También venían tres catedráticos republicanos de la Universidad, Don Vicente Blanco, Don Paco Abad y el Doctor Recasens, amén de Don Nicolás Ramiro Rico y Pepe Alcrudo, el de la librería Pórtico. Pepe Alcrudo, amigo de mi padre, me proporcionaba los libros prohibidos de la época; íbamos a la librería de la calle Costa y allí te sacaba cosas de Madariaga, literatura marxista, de todo. Don Vicente Rico, que venía todas las tardes, fue uno de los intelectuales del país que en 1956 dirigió un escrito a Franco diciéndole que después de los grandes servicios prestados a España, y de lo bien colocada que la había dejado, ya podía retirarse a disfrutar. El caso es que las represalias debieron de ser tan brutales que Don Vicente fue un hombre postergado y lo pasó muy mal los últimos años de su vida, sobre todo porque era cura. De chaval, como en mi casa siempre ha habido un músico que tocaba la guitarra, mis padres me hicieron aprender este instrumento, y recuerdo que a las 5,30 de la tarde salía del colegio, llegaba al restaurante y con otra moceta que estudiaba conmigo le dábamos el concierto de sobremesa a Don Vicente. Interpretábamos los últimos éxitos, como 'Doce cascabeles' y horteradas de éstas».

La vocación teatral

Aquel chaval con guitarra creció deprisa y a los 15 ó 17 años, no recuerda con mucha exactitud, se marchó a estudiar a Madrid porque se había enamorado de una chica. Cansado de la chica, y de los estudios, vuelve a Zaragoza y, casi por casualidad, se queda a trabajar en el restaurante. A la vez está metido en el Teatro Universitario (TEU) de Medicina. Son los años 60.

«Juan Antonio Hormigón funda el TEU de Medicina y allí nos juntamos todo un grupo de amigos que estudiamos juntos en los Escolapios, José Carlos Mainer, Pepe García Ibáñez, Eduardo González, Pablo Royo, etc., y nos presentamos con 'Los hijos de la piedra', de Miguel Hernández. Luego vino 'El Estado de Sitio', de Camus, en el que ya el grupo manifiesta una toma de posición con respecto a la sociedad. En la temporada 61-62 montamos una serie de pasos y entremeses del Siglo de Oro español, e iniciamos la primera gira por los pueblos. Salíamos los domingos, en una campaña que organizaba el servicio universitario de trabajo y en las que palrticipaban también un grupo de mozas universitarias de la sección femenina de Falange, y un par de médicos que daban charlas sanitarias.

Es la época del nacimiento de un movimiento cultural importante, sobre todo centrado en Medicina y en Ciencias. Curiosamente, entre los delegados o gentes que forman parte del SEU de esas facultades, siempre hay dos o tres personas que están en el grupo de teatro y nuestras conexiones con toda esa gente son muy importantes, hasta el punto que en la primera manifestación que se hace en Zaragoza, creo que en el 63, nos detuvieron a doce del grupo. El gobernador civil nos hizo firmar un documento por el que nos considerábamos responsables de todos los follones que hubiera en la Universidad a partir de entonces. Aquello nos dejó bastante mal, el grupo de teatro se disolvió, Juan Antonio Hormigón se fue a Nancy, y yo estuve un año vendiendo comidas nada más. Al año siguiente ya lo cogimos con más fuerza, montamos el Teatro de Cámara de Zaragoza, cuyo propietario intelectual era Mariano Cariñena, y hubo incorporaciones, como las de José Luis Rodríguez Puértolas, o Mariano Baselga.»



«La idea de mi abuelo era montar una tienda de comestibles.»

Los difíciles 60

«Creamos por primera vez una experiencia que fue el club de espectadores, mil socios que pagaban 100 pesetas anuales para ver un espectáculo que montábamos al año. Programábamos además conferencias, cursos de preparación de actores. En el club, claro, los

mil espectadores que había eran toda la progresía local, no había más. Lo que pasa es que allí tenías desde líderes de Giesa o de Tuzsa, hasta universitarios.

El estado de excepción supuso otro golpe para el grupo, esta vez más fuerte. No cogió el día que empezaban aquí las primeras jornadas de teatro independiente de España; detuvieron en la estación a dos compañeros y durante 24 horas, escondidos en una finca de Mariano Cariñena, tomamos una serie de decisiones, y allí terminó toda la historia. Luego, a los pocos días, fue cayendo más gente.»

Después de tantos abatares, una de las mayores frustraciones de Emilio Lacambra fue no poer representar en Sevilla los dos esperpentos más antimilitaristas de Valle Inclán. Tuvieron que volverse a Zaragoza con la prohibición del gobernador civil, y la extrañeza del Agustín García Galvo, entonces catedrático en aquella ciudad, quien no se explicaba cómo se les había ocurrido montar ese espectáculo. Y hubo también experiencias únicas, como una representación del grupo en la Academia General Militar, en el 68. «Representamos 'El Barón', con un montaje absolutamente marxista, porque los mensajes nuestros eran entonces muy ortodoxos, no se hacía concesiones a nadie. Recuerdo que un grupo de cadetes nos comentaron después que también les interesaba el tema, uno de ellos nos enseñó un libro de Marx, y aquello nos pareció el final del régimen, cosa que la historia se ha encargado de desmentir.»

A lo largo de la conversación Emilio Lacambra se esfuerza en remarcar la relación del grupo de teatro con el ambiente cultural y político de la epoca. Parece como si el hablar de su vida fuera sólo una excusa para recupear a aquellas gentes y aquella época que, en su opinión, han quedado en el olvido. «Cuando hablo de los 60 reivindico figuras como Tarraceta, de la Facultad de Veterinaria, Rafael Amate, Toño Ara, Ramón Hernández, de medicina, o Ramón García, que luego ha sido uno de los psiquiatras más conflictivos del país. Toda esta gente fueron los líderes universitarios, junto con otros que ahora están en UCD, como por ejemplo Cesáreo Alierta, Miguel Monserrat, o José Luis Arribas, gente que en aquel entonces liquidó el sindicato fascista de la Universidad, y que luego ha llevado una trayectoria profesional, pues, muy diferente».

El ingreso en el PCE

A pesar de su larga permanencia en grupos de teatro, y de la ilusión que ha puesto siempre en esta faceta, Emilio Lacambra es más conocido en Zaragoza por su vinculación al PCE. En estos momentos de crisis en el partido, se confiesa eurocomunista renovador, pero sin identificarse con todos los renovadores, y anuncia que dejará el comité provincial, porque el poder corrompe. A veces, lo que más le anima a seguir son los 15 años de militancia.



«La rendición de Granada.»

«El año que estuvimos parados subimos un grupo de amigos a Valdefierro a ayudar en la construcción de chabolas para los gitanos. Aquello nos radicalizó bastante y creo que de los 10 que subimos 9 ingresamos en el PCE; de la cuadrilla mía, todos menos Pepe Monserrat, que se fue a Barcelona. Es otro hombre que habría que reivindicar para aquí, hoy es miembro ejecutivo del MCE y me parece que debió ser el único aragonés que estuvo encerrado en el célebre encierro en el convento de Sarriá.

Esto que te cuento, y el hecho de que entonces buscáramos canalizar unas inquietudes, hizo que en el 66, a través de Juan Antonio Hormigón, ingresara en el PCE.

Desde luego no tenía ni idea de dónde me metía, fui consciente a raíz de la experiencia polaca y de la invasión de Checoslovaquia. En mi casa nunca se hablaba de política, creo que sólo se nombró alguna vez a don Ramón Acín, un catedrático de Huesca que era anarquista, y a Fermín Galán y García Hernández. Una hermana de mi abuela, que vivía con nosotros, ha hecho como de albacea de la historia familiar y nos contaba que en la familia siempre ha habido un carabinero; ¡los carabineros han sido siempre republicanos, eh! Como decía, la entrada de las tropas rusas en Praga me cogió en casa de unos familiares franceses que son del partido comunista y ellos lo veían muy claro, en cambio a mí me parecía un mazazo para nuestra política. Por entonces no nos enterábamos de casi nada de lo que ocurría, ni de los asuntos de Claudín o de Semprum; de la crisis de Eduardo García nos llegó algo.»

Emilio Lacambra acaba confesando que en esos tiempos lo pasó muy mal, y recuerda el día que su madre y Pascual, un viejo empleado de «Casa Emilio», descubrieron, mientras limpiaban el almacén, toda la propaganda que él guardaba camuflada en una pila de cajas de coñá «Soberano». Cuando entró a formar parte del aparato de propaganda del partido, el teatro quedó marginado y empezó una de las etapas más difíciles de su vida. Lo cuenta y se pone muy serio.

«La época peor fue en el año 73, cuando ingresó en nuestra célula Antonio López, un barrendero de Zaragoza que limpiaba el primer tramo de la Avda. de San José. Recuerdo que el primer día que vino se presentó con el traje de la boda, y corbata, debía de estar haciendo lo más importante de su vida. Al mes de ingresar vino el 30 de abril, habíamos hecho una convocatoria de manifestación. Lo vimos pasear con Miguel Galindo y, al terminar la concentración, fue detenido. Lo tuvieron en comisaría dos días y lo soltaron seguramente con la intención de que hablara. Antonio ante esta tesitura, ya sabes que el partido te decía que no hablaras, se debió sentir sin fuerzas y al llegar a casa se tiró por las escaleras y murió. Yo repartía la propaganda que me traían al restaurante y, a las 10 de la mañana, solía dejarle a Antonio un paquete en el primer cubo de basura que había en San José, mientras él estaba por ahí con su carrico.

Un día me cita el responsable a tomar café y me dije: bueno, pues de paso voy a llevarle la propaganda a Antonio. Llego y veo a lo lejos un barrendero que era como él, alto, alto, delgado, delgado, y con lentes, y ni corto ni perezoso cojo el paquete y ¡pom! Luego me explicaron que llevaba tres días enterrado. Lo pasé muy mal, acababa de tener mi primer hijo y a raíz de aquello dejé la propaganda.»

En el barrio

Sin abandonar del todo el teatro ni el partido, Emilio Lacambra se vuelca a trabajar en la comisión de cultura del barrio de Venecia. «Torrero en aquellos tiempos fue la vanguardia», dice todo ufano. «El estar metido en un grupo de teatro te permitía tener un montón de información. Yo tenía relación con los que llevaban el Cerbuna, La Salle o el Colegio de Licenciados; sabía qué recitales iban a celebrarse, contactaba con ellos y conseguíamos que en los barrios hubiera actuaciones. Los colegios pagaban a los cantantes un poco más de dinero y nosotros les dábamos a éstos lo que sacábamos. Luego esto se coordinó con el cineclub Sarakosta, montamos unos cursos de cine y empezamos a proyectar películas también en los barrios. Estábamos coordinadas siete asociaciones y programábamos en común.

En 1975 el movimiento vecinal había cogido tanta fuerza que nos propusimos hacer las primeras fiestas popula-

res, sacar los actos a la calle... que entonces éramos muy románticos. Nos planteamos la estrategia de cargarnos el programa oficial del Ayuntamiento. ¿Cómo lo hicimos?, pues programando los actos con más gancho a la hora que ellos hacían las verbenas. Les respondimos con un recital de Víctor Manuel, que fue una sorpresa en Zaragoza porque entonces era el cantante de 'El abuelo', y dar un recital en Torrero gratis supuso que acudieran mil y pico personas. A la noche siguiente montamos un recital de canción aragonesa, con La Bullonera, Joaquín Carbonell y Labordeta. Ese día nos vimos desbordados, vinieron unas 2.000 personas, fue un recital monstruo, casi tanto como aquellos que vivimos en los años 60.

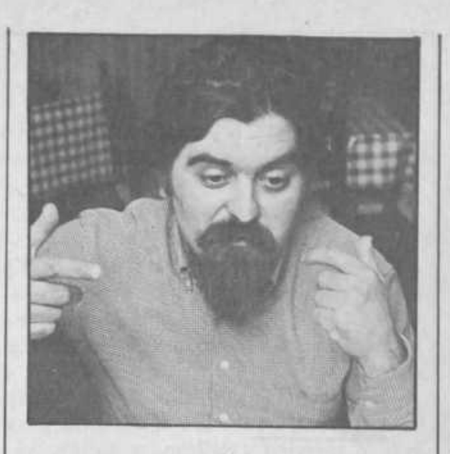
A partir de ahí nos nombraron comisión de fiestas. De esta época es también la famosa pintada y los recitales en la cárcel. Recuerdo que llevaba escribiéndole cuatro años al director general de Instituciones Penitenciarias para que nos permitiera organizar un recital para esos vecinos accidentales de Torrero que son los reclusos, y con García Valdés lo conseguí. Me dijo que sí —a pesar de que eran los momentos de mayor efervescencia de la Copel— con sólo una condición, que el acto fuera estrictamente artístico. Cantó La Bullonera y, figúrate, empezó con dos jotas carceleras; hubo hasta rock, que fue coreado por los 200 presos. Al finalizar les pedí excusas por haber programado algo sin consultarles, y les dije que esperaba que en otras ocasiones fueran ellos los que decidieran. Fue una experiencia maravillosa, pero corta.»

Estos recuerdos, que por las circunstancias históricas del país suenan ya como algo muy lejano, se entremezclan con otros más recientes. Porque Emilio Lacambra no ha dejado de hacer cosas. Actualmente participa en agrupaciones y reuniones de empresarios de hostelería, es vocal del Rayo-Portillo; y miembro de la Asociación para el conocimiento de la República Democrática Alemana. Sigue en el teatro, sigue en el PCE y sigue siendo un hombre con mil ocupaciones y cientos de amigos. «Con los empresarios de hostelería me llevo bien; el golpe del 23-F nos pilló en una reunión y muchos de ellos me ofrecieron sus casas para esconderme. El hecho de que yo sea del PCE no impide en absoluto que nos entendamos y sirve, incluso, para gastar bromas. Recuerdo que cuando vino el Rey aquí, en una junta directiva se bromeó conmigo sobre el tema, y resultó que al final fui uno de los pocos que había ido a verlo. Porque yo me acerqué a la plaza de España, cuando fue a la Diputación; siempre he sido republicano, pero todos sabemos lo que Juan Carlos está haciendo.»

Al final de la conversación, como casi siempre ocurre, se agolpan los detalles olvidados, y hasta alguna que otra confesión hecha al calor de la costumbre, después de más de dos horas de charla. «Casa Emilio no es ninguna cooperativa, yo sigo siendo el dueño. Lo único que nos diferencia es que decidimos todo en asamblea, los 8 empleados tienen 60 días de vacaciones al año y los sueldos son más altos. Yo sólo te digo una cosa, y es que después de 43 años de negocio, ni mi padre se hizo rico, ni yo me he hecho rico, ni pienso hacerme.»

Acabó hablando de su mujer, quien en las primeras elecciones generales votó a Ruiz Giménez, y de sus hijos, alumnos de un colegio privado laico. «Mi mujer es muy carroza —dice sonriendo—. Y lo de mis hijos es una contradicción, pero, tal y como están los colegios nacionales, al menos allí aprenden inglés desde el principio y tienen una asignatura que se llama Aragón.»

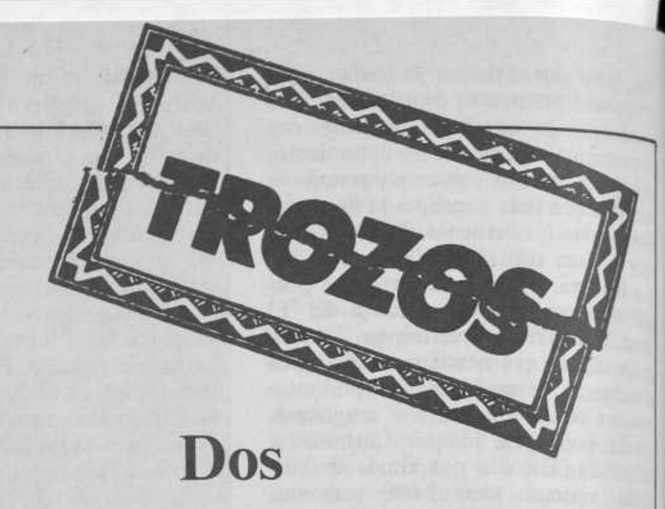
Un día coincidieron cenando en el restaurante gentes del MCE y del PCE(ml). Los últimos empezaron a meterse con los primeros y Emilio, al ver que la cosa subía de tono, medio en broma, medio en serio, cogió un garrote, se puso en medio y les dijo: «el que se desmande de palabra o de obra se lleva una hostia que se acuerda de Casa Emilio». Ahí terminó la discusión. Lo cuenta como otra de las muchas pequeñas historias de este restaurante que abrió, en 1939, un hombre del Alto Aragón que bajó a Zaragoza.



Federación de Empresarios de Hostelería.
Asimismo, es vocal del equipo de fútbol Rayo-Portillo y presidente de la sección aragonesa de la fundación W. Humboltd, la Asociación para el conocimiento de la República Democrática Alemana, sin que esto quiera significar, según él mismo explica, que esté de acuerdo con el régimen de dicho país.
Emilio Lacambra es, pues, el resultado de esta extraña mezcla de facetas. Representa la cara opuesta del español medio que admira la seriedad de Calvo Sotelo, se cambia de coche a los 150.000 Kms. y pasea del brazo a la esposa mientras le explica, enfáticamente, cómo debe comprobar si está en las listas del censo. Su vida va por otros caminos, cena a las doce de la noche en el restaurante y se enfada con Santiago Carrillo porque él cree que los estatutos están para saltárselos.

En «Casa Emilio».





Dos

Hablando de otra cosa: ¿de qué hablar?

O ¿por qué?

Jurisdicciones hay que hablarán de lo suyo. Se hablan.

Hace un año que se suspendió, provisionalmente, el telediario, o como se llame.

Dentro de un año hará un año que un acusado suspendió, provisionalmente, su propio juicio: el suyo.

Suspensos.

Suspensión del juicio: propio del juicioso. Se diría, y de hecho se dice (y de dicho se hace), que es exigencia de los tiempos.

Exigencia, en efecto. Pero ¿quiénes son «los tiempos»?

«Los tiempos» recomiendan la máxima prudencia.

«Los tiempos» avisan silencio.

Silencio (toque de): Dícese de ahora. (Figuradamente).

Suspensión de la palabra. Suspensión —por pura habituación a hacerlo inútil— del juicio. Y del raciocinio. Y de la memoria.

¿Memoria? La que más recuerdos tiene (la mejor) es mala. Mala memoria. Cuanto mejor, peor. ¿Entendimiento? ¡Qué cosas!

Términos que aprendía en los jesuitas como potencias del alma, facultades del alma, cosas así del alma, no me acuerdo.

«Los tiempos» siguen hablando del «alma», pero sin «potencias» ni «facultades». El alma en su almario. En el suyo, en el de ellos.

Moraleja: **hoy «los tiempos» adelantan que es una barbaridad.**

Zaragoza (resumen de agencias). Suspensión del juicio en Tàpies. Tàpies recomienda la máxima prudencia.

Tàpies avisa silencio.

Ultima hora: no le hacen ni caso.

Suspende, recomienda y avisa al revés.

Al revés de como van los tiempos.

Al revés de la cara, la cruz. Cruces de Tàpies, astucias del silencioso. Porque no otorga calla. Tacha.

El silencio, éste, ya es peligroso, con una condición: que cunda. Ralea de silencio pobre: evidencia, rigor.

Servilletas dobladas. Sonrisita, aún. ¿Qué querrá decir? Mira el título. «Servilletas dobladas».

Mayor agresión no concibe el mastuerzo. A la novia arrobada ante su belfo: a mí no me toman el pelo. Vete a la mierda, sólo para ti estaba pintado. Vámonos. Para ella sola.

En la calle verán repetirse, verde y naranja, logotipos de la ucedé que se congrega. Comparar con aquella muchedumbre de trapos, de cartones, de tierras, de pinturas. Seguir.

Gestos de resistencia (comportamientos prudentes), en las paredes de la Lonja. Suspensión del juicio: simplemente aquí estamos. Decirlo.

Malos tiempos.

¿Qué querrá decir? Mira el título. «Dos».

MARIANO ANÓS

Geografía de Aragón

(Editorial Guara con patrocinio de la CAZAR)

El día 3 de diciembre, con abundante lanzamiento, salieron los dos primeros fascículos de la Geografía de Aragón, junto con un Gran Mapa de Aragón de 1977 (de muy poca calidad de impresión), a un precio de 150 ptas., en mi opinión bastante elevado. Parece ser que se ha aprovechado la coyuntura del momento, ahora que la DGA va a recibir competencias, y a ello hace referencia el director científico de la obra en el prólogo.
Falta hacía, desde que en 1960 se publicase en dos volúmenes la obra «Aragón» por el Banco de Aragón, una Geografía de Aragón actualizada, donde los datos renovados y la síntesis de las monografías y trabajos de investigación se concretasen, se refundiesen y se pusiesen al alcance de cualquier persona, especialista o no, que le sirviese para mejor conocer su tierra y su problemática. No debemos olvidar las aportaciones que se han hecho con las monografías publicadas, entre otras, en la colección Básica Aragonesa de la Editorial Guara y en la Colección Aragón de la Librería General.
Hasta hoy 10 fascículos han visto la luz, y, aunque sea demasiado pronto para emitir una opinión, puesto que solamente se ve una parte —la física—, ya hay suficientes aspectos que definen y resaltan la trayectoria de la obra y de sus posibilidades.
La primera pregunta que uno se hace es: ¿Cuáles son las pretensiones de esta Geografía de Aragón? ¿Qué tendencia de la Geografía va a seguir? La editorial sólo aclara el número de fascículos —120— (un número demasiado elevado en mi opinión), los seis volúmenes, las lujosas tapas y otros aspectos burocráticos. Falta la concreción del Plan a seguir, las pretensiones, que de una manera vaga se bosquejan en el prólogo de esta excepcional obra, en palabras de sus editores. ¿Habrá sido un premeditado olvido?
La ilusión, como geógrafo que soy, comienza a desvanecerse hasta el punto que me planteo una serie de interrogantes: ¿Pretende ser un negocio editorial al arribo de la coyuntura? ¿Pretende crear una conciencia regional descubriendo su tierra a cualquier aragonés pequeño o mayor? ¿Será una obra científica para geógrafos y técnicos preparados para entender el lenguaje técnico-geográfico? ¿Perderemos otra vez la oportunidad de hacer algo lo suficientemente claro y didáctico para que llegue a cualquiera? ¿Pretenderá todo lo anterior a la vez? ¿No será demasiado pretencioso?
Vayamos por partes:
La obra será lenta de aparición —por lo menos llegamos al 84 sin haberse terminado—, el sistema de fascículos así lo impone. Sistema por otra parte muy usado para otro tipo de obras y para otras geografías como la del País Vasco en 1966 o «Conocer España: Geografía», de Salvat, pero me parece valioso para incrementar la tirada, si no fuese por otros elementos que lo único que buscan es atraer al consumidor, aunque tenga poco de geografía; y me refiero:
— A los regalos de mapas y fascículos.
— A la última página de Etnología. ¿Qué tendrá que ver con la Geografía? Me parece recordar aquella geografía que yo daba en el Bachillerato donde entraban la gastronomía, los trajes regionales, las costumbres..., de lo que ya nos habíamos librado.
— Y unas preciosas portadas que, por cierto, ¿no se podrían coleccionar?
— Además, unas fotografías estupendas, sensacionales la mayoría de ellas, aunque algunas parecen de archivo y no realizadas exclusivamente para la obra y que suponen en la mayoría de los fascículos un tercio o más de ocupación. Aparato fotográfico que merece una felicitación.



¿Y todo esto debe tener una Geografía de Aragón? Me planteo si no hubiese sido mejor realizar tres obras diferentes. No se interferirían entre sí y podríamos elegir sin que tuviésemos que tragar lo que nos dan, sea o no geografía. Una obra podría ser Geográfica y ampliar y corregir lo que más tarde explicaré; otra podría ser Fotografías de Aragón o, si se quiere, Fotografías de la Geografía de Aragón; y una tercera sobre Etnología Aragonesa. Tres obras diferentes: se ganaría en calidad, en extensión y en especialización. Y es que no se puede servir a varios señores a la vez.
Difícil me parece suponer que se haya buscado el dar una conciencia regional, como se dice en el prólogo a la Obra «... En el momento histórico que estamos, cada día cobra más fuerza el hecho regional...», puesto que difícil será para el lector medio o para el estudiante de EGB o de BUP comprender la terminología geográfica, los argot técnicos, muchos gráficos y mapas (hay que estar preparado y familiarizado con ellos para comprenderlos) y hasta, incluso, el pie de muchas fotografías resulta «chino». Así el lector no va a conocer mejor su tierra, su suelo, su Aragón, al que está enraizado. ¿No podremos hacer nunca asequible la geografía al hombre normal?
Me sorprende que en el prólogo se afirme: «Si al final el lector ha tenido paciencia de seguir el hilo de su lectura, tendrá un conocimiento cabal de Aragón con todos sus recursos físicos y humanos...». ¿Cómo lo tendrá un lector si no ha comprendido nada? La Editorial, sugiero, podría crear unos premios en forma de viajes de Geografía, en los que los «cualificados profesores-colaboradores —en palabras del prólogo— puedan explicar con claridad para que se comprenda por cualquiera cómo es el paisaje geográfico de Aragón, ya que aquí no ha sido posible».
¿... Y el precio? Ciento veinte fascículos a ciento cincuenta pesetas cada uno, suponiendo que el precio se mantenga, resulta una obra muy cara y poco asequible.
Si lo que se ha pretendido es hacer una obra para intelectuales y gente preparada, les felicito, y, como geógrafo, la idea me entusiasma. Los contenidos son adecuados y hay aspectos como el clima tratados con profundidad, aunque por razones metodológicas y de exposición haya que recurrir a una presentación por

separado, con lo que más que una Geografía de Aragón parecen aspectos geográficos de Aragón tratados por diversos especialistas. Nos aclaran que la síntesis la debemos hacer los lectores, con lo que nos queda una Geografía Moderna hecha como se hacía hace muchos años. Entonces, ¿dónde está el índice?, ¿la bibliografía?, posiblemente aparecerán después... Lo científico sería que se incluyeran después de cada tema. Algunos mapas, gráficos y esquemas, a base de tanto reducir, resultan muy poco claros, poco expresivos y poco valiosos a costa de que el aparato fotográfico esté desproporcionado.

La Geografía de Aragón así presentada será para los «pocos», nunca para los aragoneses. ¿No sería posible que los que tienen en sus manos la Geografía de Aragón la hiciesen más comprensible al pueblo? Tendremos que tragar con lo que nos den, y aunque no nos interese la etnología, podremos disfrutar del paisaje mientras vamos leyendo.

F. J. MERINO SAENZ



A vueltas con la crisis del marxismo

Subrayar a estas alturas que la «crisis del marxismo» no pasa de ser una declaración de intenciones en voceadores del pensamiento tradicional y políticos en permanente pose electoralista, con irónica inconsciencia recogida por el propio pensamiento institucional marxista, no deja de ser una inocente observación. Pues si los unos invocan con astucia mal disimulada la no obtención de los ideales que han convocado a muchos pueblos contra el viejo régimen, se resisten los otros, con impropia obcecación, en negar la definitiva quiebra del dogmatismo que asoló materialmente la historia del pensamiento comunista. Señalar con seriedad y paciencia que la catastrófica situación anunciada por augures de plumaje tan variopinto como vistoso no afecta para nada el objetivo desarrollo de la teoría marxista, está tan alejado de la inconsciencia como



de la ausencia de crítica, frecuentemente desconocida por la historia del movimiento comunista. Mas, ante todo, implica una toma de posición respecto al propio desarrollo capitalista, en el que se aúna el análisis teórico y un inquebrantable posicionamiento moral. Por decirlo con palabras acaso menos altisonantes: el análisis de la crisis del marxismo está determinado por la posición de aceptación o de reconocimiento —incluso como mal menor— de los méritos del sistema capitalista, de sus valores y estrategias, o de su rechazo teórico y moral.

No sólo el doctor sabe hablar del cuerpo enfermo; acaso nadie mejor que la carne traspasada por el dolor acierte a expresar sus más íntimas melancolías. Escasamente deudores de molierescos males imaginarios, es preciso, desde y en el marxismo, aceptar el hecho de la crisis: no otra que la que, en honor a la vida, afecta a la ciencia. Y no precisamente porque se reivindique el mesurado tono de lo científico para el marxismo, sino porque, en tanto teoría entreverada de una poderosa carga ideológica y política, ha de verse perpetuamente afectada por la necesidad de una movilidad, sin la que se convertiría en helada advertencia sin porvenir. No es infrecuente advertir este hecho: el sustantivo antidogmatismo de la teoría fundada por Marx hace de su palabra una realidad perpetuamente móvil. Se repite con perspicacia que la crítica interna es tan precisa como el permanente recordatorio de la práctica: Havemann lo recuerda en uno de los artículos que componen sus **«Respuestas aclaratorias a la administración central de verdades eternas»**, tan parcialmente lleno de espíritu antidogmático como de escasa fidelidad a tales advertencias.

Pero el propio Havemann ha sufrido las repercusiones de la más mortal de las enfermedades que puede aquejar al marxismo, del que fue testimonial voceador durante lustros en la RDA. Años más tarde lo evocaría: «en los últimos años se han intensificado en medida creciente las contradicciones dentro del movimiento comunista mundial. Se está disolviendo totalmente la unidad y solidaridad casi inquebrantable con la que se presentaba al exterior en tiempos de Stalin» (pág. 148). Alusión nada improcedente: el mundo marxista quedó partido. Por eso, recientemente, E. P. Thompson refería la total distinción de vocabularios que impedía ya hablar entre comunistas, invocando a la postre un debate cruel e inconmiserativo.

Y es que, en el fondo, sobre distinciones fraternales, ha brillado con contundencia el horror —o la virtud: pero, siendo serios, cualidad exclusiva ésta de burócratas donadores de santidades frecuentemente policiales— de una experiencia histórica: la sesión psicoanalítica del XX Congreso del PCUS abrió una llaga difícilmente cicatrizable. La historia del marxismo no ha podido ser la misma desde el memorable memorándum kruscheviano. Los tres autores que evocamos dejan suficiente muestra de la atroz obsesión por estar más acá de Stalin. La crisis del marxismo no es, así, producto de su perpetua movilidad: ha quedado preso de una teorización que justificaba cielos rojos y corazones miserabilizados de temor y hambre.

Que era difícil la aventura de reencontrar el camino perdido lo muestra a la perfección una buena parte del libro de Havemann. Abogando decididamente por remarcar el carácter antidogmático del marxismo, este conjunto de viejos artículos aboga paralelamente por una división del marxismo como ciencia, defiende la unidad de la ley que afectaría tanto a la naturaleza cuanto a la sociedad..., a cuya luz la requerida polémica no es sino caritativa paciencia del ilustre sabelotodo con el recuperable despistado. Las posteriores vicisitudes del profesor Havemann subrayan un proceso autocrítico en el que el papel del sujeto en la historia adquiere un protagonismo no determinado absolutamente por la legalidad de un proceso en cuya panorámica la suerte del hombre parecía quedar supeditada al reconocimiento del progreso teleológico, finalmente desembocado necesariamente en la sociedad socialista. Libro aclaratorio para calibrar la inconsciencia de un teórico dogmatismo, tan reincidente en sus invocaciones a la urgencia de la polémica cuanto teóricamente proclive a la fundamentación del más férreo dogmatismo.

De aquí la afortunada intervención de Thompson (**Miseria de la teoría**), cuyo mayor mérito radica en el crítica a la concepción althusseriana del marxismo

como «antihumanismo teórico».
Abordada en la segunda parte de la obra, las observaciones del historiador inglés sólo aparecen enturbiadas por el visceral tono con que son abordadas: pero la perspicaz incisión en las derivaciones del estructuralismo de Altusser y de su escuela, fundamentalmente derivadas de su consideración de una historia como «proceso sin sujeto», en la que el individuo singular parece moverse conducido por los oscuros hilos de un perfecto marionetista, son significativas y, las más de las veces, certeras.
Conviene, por el contrario, matizar el espejismo que puede padecer el historiador de la sociedad que se acerque reverente a las apreciaciones metodológico-teóricas de Thompson respecto a la necesidad de revalorizar el dato empírico. Cuando menos son ambiguas. Confundir a estas alturas lo histórico con lo empírico no deja de ser un imperdonable error —que, por otra parte, el historiador Thompson no suele cometer—. Al respecto, elude el problema clave: qué criterios de valorización imponen la selección de lo empírico entre la insobornable realidad perdida de lo histórico. Esta matización, en una polémica con Althusser, hubiera sido especialmente esclarecedora y terminante: y no por alumbrar más claramente su distancia teórica sino por dejar claro qué hay efectivamente en la invocación a lo empírico en tanto recurso no tergiversado por la ideología (la Generalidad II de la concepción althusseriana). Sin ella, la primera parte de la obra parece tambalearse: una invocación a la mirada hacia lo empírico no es nada si no se indica cómo debe abordarse ese «para nosotros» que son los datos, noticias o documentos.
Salvando esta cuestión, que ojalá plantee polémica entre nosotros, la muy pertinente alusión de Thompson a la revalorización del papel del sujeto en el transcurso de la historia y de cara a la modificación de lo social sirva para poner freno consciente a la teorización paternalmente estilinista: la férrea necesidad lógica (dialéctica) de las condiciones objetivas puede ser alterada, o subvertida —hermosa palabra donde las haya— por la acción moral del sujeto (no tanto en cuanto individuo si, como indica inteligentemente Habermas, producto de la historia ha sido el salto hacia la comprensión de la disminución esencialmente social de su conciencia).
De existir alguna clave teórica para la superación de la crisis del marxismo radica en este punto. Clave teórica, de inapelables repercusiones políticas.
Sólo cuando el sujeto conquista su lugar en lo histórico, la esclerosis del marxismo institucionalizado, aferrado a la invocación del imperioso rigor de las condiciones objetivas o de las inmediatas necesidades políticas, forma de ocultamiento de su vocación tímidamente anticapitalista y dudosamente revolucionaria, podrá detenerse: que acierte entonces a delimitar el origen de una sociedad justa y libre es otra cuestión.
Es esa confianza la que me obliga a saludar la aparición de **«La reconstrucción del materialismo histórico»**, conjunto de artículos y conferencias de Habermas, recogidos bajo el epígrafe de uno de ellos. Muy dentro de los dos ejes que hace años, en un memorable libro (La Razón sin esperanza) señalaba Javier Muguerza como esenciales en la problemática de la razón práctica teorizada por el autor, es especialmente el trabajo que da título a la colección el que remarca la existencia de factores no solamente cognoscitivos sino también morales en el proceso de transformación social. La relativa autonomía de la razón práctica, no determinada absolutamente por la estructura económica, vuelve a colocar al sujeto en su espacio: o, mejor dicho, reivindica para el Hombre el papel que jamás tuvo. Poseedor de la fuerza precisa para transformar el mundo.
Quizá, como escribía Havemann en un artículo tardío (El comunismo: utopía y realidad), porque, en tanto realidad y utopía no pueden identificarse, es preciso rozar siempre el sueño del más allá para comprender la urgencia de construir lo que, negándonos, nos realice como hombres.

JOSE LUIS RODRIGUEZ

Robert Havemann: Respuestas aclaratorias a la administración central de verdades eternas, Ariel, 1981.
E. P. Thompson: Miseria de la teoría, Crítica, 1981.
Jürgen Havermas: La reconstrucción del materialismo histórico, Taurus, 1981.

La otra ciencia

***Tissandier, Gaston.* «Recreaciones científicas. La Física y la Química sin aparatos ni laboratorios y sólo por los juegos de la infancia».** *Editorial Alta Fulla, Barcelona, 1981. 400 páginas.*

Este curioso manual constituye la reproducción facsímil de la edición madrileña de 1887, traducida del francés. Se trata, como indica Jordi Pablo en una interesante presentación, de una colección de artículos publicados en la revista **«La Nature»**, dirigida por el propio Tissandier.
El libro puede resultar atrayente tanto para los cultivadores de la bibliofilia pura (con el estimable aroma fin-de-siècle de sus 250 grabados) como para profesores y aficionados a la ciencia recreativa. Por supuesto que, en el



campo científico, ha llovido mucho en los últimos 100 años, y nada de esa lluvia empapa el libro, pero la mayoría de las experiencias propuestas son todavía valiosas y motivantes. Algunas de ellas son lo suficientemente clásicas para haber sido ya recogidas en otros libros (como el de Estalellas) pero otras tienen algo de misterioso dentro de su sencillez doméstica.
Quizás los títulos de algunos de los apartados arrojen más luz sobre los contenidos del libro que cualquier comentario al respecto: Ascensión de líquidos, huevos que penetran en botellas, el bastón roto, experiencias de inercia, de hidrostática, de sifones, equilibrios llamativos, muñecos automáticos; experiencias de calor, de óptica, con pompas de jabón, de electrostática; ilusiones ópticas (con una pretecnología del cine, no inventado entonces), juegos matemáticos y de azar; experiencias de cristalización, de decoloración de plantas, de fosforescencias; giroscopios, aparatos de vuelo, y una serie de curiosos aparatos «americanos» que ilustran la realidad de los comienzos del maquinismo doméstico, y del desarrollo de dispositivos aplicados.
En un mundo en el que los jóvenes han perdido la capacidad de asombro ante la ciencia, incrustado por un profundo escepticismo ante la «bondad» de la investigación, esta colección de juegos recreativos constituye una bocanada de aire fresco y silvestre dentro de un recinto dotado de aire acondicionado. El cultivo de la curiosidad natural, tan destrozada en el reino de los botones y de la microelectrónica, debería conseguirse a través de enfoques como el que presenta este libro. Es así como habría que empezar a enseñar ciencias a nuestros niños y escolares. Las siguientes etapas deberían seguir de forma natural y secuenciada.

ELIAS FERNANDEZ

música

Ciclo de introducción a la música

Situados ya en la recta final de este II Ciclo de Introducción a la Música, creo que es oportuno hacer un pequeño balance de lo que está resultando ser. En primer lugar, pienso que dentro del amplio abanico de actividades culturales que organiza el Ayuntamiento, es ésta una de las mejores y más acertadas, lo que se demuestra por la gran acogida que ha tenido en la prensa y la crítica, no sólo la local, sino nacional también. Igualmente es importante el reconocimiento del público, en gran parte jóvenes que llenan domingo a domingo el Teatro Principal. Incluso está sirviendo de ejemplo, pues en algún sitio, como Madrid, se está montando algo parecido. Centrándonos en el tema, hay que reconocer que las intenciones que buscaban sus organizadores se están cumpliendo perfectamente, como primera, y casi la más importante, la función didáctica, haciendo llegar a un numeroso público no iniciado una visión bastante amplia de la música y su mundo. El curso pasado se dedicó a las distintas épocas, y éste se está dedicando a los instrumentos; yo me atrevería a sugerir que una próxima edición se dedicase a las Formas Musicales, tanto las que han caracterizado una época como las que se han desarrollado en todas y en una visión comparativa de la utilización de esas formas por los autores más importantes o representativos. Siguiendo con las intenciones que se buscaban con estos ciclos, creo que destacaría el interés, sobre todo en los jóvenes, por este tipo de música, ayudado a su vez por el carácter económico y asequible de estos conciertos. Por último, y aseguro que de gran importancia, la participación de intérpretes de primera fila y reconocida labor artística que da un rango de calidad y altura al ciclo. En esta edición hemos contado con músicos tan destacados como Lluis Claret (violoncello) y A. Giménez Atenelle (piano), la arpista Marisa Robles con la orquesta S. Martin of Jonh's Square, cuarteto Kosice, J. Luis González Uriol, la Escolanía de Infantes del Pilar, etc. Igualmente se ha rendido homenaje a G. Ph. Telemann y Turina, y en el último concierto de esta edición se hará lo mismo a I. Stravinsky con su «Historia del Soldado». Me parece, pues, que no se pueden pedir mejores resultados y es evidente la importancia que estos ciclos han adquirido. Veo necesario insistir y animar a la Delegación de Cultura Popular y Festejos del Ayuntamiento para que siga habiendo continuidad cada año en los conciertos matinales de los domingos, si bien puede llegar el día que ya no se necesiten ciclos de introducción a la música, el público seguirá necesitando de conciertos con estas características como los que ahora cubren una gran parte de la faceta musical zaragozana.

Próximos conciertos:

— 7 de marzo: Grupo de Metales de Burdeos (Francia).

— 14 de marzo: Quinteto de Viento de Utrex (Holanda).

— 21 de marzo: el Homenaje a Stravinsky, con el que se terminará este ciclo, a cargo del grupo barcelonés «Diábulus in Música».

(Estos tres últimos conciertos se dedican a los instrumentos de viento pero los comentarios se publicaron en el folleto anterior.)

SEBASTIAN NAVARRO



5 discos

Stray Cats, Gonna Ball. Ariola.

Frente a la nostalgia apolillada del rockabilly habitual, los Stray Cats han demostrado que todo es válido si se tiene imaginación. En un momento en que la electrónica es la madre de todos los vicios de la grandilocuencia, la vuelta a la acústica anterior al voltio barroco e ilustrado permite alinear a los **Cats** en la renovación que produjo en su día el **punk** en los viejos esquemas mastodónticos y esclerotizados. Por eso les cae como anillo al dedo la etiqueta de **punkabilly** que se han autoasignado. Vienen de gira por España, y si suenan sólo la mitad de bien que en sus discos, merecerá la pena ir a escucharlos.



Kim Wilde. Emi.

Grupo pop con rubia; o sea, la fórmula **Blondie**, sin recatarse lo más mínimo. Con calidad, y un elevado nivel en todos los aspectos: composición, producción, arreglos, músicos, etc. No en balde se trata de un trabajo del clan Wilde, presidido por el patriarca Marty Wilde y controlado por Rick Wilde, en quien tiene depositadas todas sus complacencias. Te gustarán: la rubia y el disco.

Vóg. Zafiro.

Henos aquí una vez más ante uno de esos grandes temas metafísicos de todos los tiempos: las mujeres y el rock. El feminismo recorre el mundo incontenible. Hartas y hasta abrumadoras pruebas de ellos nos proporciona Pilar Laveaga en su quinta columna andalanera. Y de todos esos avances, pocos tan espectaculares como el conjunto con chorva. Claro que hay variantes. Está la solista de toda la vida con acompañantes de quita y pon (Marianne Faithfull). Luego va la rubiloca con grupo (**Blondie**) o la rubitonta con demonios familiares a estribor (**Kim Wilde**). Más fuerte y marchoso es el conjunto con chorva propiamente dicho, con géneros tan excelentes como **Pretenders** o **Motels**.



Y rematando la ascensión irresistible del mujerío, está incluso la chorva con conjunto (Nina Hagen, Pat Banatar) y el caso ya perdido de los grupos todo tías. Por no hablar de los productos nacionales, tan extrafinos como de costumbre.

Después de tan laboriosa explicación, supongo que todo queda claro si añado que Vóg es un grupo con chorva de Nueva York, que algo aporta a la nómina. El guitarrista tiene veleidades pop, al bajo le va el **heavy metal** una cosa mala, y el teclas es florido, su pizca **tecno** e incluso con ramalazo sinfónico en la entretela. El batería, por su parte, es poco más que una caja de ritmos. No maravillan, pero resultan.



Obus. Prepárate. Zafiro.
Barón Rojo. Volumen brutal. Zafiro.

Estos dos grupos pasan por ser los puntales del rock duro nacional. El **Heavy Metal**, que le dicen. Los dos acaban de actuar en Zaragoza y no estará mal echarles un repaso. Los de **Obus** son tan explícitos que todo lo dicen ellos: es un rock primario, chuleta y sin matices que o te gusta o pasas. Tienen fuerza, credibilidad y, sobre todo, una presidenta de su club de fans, la **abuela**, que debe andar por los ochenta años y que de vez en cuando sube al escenario a abrazar a los muchachos por lo bien que lo hacen. Los chicos, sudorosos y llenos de clavos y cueros que les dan un amenazador aspecto, reciben los cariños de la abuela y luego siguen aullando. Lo de la abuela me parece lo mejor del grupo.

Los de **Barón Rojo** son mucho más finos, y haber actuado en el **Marquee** londinense tiene su cosa. Ellos lo han hecho y han quedado bien. Y siguen haciendo música de calidad, con el núcleo de los hermanos Castro, al que se han sumado algunos especialistas ingleses del género que les han rematado un LP verdaderamente internacional.

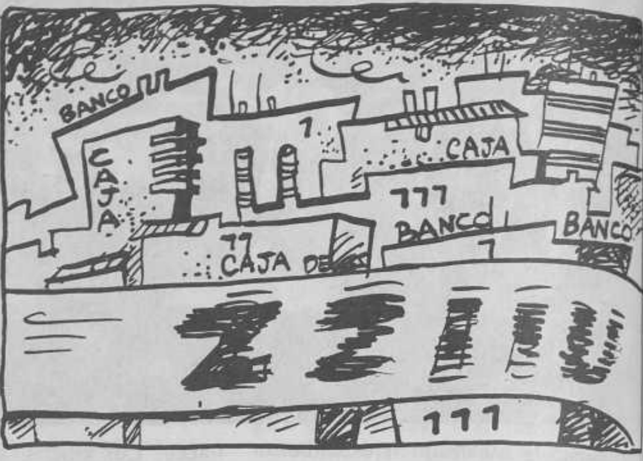
Nikka Costa. Ariola.

Pero yo de quien verdaderamente quería hablar era de Nikka Costa. Si la palabra no fuera odiosa, diría que nos encontramos ante un disco histórico (en la historia del consumo, claro, que es la única que nos va quedando). Si el rock supuso que se podía ser ídolo a los dieciocho años, ahora la edad se ha rebajado a la mitad. Ya sé que antes ha habido dos niños que han cantado, incluso con su papá, como Nikka con Don Costa, el famoso músico. Pero no tiene nada que ver todo eso con Nikka Costa, que pertenece por derecho propio al consumo incluso adulto, que alimenta en unas letras llenas de morbo esa mezcla de niño-adulto pederastra-padre/madre, etc., que todo engendro urbano lleva consigo. Más inocente y más sexy que niña alguna que la precedió, con una voz primorosamente desafinada y de unos agudos propios de los grandes del ramo, queda abierta con ella la veda del nuevo ruiseñor o canario flauta infantil. Ya, ni niños os van a dejar ser, chavales. Que no os pase nada.



EL VISITANTE

















Casa de muñecas



Humillados y ofendidos

El señor Antonio Gala, en el «País Semanal», se manifestaba muy contrariado por no lograr **quedar bien** cuando habla de feminismo y decía, entre otras cosas, nada menos que: «en el momento en que la mujer para cumplirse tenga que hacerlo en una oficina o en un taller y **no en su casa**, estamos arreglados».

Algunos de mis amigos se me confiesan desazonados y tiernamente indignados de que no les exima de culpa, a ellos tan sensibles y delicados, aureolados de Miró, Satie y Mallarmé, y les meta en el mismo saco denominador con violadores, chulos de putas, apaleadores de esposas y elementales machos.

Hay otros que se ofenden por «el tono» de esta columna (?) e incluso por el recurso lúdico a un color.

Se quejaban también las mujeres libertarias de Zaragoza, en su magnífica carta sobre el aborto, de que «la sordidez de ciertos temas molestara también a progres —hombres y mujeres— de izquierda, amantes de la estética y de la perfección».

Lamento no poder tender un puente justificador, un feminismo amaestrado y complaciente de columnas que hablen **sólo** sobre puntuales reivindicaciones: derecho a igual salario y a igual puesto de trabajo; derecho a la contracepción, al aborto libre y gratuito y con cargo a la Seguridad Social; defensa del divorcio; exigencia de una sexualidad nueva y liberadora no emanada sólo de los deseos masculinos ni configurada impositivamente por su fisiología; denuncia de la objetualización sexual de la mujer, etc., etc., reivindicaciones que cuidando el tono (ni agrio, ni agresivo, ni acusador, ni incluso irónico) puedan ser asumidas —algo es algo— por concienciados progres de izquierdas que también dicen no a centrales nucleares, bloques armamentistas y futuros de desempleo humano.

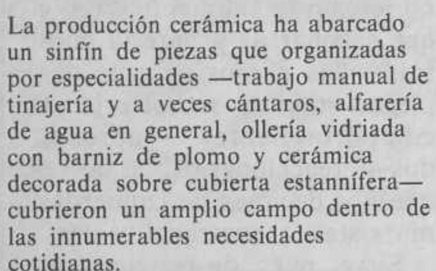
Pero ocurre, ¡mis queridos compañeros!, que el feminismo no es un condimento con el que sazonar de progresía nuestras vidas ni nos permite desplegar nuestro muestrario de comportamientos —aprendidos— reaccionarios, a la vez que nos decimos de izquierdas, marxistas o contraculturales.

Sirva, pues, de respuesta última a tantos resentimientos, buenas intenciones, quejas, burlas, asombros, paternalismos... que no todos los hombres nos parecen iguales, ni sus comportamientos igualmente execrables, que las feministas también distinguimos los matices pero que el cambio de sociedad que propugnamos es radical, abrupto y sin contemplaciones.

PILAR LAVEAGA







artes
populares

Las pililIas benditeras

La producción cerámica ha abarcado un sinfín de piezas que organizadas por especialidades —trabajo manual de tinajería y a veces cántaros, alfarería de agua en general, ollería vidriada con barniz de plomo y cerámica decorada sobre cubierta estannífera— cubrieron un amplio campo dentro de las innumerables necesidades cotidianas.

Una variante, cuantitativamente menos numerosa, pero en cualquier caso de un gran interés artístico, fue la de las pilas o pililIas benditeras. Piezas pequeñas, consistentes en una placa vertical de variado recorte y un cuenco, todavía más reducido, de perfil generalmente semicircular, pegado a la pared baja de la misma. Dichas pilas se usaron en la casa, colocándose en los dormitorios, a menudo junto a la cabecera de la cama con la función de contener el agua bendita usada para santiguarse antes de las oraciones diarias. En este sentido la placa de las mismas fue también objeto devocional, al incorporar alguna imagen devota, entre las que sobresaldrían las de Cristo en la cruz, la Deesis, la Virgen con el Niño, a veces bajo iconografías locales (la Virgen del Pilar, la del Tremedal, etc.) o algún santo. Pudo aparecer también simplemente un símbolo, como la cruz, las siglas marianas o leyendas tales como el «Ave María», acompañándose muchas veces el cuenco del característico: IHS, que también es frecuente en las pilas bautismales grandes hechas para las iglesias.

La forma de la pieza, la iconografía religiosa y los temas ornamentales que acostumbran a rellenar su fondo cambian en estas pilas según el alfar, el gusto local o la época. Se produjeron prácticamente en todos los centros españoles, inclusive en los de ollería, que en este caso vidriaban toda su superficie con un uniforme y monocolor barniz de plomo. Si bien se obtuvieron sus ejemplos más sobresalientes en los talleres de loza más o menos fina, y, así, destacan los ejemplos de las bellas pilas de Talavera (del s. XVI al XIX), los barrocos resultados de la producción manisera en reflejo metálico (sobre todo s. XVI-XVII) o la finísima calidad de ejecución y trazado de las muestras de Alcora (s. XVIII). En Aragón, conocemos numerosas piezas que proceden exclusivamente de tres centros: Teruel, Muel y Villafeliche. Como ver su evolución resultaría excesivamente largo, he elegido tan sólo tres ejemplos aislados que nos permiten seguir los cambios del gusto.

El primer ejemplar es una pila hecha en Muel, fechable entre el 1500 y, todo lo más, la 1.ª mitad del siglo XVI. Su forma moldeada, modelada y torneada, se configura como un templete aún gótico, formado por un arco florenzado sostenido por soportes laterales. Bajo él y en ligero relieve (se usaban moldes para ello), Cristo en la cruz, presentado en ingenuo dibujo sobre la calavera de Adán, de cuya tumba saldría el árbol que habría de ser el de la crucifixión de Cristo. En el interior de la pila aparece un IHS, de trazado también gotizante, en tanto que dicho cuenco y fondo se rellenan de motivos comunes a su vajilla coetánea, como margaritas, flores menudas y gallones, alternativamente en positivo y negativo. Junto a esta decoración trazada en azul, destaca el verde luminoso e intenso aplicado a los motivos en relieve (clavos, flores y hojas) que la decoran. Con lo que nos encontramos cómo estructuralmente domina el último gótico y temáticamente los motivos más a la moda, que llegaban a Muel desde Manises, pintados en el característico azul de la cerámica aragonesa, e incluyendo ese barroquismo de aplicaciones en relieve, entre renaciente y mudéjar, que podemos encontrar en otras muchas piezas: pilas bautismales, cantarillos, etc.

El segundo ejemplar, de Villafeliche, se hizo hacia la 1.ª mitad del siglo XVIII, pintándose en el característico azul-gris de este alfar. Su estructura nos revela ya otro gusto, el movido y más exuberante del barroco, que se manifiesta en su alargado y recortado perfil. Su tema devoto, pese a lo que pueda parecer, es más inhabitual, con la Virgen del Pilar en el centro, muy pequeña, y acompañada de una gran corona. En tanto que la totalidad de su fondo se rellena de los personales motivos de su vajilla, como los «mistos» (trazos en forma de cerilla), capullos esquemáticos y otros.

Finalmente, el último ejemplo corresponde a la cerámica de Teruel. Se trata de un modelo común a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, con la imagen de San Antonio de Padua y el Niño en el centro. En este caso su recorte festoneado resulta mucho más popular, al igual que son muy simplificados los motivos ornamentales que aparecen en ella, desde los gallones moldeados del cuenco, a los motivos trazados en azul de su fondo, a base de formas vegetales de curvas encajadas.

MARIA ISABEL ALVARO ZAMORA



VIVIR

El pan integral

Existen en el mundo de los fabricantes de productos de dietética, tal como en los demás campos de la alimentación, quienes nos quieren hacer ver como productos integrales aquellos que sacan al mercado como de máxima calidad en cuanto a su integridad y por lo tanto recomendables para una mejor asimilación y para un mayor equilibrio orgánico del que lo consume: sin embargo, no es de tal **integridad** su composición, pues dejan mucho que desear, tanto en la calidad como en el **precio**, ya que un pan realmente integral, pues éste es el alimento que nos centra hoy en el tema, fabricado con maquinaria, debiera en primer lugar se completo en su composición y no solamente harina blanca con un puñado de salvado, junto con los químicos para que eleve y aparezca tierno y apetecible. Y en cuanto al precio, como en su molienda tiene menos trabajo, pienso que debiera ser algo más económico.

Entremos, pues, en la forma que por experiencia, y siguiendo los consejos de personas ya mayores que en su juventud hicieron el pan tal como debe ser, a nosotros nos parece más sencilla y menos complicada. En primer lugar es preciso fabricarse la levadura y la podéis hacer de la forma siguiente: un lunes o un viernes por la noche o al atardecer ponéis a calentar agua mineral, 1/4 de litro, sacándolo del fuego antes de que llegue a ebullir. La echáis en una fuente y le añadís harina integral, y que para conseguir ésta será más seguro que compréis trigo y lo llevéis al molinero para su molienda. Cuando consigáis una masa compacta comenzáis a amasarla hasta que notéis que ésta no se os pega a las manos y que al introducir los dedos en ella, ésta vuelva a su lugar de origen.

Dejáis ésta en un recipiente tapado con un paño húmedo con el fin de que la capa superior no se seque y forme costra, pues ha de permanecer a oscuras completamente durante siete días, al cabo de los cuales notaréis que ha levado y que tiene un cierto olor a fermentado.

El séptimo día por la noche o al anochecer hacéis la misma operación con el agua y una vez caliente introducís en ella la «levadura madre» desmenuzada y la disolvéis por completo en ella añadiendo, una vez conseguida su perfecta disolución, más cantidad de harina mientras vamos amasando a la vez. Conseguid de nuevo una masa que no se os pegue y dejadla a oscuras de la misma forma anterior hasta la mañana siguiente en que volveréis a calentar agua, y en cantidad de dos tazones por cada pan de Kg. que queráis hacer, calentad bien el agua hasta casi la ebullición, e insisto en el detalle del agua porque es aquí donde se encierra el secreto de que suba o no el pan.

Una vez caliente, de nuevo desmenuzad y disolver la levadura en ella. Añadir harina a la vez que vais amasando y conseguís una pasta de la misma forma anterior, con la única diferencia que será mayor y más difícil de manejar en cuanto a la cantidad que le deis cada uno. Dejáis reposar durante dos horas en un lugar cálido y mejor a oscuras.

Pasado éste tiempo, dividís la masa de pan en partes iguales sirviéndoos con un tazón o con una sartén pequeña, etc., y pasáis a darle la forma de los panes, siendo conveniente que sean todos del mismo formato con el fin que todos tengan el mismo tiempo de cocción y no salga unos pocos hechos y los demás demasiado tostados.

El único problema que debéis resolver es el del horno, pues sería mejor que buscarais una panadería con horno de leña, pues todos sabéis que ésta le da un mejor sabor y por otra parte es mejor que no lo metáis en el horno de casa, pues os saldría carísimo en cuanto al gasto de electricidad o de gas.

Espero que os salga bien y que aproveche

NICOLAS MORCELLE



Romero

Para los que no lo conozcáis, lo vais a encontrar ya florido a la entrada del Botánico del parque Primo de Rivera, a mano izquierda, pero no lo cojáis de allí, pues aparte de que hay poco, estará algo contaminado. Si queréis coger, hacedlo por lo menos de los montes que hay por la fuente de La Junquera, que estarán algo más aireados.

El nombre de Ros-marinus se creyó derivado del latín ros (rocío) y marinus (marino), pero seguramente es un nombre dado por la Alquimia y ésta siempre busca preferentemente sus raíces en el griego, lo cual no sólo nos aclara el nombre, sino también sus propiedades; así llegamos a una interpretación clara de sus significado ῥώψ' —rhops—, μυρίνος —myrinos—, o sea, arbusto aromático.

Tiene las hojas enfrentadas y las flores azul-violáceas, con un olor intensamente aromático.

Las hojas y sumidades del romero contienen tanino, soponinas y glucósidos, pero lo más importantes es su esencia, que Arnau de Villanova fue el primero en sacar. Está compuesta principalmente por pineno, canfeno, cineol, alcanfor de romero y borneol.

Se ha venido utilizando como antiespasmódico (relajador de la fibra muscular lisa) y como colagogo (que hace segregar bilis), para aliviar los temidos cólicos biliares.

También sirve para aumentar el apetito, con la esencia y el vino, pero aquí se debe aclarar que no tardan, tanto la esencia como el vino, en producir gastritis, alteraciones intestinales y renales, por lo cual debemos decir que los que lo tomen como aperitivo o estimulante lo hagan sólo en forma de tisana y en pequeña cantidad.

Para lo que sirve mayormente la esencia es para bañarse o restregarse la piel después del baño, fricciones que dejan a uno como nuevo, sobre todo a personas fatigadas por el trabajo o por procedimientos articulares, o en personas con desórdenes circulatorios, como la hipotensión.

Se prepara también su infusión para lavar heridas, y podemos echar mano de ella cuando no tengamos cerca otro producto más eficaz para ello.

El baño tonificante, procurar no tomarlo por la noche, pues es posible que luego no aparezca fácilmente el sueño.

P. S. P.

¡Salimos los 1 y 15 de cada mes!

Este nuevo
ANDALAN
necesita 1.000
suscriptores más.

Con usted, ya sólo
nos faltan 999.

Rellene este boletín
y envíenoslo
a la dirección
más abajo indicada.

Don (a) ....

....

Profesión ....

Domicilio ....

....

Población ....

Provincia ....

Deseo suscribirme al periódico aragonés ANDALAN por un año ☐, por un semestre ☐, prorrogable mientras no avise en contrario.

- ☐ **Domicilien el cobro en el banco.**
- ☐ **Envío el importe (cheque ☐, giro p. ☐, transferencia ☐).**
- ☐ **Pagaré contra reembolso.**

PRECIO DE LA SUSCRIPCION

- España (correo ordinario), 2.400 ptas.
- Canarias, Europa, Argelia, Marruecos, Túnez, USA, Puerto Rico (correo aéreo), 3.100 ptas.
- Resto del mundo (correo aéreo), 3.600.

ANDALAN
San Jorge, 32, pral.
ZARAGOZA-1



El gusto es mío

Jueves, 18 de febrero. Cumpleaños del que esto suscribe. (Gracias, gracias, los regalos a la dirección abajo indicada.) Los diarios londinenses «Daily Star» y «The Sun» publican varias fotos de los príncipes de Gales durante su primera jornada de vaciones en la isla Eleuthera, en las Bahamas, en las que aparece lady **Diana**, embarazada de cinco meses, en bikini. Sin pérdida de tiempo, su cachonda majestad, es decir, la reina Isabel II, califica la publicación de dichas fotos como de «pésimo gusto». Sabor, y que Dios salve a la Reina Suegra. Para la Casa Real Inglesa el embarazo de la princesa **Di** es secreto de Estado. No por estratégico, no por cuestiones de defensa, sino por motivos de buen gusto. Para entendernos: toda persona allegada a la realeza británica debe ocultar sus menudencias biológicas por aquello de guardar la imagen. Más claro: reinas, reyes, príncipes y princesas —de la Inglaterra victoriana, por lo menos— no tienen oficialmente ni reglas, ni embarazos, ni fimosis, ni cistitis, ni nada. Un gozo, vamos. Y volviendo al embarazo, a uno se le ocurre que, de no haber sido por la tenacidad de los reporteros gráficos de los citados periódicos, a estas alturas es posible que los flemáticos ingleses anduvieran convencidos de que el aumento de volumen de la barriga de la sonriente **Lady** —a la que sí se puede fotografiar vestida— no se debe a otra cosa que al nacimiento de un enorme grano. Como en los cuentos, oye. Lo cual, que un buen día, cuando la naturaleza decida que el real niño/niña lance sus primeros gritos contra Margaret Thacher en una clínica de lujo, la parroquia del U.K., con los ojos puestos en la segunda planta de Bukinhan Palace, exclame con candorosa inocencia: ¡oh, la cigüeña ha venido de las colonias!

Martes, 23 de febrero. Aniversario del cachondeo golpista y cuarta jornada de la vista que se sigue contra los 33 procesados por su participación en el mismo. Como consecuencia de la negativa del capitán Alvarez-Arenas a comparecer ante el Tribunal, en protesta por la publicación en «Diario-16» de un reportaje sobre su comportamiento durante la incorporación de la Policía Militar al Congreso ocupado, el director de dicho periódico es expulsado de la sala donde se celebra el juicio. Una cero, y Zamora de portero. Y dejemos al margen el hecho de que lo ocurrido es una situación procesalmente atípica; lo cotidiano, la gran anécdota del asunto es que los saboteadores de la democracia y del diccionario («siéntensen, coño») intentan pasar de acusados a acusadores, y tan ricamente. Así, que aprovechan hasta lo imposible para hacer firme su pretendido travestismo. En el fondo, se trata, simplificando la movida, de otra cuestión de mal gusto: mal gusto de los periodistas por publicar entretelas y mal gusto del personal por reclamar justicia.

Ante esta nueva estética que nos invade, en la que las coordenadas del poder convierten en kitsch lo bello y lo natural en borde, sólo cabe una respuesta —irritante y agitadora—, acompañada de un esplendoroso corte de mangas: el gusto es mío. Y así, hasta que dure.

J. LOSILLA

YA ES TARDE PARA SOÑAR Y EL PIANO SE HA CALLADO.
DESPIERTAS Y EL FRÍO TE RODEA DE DESCONOCIDOS ROSTROS SIN NOMBRE QUE CLAVAN SU MIRADA EN EL INVISIBLE HORIZONTE.
AHORA QUIZÁS LLORES...... SI LLORA......
LLORA PORQUE LA LUZ DEL SOL NO ILUMINARÁ NUNCA TU ÚLTIMA LÁGRIMA.

ISIDRO 3



el Damerico de Gauterico (7)

Esta vez no hay pistas sutiles. No vaya a ser que me quede sin credencial. Y, dígame, oiga: ¿a dónde voy yo sin credencial? ¿Eh? ¿A dónde?

I. — Caca.

II. — Los familiares eran muy invocados por el general, Q.E.D.P.

III. — Sonsonetes.

IV. — Trozo de tripa de bicho con nombre cuaresmal.

V. — Para el nene. Si es sordo, el papá es tonto.

VI. — Les dan la cebolla con el pan. Si se la dan.

VII. — Guadaña baturra.

VIII. — Mundo con tapa.

IX. — Discurridor, pensieroso, leopoldesco.

X. — Notoria, afamada.. O la flauta de Bartolo.

XI. — En la colonia (pero no en el perfume).

XII. — Bobos. Idiotas. Lelos. Estúpidos. Zonzos. Megos. Imbéciles. Telediarios.

I 4E 1G 2I 4K 6I 2H 1F 1B 8C

II 5K 2F 3F 9E 7F 3I 7H 8E

III 5F 3G 1H 5D 8F 7D 1E 2E 6J 7J

IV 2L 8H 5I 8G 3B 7H

V 8D 5E 7L 9C 2G 3J 3K 8K

VI 1A 1D 8J 9D 4F 4A 1K 9F

VII 2B 5H 3H 1J 5L

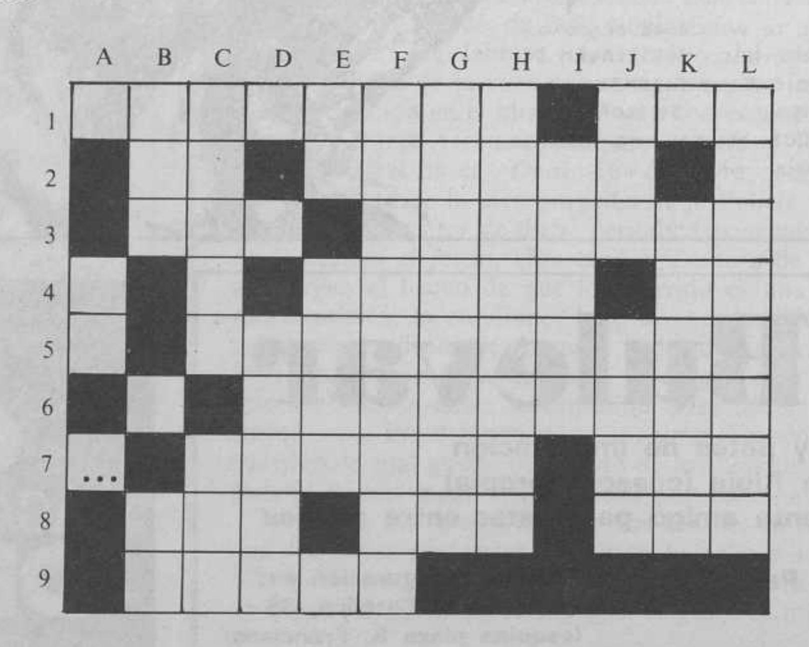
VIII 6H 6B 4L 6D

IX 1L 2C 3D 5J 7G 3L

X 7A 2J 6K 4C 5C 7E

XI 7C 4H 4G 3C 1C 6L 4I

XII 8B 5A 9B 6E 6F





Si te gusta el arte, ANDALAN está editando para ti algo muy especial

ANDALAN tiene el gusto de comunicarles la próxima edición de una carpeta de obra gráfica, realizada sobre originales de José M. Broto, Hernández Pijoan, Antonio Saura, Pablo Serrano y Salvador Victoria.

Creemos que los nombres de estos 5 artistas son suficiente aval de la calidad de esta edición.

La reproducción serigráfica (procedimiento de impresión artesanal en el que se utilizan mallas diversas de seda y nylon pasando a su través las sucesivas tintas que dan un acabado especial y particular que solamente se logra mediante este proceso) está siendo realizada por el gran artesano Pepe Bofarull.

La edición consta de 100 ejemplares únicos, numerados y firmados uno a uno por los autores respectivos.

ANDALAN pretende sumar al interés que la calidad de esta carpeta tiene, el de un precio que la haga asequible a la inmensa minoría.

La presentación externa de esta obra está siendo cuidada en extremo, componiendo, junto con lo fundamental de su contenido, un todo que agrade a sus poseedores.

